

LAS CUATRO MENTIRAS FATALES

(ARTICULOS - VOLUMEN II)

DOUGLAS E. HARDING

ÍNDICE

Despertar espontáneo	3
Póngase a prueba a usted mismo	12
Las cuatro mentiras fatales	17
Un Jesús para nuestro tiempo	48
Historias de ternura.....	55
Tener una cabeza.....	64
Tengamos una experiencia fuera del cuerpo	79
La punta de aquí: la ciencia de la liberación y la liberación de la ciencia	85
El verdadero ver, el eterno ver (II).....	98
La experiencia y el significado.....	103
A imagen de Dios.....	115
Las once formas de liberación	121
Un hombre cayendo en un pozo con los ojos abiertos	128
Bibliografía	133

DESPERTAR ESPONTÁNEO

EN el presente artículo Douglas E. Harding cuenta una historia que muestra cómo «el Espíritu sopla donde quiere», independiente de formas y tradiciones.

Este artículo trata sobre una joven inglesa muy notable (aunque exteriormente no lo parecía). Es una breve descripción de cómo su vida, casi sin aviso y prácticamente de la noche a la mañana, ha sido completamente transformada, escrita por un amigo que ha sido todo el tiempo su compañero íntimo y único confidente. Su propósito es animar a todos los buscadores espirituales serios, y particularmente a aquellos que imaginan que la verdadera Iluminación está necesariamente muy lejos, o que es de una dificultad casi imposible, o que es el patrimonio de alguna secta o religión, o el producto de alguna disciplina religiosa. El caso de Helen Day Scrutton muestra que uno nunca puede decirlo. Nos trae a casa renovada, en nuestro propio tiempo y circunstancias, la tremenda realidad de lo que Masfield llama la «gloria del alma iluminada», demostrando de la manera más concreta y vívida, el gozo y esplendor que nos espera a todos a la vuelta de la esquina de nuestra vida: no, que nos insta aquí y ahora, cuando leemos estas palabras. Nunca será suficiente que se nos recuerde, no solo la existencia de nuestro Tesoro Infinito, sino también su perfecta accesibilidad y naturalidad, su simplicidad y proximidad e inmensa factibilidad, y sobre todo su vitalidad. Permanecer satisfechos con algo menos que Esto simplemente no es sensato.

Hará unos cuatro años que conocí por primera vez a Helen. Desde entonces, hemos trabajado juntos muy estrechamente en la misma organización, viéndonos mucho durante el día, y cada vez más fuera del trabajo. Yo debería conocerla bien.

Intentaré describir la primera impresión que me causó. (Quizás esto suene como el testimonio de un jefe, que es lo que es, después de todo –pero con una gran diferencia–). Yo vi a Helen como una mujer viva, cuerda y sana, muy inteligente pero no intelectual, con cerca de treinta años. En reposo, su cara era impasible, con ojos espléndidos, ¡pero qué brillo cuando sonreía! Ella demostraba aprender rápido todos los complejos detalles de su trabajo, práctica y sensata, meticulosa a su propia manera independiente, con humor, discreta y sencilla con la

gente como regla, e inusualmente paciente y auto-controlada cuando las cosas iban mal. ¡En resumen, un Tesoro! Helen no tenía ninguna tontería –ni siquiera polvos o carmín (que yo haya detectado, en cualquier caso)– atlética, de cutis claro, escrupulosamente presentada, guapa de una manera poco llamativa, no bonita. La secretaria privada ideal y una amiga encantadora.

Aún así me sentí obligado, finalmente, a llamarle la atención. Me parecía que no conocía su propio valor. Su trabajo, aunque responsable, no podía llevar a ninguna parte, y ella era claramente capaz de algo mucho más creativo. Sus intereses: tenis, natación, lectura bastante amplia pero aleatoria (lo que incluía pocos libros religiosos y ciertamente ninguno místico), escuchar música de todo tipo, algunas obras de grupos jóvenes (abandonados en años recientes), asistente regular pero sin entusiasmo de la iglesia anglicana, y el tipo de amistades superficiales que una tal persona joven alegre y popular haría naturalmente –éstos no parecían reflejar su verdadero carácter y potencialidades–. Tuve la osadía de decírselo así, bastante a menudo. Ella no ofrecía ningún comentario. Pero finalmente hizo planes serios para opositar a funcionaria.

Nosotros nos teníamos afecto, pero sin llegar a ningún contacto profundo. Inevitablemente ella llegó a saber sobre mis intereses por los asuntos espirituales, pero no se ejerció ninguna presión en absoluto: yo no tenía deseo de dirigirla en eso ni en ninguna otra dirección. Y ciertamente ella parecía un candidato muy improbable –enteramente demasiado normal y práctica, ¡no un tipo espiritual en absoluto! (¡En cierto sentido, sigo pensando que no lo es, gracias a Dios!)–. Además (¡y cuán diferente de muchos de nosotros, cuán espiritualmente fuera de corriente, casi reprehensible!) Helen me aseguraba solemnemente que había amado y sido amada por sus admirables padres, que había tenido una infancia feliz, disfrutando de su escuela de gramática (debió haber sido una monitora excelente), y que encontraba su trabajo de oficina bastante agradable. Su experiencia más difícil fue la pérdida de su novio; y de hecho la muerte, o algún otro obstáculo insuperable, ha intervenido para romper no menos de tres compromisos. (El significado de esta aparente tragedia no es una pérdida para ella, y ahora está más que feliz de permanecer soltera y completamente desapegada de cualquier hombre.) No, Helen es una mujer joven enteramente equilibrada, que carece de casi todas las credenciales corrientes –ningún complejo intrincado, ni historia terrible de sufrimiento, ni lucha prolongada y amarga– para ser lo que de hecho es, una mística muy dotada. (Sospecho, realmente, que los mejores maestros de la vida espiritual eran, como Ramana Maharshi, especialmente cuer-

dos y saludables, lo opuesto de anormales). Es más, cuando escribía a máquina algún artículo para mí sobre religión mística, apenas parecía interesada, y tenía que decir menos de lo habitual. Es cierto que cuando venía a casa alguna tarde, o para quedarse un día o dos, tenía el hábito de coger uno de mis libros sobre Vedanta o Sufismo o Zen y lo leía; y advertí que siempre terminaba lo que comenzaba, por muy difícil o aburrido que fuera el autor. También leía mi propio libro *On Having No Head* –pero no hacía nada con ello, ahora lo sé–. En aquella época, era demasiado educada para decirlo.

Esto me lleva al comienzo real de la historia, mayo de 1964, y que nosotros a veces llamamos los «Diez Días que Sacudieron el Mundo». Helen salía para Eastbourne para la fiesta de Pentecostés, y quería llevarse algunos de mis libros; recuerdo que éstos incluían «*Philosophy Perennial*» de Aldoux Huxley. Evidentemente ella se había interesado realmente. Algo estaba ocurriendo.

Una nueva Helen volvió, profundamente conmovida y ahora ansiosa de hablar. «Douglas», dijo (y creo que puedo citar casi las palabras exactas: después de todo, fue solo hace unos pocos meses), «Me he dado cuenta de algo: ¡todo esto se aplica a *mí*! ¡Y por supuesto, absolutamente nada más importa!». Explicó cómo, después de unas pocas semanas de búsqueda interior, acompañada por un interés y tensión crecientes, toda la cosa se había vuelto perfectamente clara para ella: ahora tenía sentido, lo había entendido y asimilado, y esto era enteramente pasmoso. Aquellas tardes que siguieron, caminaba sola durante horas en el parque, con gafas oscuras para que la gente no viera que estaba llorando de gozo ante la maravilla de su descubrimiento, el mundo transformado, los colores que cantaban positivamente, la exquisita belleza de todo (sí, de todo, ¡incluyendo la «basura» en esos cubos de alambre!) Una mañana tras otra en la oficina, yo escuchaba de Helen este tipo de historia. A menudo –de hecho, habitualmente– era: «No he dormido en toda la pasada noche, Douglas: el tiempo pasó en un instante: otra vez era solo gozo, unidad, claridad, desde que me tumbé hasta que me levanté para el desayuno, más fresca que si hubiera dormido la noche entera. Lo extraordinario es que nunca me siento cansada». La recuerdo explicando cómo salió de casa y se encontró en la oficina a medio kilómetro, y el intervalo fue solo luminosidad, sin pensamiento, sin recuerdo de haber caminado en absoluto. La recuerdo también intentando explicar cómo, en otras ocasiones, su caminar era: «simplemente como sacar al perro a pasear» –sus piernas y su movimiento habían sido como los del perro, nada que ver con ella–. Era una sensación maravillosamente libre y fácil. ¡Sí, ciertamente!

Quedaban muchas otras sorpresas en la recámara para nosotros. El tenis de Helen, siempre mediocre, devino increíblemente bueno, para el asombro de los miembros de su club –y su asombro y decepción devinieron aún más grandes cuando anunció que no iba a jugar más, después de completar los juegos que ya habían sido fijados para ella–. En esos juegos ganó con brillantez, automáticamente. Para mí, su explicación era que ella no hacía nada, su raqueta lo hacía todo, el juego se jugaba a sí mismo con una habilidad y facilidad que ella no había conocido nunca. Parte del secreto (estuvimos de acuerdo) debe haber sido que mientras que antes siempre había deseado ganar, ahora no tenía sentimientos en absoluto ni hacia un lado ni hacia el otro, y la relajación resultante le ayudaba naturalmente a desenvolverse. Pero insistía en que *ella* no hacía nada: de nuevo, ella era el espectador. (Y, por si alguien supusiera que había estado leyendo el libro zen de Herrigel sobre el arte del tiro con arco, llegué a saber que aún no lo había leído).

Toda ambición, todos los demás intereses se habían ido. El proyecto de oposiciones a funcionaria fue abandonado de inmediato. De hecho, Helen incluso discutió conmigo la posibilidad de obtener un trabajo rutinario, tal como copista, que interfiriera lo mínimo posible en su nueva vida. Esta idea, sin embargo, pronto fue desechada debido a que encontró que su trabajo, por complicado que fuera, se hacía prácticamente solo si no interfería. Más extraordinariamente, se hacía (notaba yo) incluso con más precisión y rapidez que antes. (Y *tenía* que ser así, pues pasábamos mucho tiempo en la oficina en otro asunto, ¡nuestro asunto real!) «Simplemente deja que las cosas acontezcan», decía ella: «y salen perfectamente. Hazlas deliberadamente, planeadas, y salen mal». Antes, había estado generalmente bastante presionada por el tiempo: ahora, tenía todo el tiempo del mundo.

Estoy seguro que todos en la oficina notaron su cambio. Un hombre que (algo irracionalmente, pensaba yo) a ella no le había gustado mucho, era ahora: «realmente muy agradable, y todo había sido por mi culpa». Estaba claro cuán feliz era. La gente preguntaba qué le había pasado: parecía una gata que acabara de tener gatitos, observó alguien. No que ella hubiera cambiado como para no reconocerla: gracias a Dios, la antigua Helen, encantadoramente informal, con la mayoría de sus singularidades personales, seguía con nosotros. No había nada raro ni antinatural ni espectacular del cambio en ella: si había algo, es que ahora era más verdaderamente normal y natural que nunca. (Tanto que alguien que no conociera a Helen muy bien, sino que tuviera ideas preconcebidas de los efectos exteriores de la Iluminación, dudaría

naturalmente de que le hubiera ocurrido algo más que una reorganización psicológica, similar a esas conversiones religiosas que son tan comunes. Y, por supuesto, uno no puede encontrar en Helen, ni en ningún otro, lo que no ha comenzado a encontrar en uno mismo). Su ego nunca se había extendido mucho; ahora era imperceptible –¡excepto, quizás, por la irritación ocasional con algún cliente o jefe particularmente difícil!–. «No, vuelve ocasionalmente», me confesaba ella: «pero ahora veo claramente cuando está ahí». (Últimamente, pienso incluso que este síntoma del ego raro y trivial ha desaparecido, aunque sigue siendo capaz –acabamos de descubrir– de cólera momentánea). Obviamente ya no tenía más estados de ánimo, sino que era permanentemente feliz ocurriera lo que ocurriera. Y no tenía necesidad de contarme su sentimiento por la gente transmutado. Su corazón se compadecía realmente de ellos: los gozaba y amaba, no igualmente (es cierto) pero mucho más de lo que lo había hecho nunca antes. Cuántas veces entraba en mi oficina exclamando: «¡Qué persona tan *maravillosa* es fulano, Douglas!» –y su cara encendida y sus ojos brillantes eran elocuentes de su sentimiento–. Al mismo tiempo ya no nos veía más a través de las lentes distorsionantes del auto-interés, sino como éramos realmente: y en algunos ejemplos esto la horrorizaba. Debilidades y mezquindades insospechadas eran ahora completamente claras. Los motivos ocultos se mostraban por sí solos. Ya no fue engañada más.

Y Helen ya no tenía tiempo para el viejo círculo social, ni para la chachara o aficiones o entretenimientos ociosos –¡no tenía tiempo en absoluto excepto para la única cosa que importaba, y todo su tiempo era para eso solo!–. De alguna manera salió de aquellas (siempre más bien obtusas) pequeñas reuniones, de aquellas lecturas de todo tipo (incluyendo periódicos), excepto si eran libros sobre *el* tema, de su carrera de tenis e incluso finalmente de su natación.

Fue la natación la que nos avisó de que su tremendo espíritu podía estar pidiendo demasiado de su cuerpo. Una tarde a finales de julio, llevé en coche a Helen a su cabaña de la playa, y cuando nos íbamos, algo me hizo pedirla que tuviera mucho cuidado. No lo tuvo. A la mañana siguiente, en la oficina, me dijo cuán recio había estado el mar, y cómo había salido más allá de los rompientes de las olas solo para toparse con una gran medusa venenosa, y después (para colmo de males) se dio cuenta que la fuerza de la corriente la estaba alejando de la orilla. Permaneció perfectamente serena y contenta (éstas son aproximadamente sus propias palabras) y simplemente esperó a ver qué ocurriría. Sin ningún esfuerzo por su parte, su cuerpo de alguna manera la llevó a la orilla, donde una gran ola la recogió y la depositó gentil-

mente en la playa. Ahí estaba ella sorprendida de encontrarse a sí misma temblando y exhausta.

Helen se había despreocupado demasiado de su salud. Caminaba y caminaba Dios sabe cuán lejos, aunque siempre con ese modo de andar suyo tranquilo, relajado, que es casi como el trote de algún animal. Comía muy poco e irregularmente, y rápidamente perdió peso. Noche tras noche sin dormir –tan grande era su felicidad recién encontrada–. (Sin embargo, cuando finalmente durmió, fue, desde entonces hasta ahora, siempre sueño sin sueños. Esto la sorprendió, debido a que solía soñar mucho. Esto me interesó a mí también, debido a que, a diferencia de ella, yo sabía que uno de los signos del iluminado es que sueña muy poco o nada en absoluto). Después de unas pocas semanas de vivir así, no es extraño que llegara a estar anémica, y tuviera que relajarse –físicamente–. Espiritualmente, las cosas continuaron mejorando y mejorando, ¡aunque ella no podía entender cómo era posible eso! Si entonces leía y hablaba mucho menos, esto no era debido a que estuviera cansada, sino tan sana espiritualmente que hablar y leer libros sobre Ello se había vuelto más bien insulso. Ella era su Autor; ella era Ello.

Las semanas siguientes a la vuelta de Helen de Eastbourne, había sido un tiempo de éxtasis. Permítaseme citar sus propias palabras, típicas de ese período, garabateadas apresuradamente en un trozo de papel sin considerar la gramática o la puntuación, y solo rescatadas por mí de la destrucción:

Luz deslumbrante, pura luz, clara brillantez

Una sensación de ser llevada ingrávida

11.00-5.30 tiempo no-existente, eternidad sin fin

Ningún cansancio físico, dormir no viene a cuento, sensación de alborozo y paz.

Aconteciendo por primera vez como niebla o una cortina tendida completamente

Esto es todo lo que importa para siempre

Debe haber un cielo en la tierra

¿Por qué explicarlo? Las palabras son inútiles e innecesarias, para el conocimiento constante.

(26 de mayo, 1964)

Yo sugerí, en ese momento, que esta fase de la iluminación de Helen (nosotros la llamábamos la fase de « magnífico tecnicolor») se haría un estado aún más profundo, más natural y virtualmente permanente. Y, de hecho, esto ocurrió pronto. ¿Es posible para mí describir ese estado?

Quizás sería útil resumir aquí, mencionando los cuatro aspectos —o momentos, o etapas— en los que hemos dividido a menudo (artificialmente, por motivos de descripción), la experiencia esencial:

1. El VACÍO. Esta es la LLAVE, la base indispensable. Significa *ver* claramente, a voluntad, incluso todo el tiempo, que justamente aquí uno es totalmente sin cabeza, sin cuerpo, sin mente, y de hecho Nada de nada.
2. AMOR. El resultado de esta contracción absoluta es una expansión igual y opuesta, una gran oleada que no deja a nadie ni nada fuera.
3. EL SOLO. Siendo así omniabarcante, uno es el Uno, completamente solitario, libre, independiente. Estas palabras bobas no pueden dar una idea de la vuelta a Casa.
4. MISTERIO. Así pues, de hecho, ser el Solo, Auto-originador y Auto-suficiente, es maravilla inefable.

Estos cuatro aspectos pueden darnos algún ligero indicio de una Experiencia que no es, por supuesto, ni de Helen ni mía, sino del Uno que es nuestro Sí mismo; pero realmente no lo harán en absoluto —solo introducen complicaciones en lo que es Claridad y Simplicidad perfecta—. Entre este Claro Ver, y la más aguda descripción de él, debe haber siempre una sima infinita. No es meramente que las palabras no puedan revelarLo: ellas son lo que Le ocultan.

Naturalmente, alguna conversación ayudó al comienzo. Simplemente estar con Helen, dispuesto con ánimo y comprensión cuando ella lo necesitaba, y la explicación ocasional de algún enigma, supuso no poca diferencia. Y fui capaz de acercarla a esos pocos libros —poquísimos— que han sido escritos por experiencia de primera mano, y protegerla temporalmente de los miles que no lo han sido. La introduje a Eckhart, Ruysbroeck, Rumi, las *Upanishads*, Sankara, Ramana Maharshi, Lao-tzu, Huang-po y Hui-hai. Obsérvese que tuve cuidado de no introducir ninguna tradición: era imperativo que Helen encontrara sus propias afinidades. De hecho, era incapaz de decidirse entre ellas: cada una exponía para ella un aspecto indispensable de un patrón único y claro. (Quizás debería añadir, que solo Ramana Maharshi

tiene un atractivo muy especial para ambos). Helen devoraba estos libros, ignorando siempre los accidentes meramente geográficos e históricos y comprendiendo la esencia común. Ella no tenía preguntas que hacerme entonces, ninguna en absoluto.

Queda un milagro para ambos, a saber, cuán repentina y completamente ha acontecido esta cosa maravillosa. Pero incluso los milagros tienen algún trasfondo y, obviamente, éste pedía más investigación. ¿Cómo fue posible para Helen saltarse tan bruscamente la cola espiritual? Pensábamos en los años de ansiosa búsqueda, de austeridades, de maratones de meditación, que son reconocidos tradicionalmente como el precio de cualquier Iluminación real, y nos maravillábamos. ¿Era Helen una de esas rarísimas excepciones a la regla? Entonces descubrimos –por supuesto no una explicación de su don y su gracia, sino algo de su historia–. Ella había sido siempre un «candidato». Incomprensiblemente, durante toda su niñez y juventud, había habido destellos, atisbos breves pero adorables del cielo; pero además algo mucho más destacable y significativo. Desde que empezó a ir al colegio, había tenido el hábito de ir por su cuenta a nadar, pasear, o simplemente sentarse; y esta soledad devino una parte cada vez más esencial de su patrón de vida. Últimamente, su cabaña de la playa le había proporcionado un retiro conveniente donde solía sentarse, completamente sola durante horas, en las tardes y fines de semana de verano. Yo le pregunté en qué pensaba allí. Contestó –¡bendita sea!– como si fuera una cuestión estúpida haber preguntado: «¡Nada! ¡Solo me sentaba!» «¿Adormilada?» Indagué yo. «Por supuesto que no. Bien despierta, con una mente vacía». ¡Simplemente así! Es cierto el hecho de que había algo extraño en que este comportamiento hubiera emergido en ella: sus amigas estaban inclinadas a considerarlo como egoísta, o incluso insano. No es que esto hubiera desterrado a Helen: el placer de sentarse meramente era su propia recompensa, y cada vez más necesario para su bienestar. Pero sin embargo nunca se le ocurrió que este estado de no-mente pudiera tener algún significado religioso o místico, o que fuera mucho más que una idiosincrasia. Si alguien le hubiera dicho entonces –como hice yo más tarde– que tras meses y años de sentarse en meditación a un yogi le iría bien si pudiera evitar todo el trajín de pensamientos por unos pocos minutos, mientras que Helen era capaz de despojarse de ellos el tiempo que quisiera –¡si alguien le hubiera dicho esto, ella habría pensado que estaba bromeando!–. No quiero sugerir, por supuesto, que este extraño logro suyo fuera «sentarse en meditación» en el pleno sentido de ese término, o espiritualmente maduro: estaba lejos aún de ser Auto-consciente. ¿Pero qué mejor ensayo para la Auto-consciencia que ella disfruta ahora podría ser imaginado?

Bien, en resumen esa es la historia de Helen hasta la fecha. Se advertirá, por supuesto, que habiendo comenzado de una forma maravillosa, aún tiene un largísimo camino que transitar. En un sentido, esto es cierto: no hay fin para Esto. Pero en un sentido mucho más profundo, esto es la mentira. Ella no tiene ningún sitio a donde ir. Está donde siempre ha estado – AQUÍ–. Lo que es más verdadero es que tiene el arrojo para verlo, y decir que lo ve y vivir cada momento en consecuencia. Eso es todo lo que importa.

Para todos los buscadores genuinos, y particularmente para nosotros en occidente, Helen debería resultar un enorme estímulo. Ella no quiere ser conocida –ni desconocida, por ese asunto– y es virtualmente indiferente a la alabanza o al ridículo. Pero está de acuerdo en que otros deberían animarse con su historia –con esta narración de lo que puede ocurrirle a una persona completamente «ordinaria» (de hecho, por supuesto, ninguno de nosotros –y ciertamente Helen– es completamente ordinario), y ha ocurrido muy recientemente, bajo nuestras narices, donde casi todo el mundo interesado en estas cosas sufre de un complejo de inferioridad espiritual crónico. Todos conocemos este tipo de cosa: «Ello no puede hacerse aquí. Uno tiene que irse a alguna cueva en los Himalayas o a algún monasterio japonés, y allí tiene que pasar meses simplemente aprendiendo cómo sentarse y respirar adecuadamente, y después tiene que sentarse en meditación quizás por el resto de su vida, bajo la guía del Maestro correcto (y cuán difícil es encontrarle) antes de que pueda esperar la Iluminación. Incluso entonces, la probabilidad es que no la tenga. Bien, al menos usted comenzará por buen camino en su siguiente vida, o si no en la otra...»

Helen es espléndidamente *confiada*. Solo una vez, justo al comienzo, albergó unas ligeras dudas sobre su iluminación, y después pasaron muy rápidamente. (Comparando los inmensos esfuerzos de ciertos monjes zen para obtener algún atisbo de su Cara Original, con su aparentemente fácil y clara visión de Él, ella no sabía qué pensar –es bastante comprensible–). Su confianza no surge de lo que ella comprende, sino de Lo que ve –y cualquier cosa, cualquier cosa puede dudarse excepto Esto–.

Cuántas Helen más hay, yo no lo sé. Incluso si solo hay una que, al leer su historia, encuentre el aliento para seguirla sobre el borde del precipicio, bendecirá a Helen, infinitamente.

PÓNGASE A PRUEBA A USTED MISMO

SIGUIENDO la guía del mismo Buda, el budismo afirma a menudo que, en contraste con otras religiones, no es dogmático, que sus enseñanzas son para poner a prueba y no meramente para confiar en ellas. Un budista verdadero, no trata con bienes de segunda mano. Se dice que es de mente abierta, humilde ante los hechos como efectivamente se presentan, y sobre todo, atento a lo que se da *ahora*, abandonando la imaginación, lo aprendido de oídas, los prejuicios y todas las opiniones preconcebidas –no importa cuán consagradas sean por la tradición–.

Lo que sigue es, por tanto, una invitación a poner en práctica esta atención de mente abierta, y poner a prueba algunas enseñanzas budistas básicas averiguando cómo concuerdan ellas con nuestra experiencia de primera mano.

Primero, una ojeada a estas enseñanzas:

No busquéis refugio en nadie sino en vosotros mismos.

Vosotros no podéis alcanzar *yendo a*, ese lugar donde no hay nacimiento, ni envejecimiento, ni declive, ni perecimiento, ni surgimiento en otra parte en el renacimiento... Pues, amigos míos, en este mismo cuerpo, 1,80 metros de alto... está el mundo, y la cesación del mundo, y la vía que lleva a su cesación.

Gautama Buda

Percibiendo que este cuerpo es como espuma, como un espejismo, él [el discípulo], rompiendo los floridos dardos de Mara, irá donde el Rey de la Muerte no le ve.

Dhammapada

Aquí, ¡oh Satputra!, la forma es vacío.

Sutra del corazón

Yo he realizado la Naturaleza Esencial de mi cuerpo y mi mente, que es como la fluidez de los océanos de fragancia que rodean las Islas del Bienaventurado. He realizado que había estado arrojando todo el tiempo los fragmentos rotos de mis pensamientos de personalidad en la claridad pura de mi Naturaleza Esencial.

Surangama Sutra

Este cuerpo vacío, visionario es nada menos que el Dharmakaya.

Yung-chia Hsuan-chuch

En el lugar donde ningún hombre es, yo pondré mi mano en la frente y te guardaré. Te esperaré y cuidaré de ti donde ningún hombre habla, es decir, en la tierra de Maitreya, donde no se necesita boca ni labios.

Pai-chang

Mientras no seas llevado por vientos externos, tu Naturaleza permanecerá como el agua, siempre serena y clara.

La percepción de que no hay nada que percibir –esto es *Nirvana*, también conocido como Liberación–.

Hui-hai

¿Puede ver por usted mismo, sin la más mínima dificultad o duda, en su Naturaleza Vacía? En otras palabras, ¿son los pasajes citados anteriormente evidentemente verdaderos justamente ahora, en su propia experiencia inmediata? Si es así, no se moleste en leer el resto de este artículo.

Si usted no ve de qué tratan ellos, ni quiere ver, no tiene sentido leer más.

Pero si, por otra parte, usted no lo ve pero quiere intentar algo que pueda capacitarle para hacerlo, entonces se sugiere que dedique los próximos veinte minutos a llevar a cabo algunos experimentos simples. Leerlos sólo es peor que inútil. Tienen que ser hechos efectivamente. Las siguientes preguntas son para ver, *sólo según la evidencia presente*, lo que usted encuentra en este momento, cuando deja de leer cosas sobre ello:

1. Levántese, mire hacia delante, quédese quieto.

(Ayuda tener un amigo que le lea las preguntas en voz alta, pero no necesita responderlas en voz alta).

¿Cuántos pies tiene ahora que pueda contar?

Por supuesto, tiene sensaciones, ¿pero qué son ellas realmente? ¿Equivalen a unos pies? Según la presente evidencia, ¿no podría tener igualmente garras o pezuñas o aletas?

¿Cuántas piernas puede encontrar? ¿Cuántos troncos? ¿Cuántas cabezas?

¿Dónde están sus límites? ¿Cuán grande es usted? ¿Cuán viejo? ¿De qué sexo?

¿Es usted una cosa, o es más como el espacio en el que están aconteciendo ahora un montón de otras cosas –incluyendo varios pensamientos y sensaciones–?

2. Responda las mismas preguntas, esta vez con los ojos cerrados
3. Mire su mano. ¿Está usted en ella, o está ella en usted? ¿Tiene usted algún indicio de lo que es estar en ella?
4. Continúe mirando su mano.

¿Cómo podría ver ahora su color, si usted fuera coloreado?

¿Cómo podría recibir su forma, si usted tuviera forma?

¿Cómo podría registrar sus movimientos ahora, excepto en su quietud?

¿Cómo podría contenerla si usted no fuera vacío?

¿Cómo podría usted captar todos esos detalles, excepto siendo absolutamente llano y simple?

¿Cómo podría usted sentir el dolor en ella (cuando su uña del dedo pulgar se clava en su dedo índice) si no fuera sentido contra un trasfondo constante de no dolor?

¿Cómo podría usted oír el ruido que hace (como cuando chasquea sus dedos) si el sonido no hiciera «plaf» en su ilimitado fondo de silencio?

5. ¿Por cuántos ojos está usted mirando, ahora que realmente mira?

Vea qué ocurre cuando se pone sus gafas, lentamente. Abarque con sus manos la extensión de su «ojo». ¿Qué hay detrás de él?

6. Señale a sus pies, piernas, vientre, pecho, después a lo que hay encima de eso.

¿Con toda honestidad, a qué está señalando su dedo ahora? Continúe señalando.

7. Vea si usted puede estar cara a cara con alguien. ¿No es cara a no cara?

8. Asegúrese de dónde tiene usted su cara. ¿Está ella donde usted *pensaba* que estaba?

¿O está ahí en el espejo, y donde su amigo la recibe (y por lo tanto puede decirle si hay una mancha en su nariz), y donde él sostiene su cámara (que por lo tanto puede registrarla, mancha y todo)?

9. Palpando, pellizcando y palmeteano, intente construir sobre sus hombros una *cosa* coloreada, opaca, toda junta en una pieza, limitada, tal como usted la encuentra sobre los hombros de su amigo. Intente entrar y describir sus contenidos, como se revela ahora. ¿No sigue usted siendo amplio, espacioso, inmenso?

10. Mire al cielo encima de usted. ¿Está su tierra-cuerpo vacía ahora, lo mismo que su cuerpo y cara y ojos de hombre estaban vacíos? ¿No es cierto que «toda la gran Tierra» no es nada sino usted (Hseuh-feng) y «que la gran Tierra» no contiene una mota de polvo (dicho zen)? ¿No es *desde* lo que usted está mirando espléndidamente espacioso siempre para lo que usted está mirando?

11. Usted es la única autoridad sobre cómo es donde usted está. Pero si no confía en sus propios hallazgos, que su amigo compruebe, hasta donde pueda, su vacuidad central (a cero metros) acercándose con su cámara (un «agujero» en una hoja de papel servirá).

¿No comienza él en un lugar (digamos a dos metros de distancia) donde encuentra que usted es un ser humano, después viene a un lugar donde (a, digamos, un metro) encuentra medio ser humano, después una mano o una cabeza, después un parche de piel y después un mero borrón?

(Suponiendo que él tuviera buenos microscopios, etc... ¿no se vería el borrón como células, después como una célula, después como partículas de orden decreciente, y al final como espacio prácticamente vacío –sin rasgos distintivos, transparente, sin color, ilimitado–?)

¿No es cierto que cuanto más se acerca él a usted, más se acerca a su propia visión de usted mismo como Nada?

¿Puede ver ahora por usted mismo, más allá de toda duda, en su Naturaleza Vacía? Si es así, ¿qué le impide continuar haciéndolo, siempre que y dondequiera que usted quiera, hasta que el ver se haga su modo normal de vida? Esto puede no llevar tanto como usted teme. En cualquier caso, ha comenzado con buen pie.

LAS CUATRO MENTIRAS FATALES

(1) «Yo soy imperfecto»

ÉSTE es el primero de una colección de cuatro artículos que van a ser publicados este año (1988) en *The Mountain Path*. Cada uno de ellos examina una de las mentiras básicas que la gente en general –y los aspirantes espirituales en particular– se dicen a sí mismos: falsedades sobre las que virtualmente todos nosotros basamos nuestras vidas, en las que vivimos y morimos, aferrados a toda costa a ellas. Falsedades que obstruyen nuestra vida ordinaria, y que bloquean igualmente la vía a la meta del aspirante a la liberación que afirma anhelar y por la que se esfuerza.

Es como si, contado a menudo y con mucho ruido, el cuento más descabellado deviniese verdadero. El hecho de que estas barreras sean insustanciales, mero auto-engaño y ficción, no hace nada para reducir su carácter obstructivo, su efecto siniestro. Uno tiene que *verlas* para disolverlas. Ése es nuestro propósito en estos cuatro artículos. Nosotros no vamos a intentar *pensar* (o comprender o intuir) nuestra manera de pasar estos obstáculos, ni a *sentir* nuestra manera de superarlos o no, sino más bien a *ver* que ellos no están ahí en absoluto, que ellos no son más reales que un espejismo que se desvanece ante una inspección más estrecha. Pensar y sentir no resuelven nada aquí. Solo una mirada como de niño suscita convicción.

La primera de las cuatro mentiras es: «Yo soy imperfecto. Hay algo radicalmente defectuoso en mí».

Eso es lo que la sociedad nos está diciendo de cien maneras sutiles y no tan sutiles, ¡y cuán presurosos estamos de creer este mensaje! Nosotros aceptamos positivamente las malas noticias. De hecho, muchos de nosotros pagaremos grandes sumas de dinero a cualquiera que explique convincentemente en qué desaguizado estamos, y le seguiremos por todo el mundo durante años solo para escuchar más y más sobre el desaguizado.

Está muy lejos de mi intención perturbar a aquellos que disfrutaban de las malas noticias sobre su condición espiritual. Mis observaciones aquí están dirigidas a la gente que no lo disfruta tanto, que ya ha tenido bastante de ese tipo de cosas. A ustedes les digo: prepárense para buenas noticias. No para *escuchar* noticias increíblemente buenas sobre ustedes mismos, sino para *verlo* realmente revelado. O más bien, repentinamente claro.

Pero esto es anticiparse. Para comenzar, tomemos las malas noticias predominantes sobre nosotros mismos seria y sensatamente, para descubrir qué verdad hay en ellas, y qué acción se pide. Tratemos este cuento de aflicción espiritual-personal tan inteligente y serenamente como tratamos los cuentos de aflicción seculares y menos personales —en la vida de los negocios por ejemplo—. Suponga que es el jefe de una gran compañía, y de repente alguien dice que vislumbra un desastre, que la empresa va casi con seguridad de cabeza a la bancarrota y su propietario a la pobreza y la desgracia. ¿Cómo reacciona usted?

Hay dos cosas que puede hacer, y contrastan agudamente.

(I) Puede caer en el pánico. Puede dar órdenes a diestro y siniestro. Puede despedir al jefe de fábrica y al jefe de ventas, cerrar una o dos fábricas filiales y despedir a los operarios, descartar los viejos modelos de producción y comenzar unos nuevos. Obras son lo que usted prescribe para esta situación. «No se sienten ahí simplemente», grita usted. «¡Deprisa! Cualquier cambio es mejor que ningún cambio».

El resultado es casi con seguridad que las cosas empeorarán. Los remedios impulsivos, administrados ciegamente a un paciente al que el doctor no puede encontrar tiempo para examinar, pueden muy bien matarle. Las posibilidades de que le curen son una entre mil.

(II) En lugar de esta reacción frenética, usted —si es un hombre de negocios normalmente competente— *no hará nada: nada reparador en absoluto, hasta que se haya asegurado de los hechos*. Así pues, convocará una reunión extraordinaria, en la que el director de ventas exhiba sus gráficos mostrando las tendencias presentes y las perspectivas de mercado futuras, y el jefe de fábrica informe sobre la probabilidad de aumentar la productividad y de bajar los costos, y el contable pronostique el beneficio y la pérdida para el año financiero, el tamaño creciente del descubierto y así sucesivamente.

Entonces –y solo entonces– decidirá. Este cuerpo de información, debidamente absorbido y asimilado, suscita decisiones sensatas. Puede indicar qué medidas drásticas a corto y largo plazo se necesitan para sanear la compañía. Puede indicar que no debe emprenderse ninguna acción precipitada hasta que se aclare el estado actual de las cosas. O puede indicar que esos impulsos iniciales hacia el pánico estaban completamente injustificados, que todos esos rumores de ruina inminente estaban mal fundados, cuando no eran simplemente maliciosos, y que bajo *un examen más cuidadoso, el negocio resulta ser muy próspero. ¡Que, de hecho, las noticias no podrían ser mejores!*

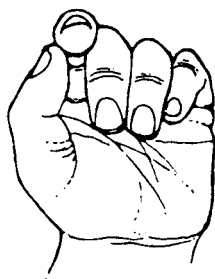
Esa es la manera, y si tenemos algún buen sentido práctico, dejamos seguir adelante nuestros asuntos cotidianos.

¡Ya querríamos manejar nuestros asuntos espirituales con la mitad de inteligencia, con un cuarto de sensatez, basándonos en este mismo principio de *hechos primero y acción después!* ¡Cuán pocos, poquísimos, ¡ay!, somos así de sensatos cuando nos volvemos de la conducta de la periferia de nuestra vida al corazón mismo de ella! Cuando tratamos con meras cosas, con mercados y mercancías y dinero, somos bastante sensatos, pero cuando tratamos con el Tratante, con su Propietario, nos volvemos llanamente locos. Con poca o ninguna evidencia, sobre la base de meras habladerías o temores (¿o es, ocultamente, ilusiones?) decidimos que nuestras vidas han ido mal, que somos profundamente defectuosos, infortunados, incluso malditos. De modo que nos agitamos buscando curas para una condición de la que no tenemos ni idea y no queremos conocer nada sobre ella –excepto que ciertamente es muy mala y no hay cura a la vista–.

Si hay algo que nos empuja cada vez más profundamente al problema, ello es esta ceguera histórica a nuestro estado presente, este pasar por alto compulsivo, aunque calculado, los hechos más auto-evidentes sobre nosotros mismos, esta elección deliberada a vivir desde un paquete miserable de mentiras sobre nuestra naturaleza en lugar de desde esa naturaleza como ella es obviamente. No hay ninguna sorpresa, entonces, de que nuestros peores temores parezcan estar justificados, y estemos en el mercado tras los incontables remedios falsos en oferta. ¡Todos bobos, increíblemente crédulos –eso somos–!

Pero ahora usted y yo vamos a ser eficientes sobre nosotros mismos –sobre nuestra verdadera condición y naturaleza– para un cambio. Vamos a ignorar los rumores y mirar a los

hechos. Vamos a tener sentido común y prestar atención –si no por primera vez, al menos *como si* fuera la primera vez– a lo que está claramente a la vista, a lo que somos en nuestra propia experiencia directa en este momento. No prestar atención (por favor atienda) a lo que otros *dicen* que *somos*, o a lo que *parecemos ser* para ellos, sino a lo que *somos* para nosotros mismos, intrínsecamente –cuando dejamos de lado todas las presuposiciones, creencias e imaginaciones–. Esto significa atreverse a girar nuestra atención 180° y mirar al Lugar que ocupamos: exactamente mirar con una mente abierta preparada para cualquier descubrimiento por extraño que sea, y con la humildad y honestidad de atenernos a lo que encontremos ahí. En otras palabras, hemos de mirar, no solo *a* lo que estamos mirando (a esta página escrita o impresa) sino también *a desde donde* estamos mirando...



¿A qué está apuntando este dedo índice directamente ahora, *según la evidencia presente*, sin ningún pensamiento sobre ello? ¡Mire! No ponga ideas sobre lo que usted ve claramente: simplemente observe. ¿Cómo es ver DENTRO?

¿Es Ramana Maharshi perfectamente verdadero cuando dice: «Es realmente como ver en el vacío»?

¿Está este dedo, en su propia experiencia inmediata en este momento, apuntando a una cosa? En particular, ¿a un par de ojos, una cara, una cabeza? ¿A una *cosa* opaca, pequeña, sólida, coloreada, complicada, claramente perfilada? ¿O solo al *Espacio*? ¿Al Vacío, a la Capacidad, limpia de todas las características y limitaciones: simplemente Espacio Consciente para esta página de palabras, y las manos que la sujetan: solo Espacio o Vacuidad para llenar con lo que quiera que se ofrezca: solo esta Nada que milagrosamente acoge todas las cosas?

¿No es esto Lo que usted es, Lo que yo soy, justamente ahora? ¿Y Lo que somos siempre—Transparencia inmensa, simple, inmaculada, incolora, intensamente viva para Sí misma precisamente así? ¿De nuevo, *milagrosamente* así, y con esplendor insuperable?

¿Qué hay de imperfecto en Esto? ¿Qué pérdida o daño puede sufrir Esto, qué cambio para peor? ¿Qué cambio de algún tipo? ¿Qué hay Aquí para declinar y morir? ¿Qué es malas noticias para Esto? ¿Qué tiene que hacer Esto para corregirse a sí mismo? ¿Qué medicina prescribe usted para Este Paciente?

Pero de inmediato puedo escucharle plantear una fuerte objeción: «De acuerdo, veo que *físicamente* no hay nada aquí donde YO SOY que me dé problemas, pero *mentalmente* hay un montón. Mis sentimientos —de ira, resentimiento, frustración, tristeza, aburrimiento, desesperación y demás—me incordian lo mismo. ¿De qué sirve ser tan Espacioso si debo soportar pacientemente (y cargar con) una sucesión sin fin de emociones en su mayor parte negativas, si estoy forzado a hacer de anfitrión de tales huéspedes? ¿Para qué? ¡Preferiría más bien estar sólidamente taponado que tener que limpiar para hacer un sitio donde los siete demonios de la mente campeen a sus anchas!»

Yo contesto: En este punto tiene que tomar una decisión importante. Debe dirimir si estos sentimientos —tanto negativos como positivos— son realmente *suyos* o no. Si son sentimientos sobre *usted*, que es Nada sino Espacio para las cosas, o sentimientos sobre *esas cosas* —sentimientos que caracterizan la manera en que vienen a usted, para ser acogidas. Si presta atención cuidadosamente, yo pienso que no encontrará nunca ningún resentimiento o ira (por ejemplo) suyos propios —quiero decir ira subjetiva aparte de, y sin referencia a, algún objeto—. Siempre es resentimiento por un mundo, o resentimiento por una situación o acontecimiento o una cosa u otra. Cualquiera que sea el sentimiento, si es real y no imaginario, creo que encontrará que es sobre algo o alguien que usted está acogiendo, no sobre su acogedor. Así, su frustración genuina encuentra frustrantes cosas y gentes, no la Acomodación que les está proporcionando. Así, su amor genuino exclama: «¡Cuán amable, cuán adorable es él o ella!», y no: «¡Cómo estoy gozando de estar tan enamorado!» (Eso no es amor en absoluto). Así, su alegría genuina encuentra el universo completamente delicioso para variar, no a usted mismo completamente delicioso para variar. *Usted no cambia*. Esta afirmación desnuda le corresponde a usted verificarla, no tomarla de mí. Todo depende de su conclusión.

Mire y vea. Pertenece a la naturaleza de su mundo ser llenado y empapado de todo tipo de sensación (tanto positiva como negativa), tanto como ser estructurado con todo tipo de pensamiento (atribuyendo valores, significados, relaciones), y ornamentado con todo tipo de decoración perceptiva y sensorial. Y lo mismo que no hay texturas o colores sueltos flotando por ahí aparte de las cosas texturizadas y coloreadas, y no hay pensamientos ni significados ni valores sueltos flotando por ahí aparte de cosas pensadas y significativas y valoradas, así tampoco hay sentimientos de miseria o sentimientos de sorpresa o sentimientos de intriga sueltos flotando por ahí aparte de cosas enigmáticas y sorprendentes y miserables. No: ninguna de esas características se separa por sí sola, como pulgas o gérmenes, de sus anfitriones, y se adhiere a usted, su Anfitrión. En otras palabras, de todos los contenidos infinitamente complejos y siempre cambiantes que se reúnen para constituir su mundo, usted es el Contenedor absolutamente simple y nunca cambiante. Como tal, como esta Amplitud Espaciosidad-para-que-los-mundos-vengan-y-se-vayan incolora, libre de parásitos, libre de infección, inmaculada, sin rastro, usted es la Perfección Eterna misma. Esto no es para creerlo o comprenderlo o sentirlo algún día, ni siquiera para verlo algún día, sino simplemente para verlo hoy, cuando usted gira la flecha de su atención 180° una vez más. Ahora.

«De acuerdo», replica usted. «¿Pero, de qué sirve mi ser absolutamente perfecto si mi universo (que incluye la cosa que estoy viendo, y la cosa a la que estoy viendo en mi espejo) es tan terriblemente imperfecto? ¿Digamos —en el mejor de los casos— un universo que es un cuarto bueno, mitad neutro y un cuarto malo?»

Aparentemente, al comienzo (contesto yo) este mundo malo y bueno tenía que ser mezclado o ningún mundo sería en absoluto. Ni siquiera Usted en su fecundidad primigenia fue capaz de dar nacimiento a un universo uniformemente bueno, un mundo no dualista libre de opuestos discordantes y contradicciones inherentes, un mundo en el que floreciese una alegría que, para ser ella misma, no requiriese de ningún trasfondo de indiferencia y tristeza; en el que floreciera un amor que, para ser él mismo, no tuviera necesidad de crecer y disminuir y crecer de nuevo; en el que floreciera una paz que, para ser ella misma, fuera inactiva y automática y no algún tipo de pacificación. Usted no fue capaz de producir estos valores, sin producir simultáneamente sus opuestos, producir luz sin oscuridad, o silencio sin sonido o altura sin profundidad. Sin embargo, usted debe haber decidido que, aunque el costo de un universo tal fuera terriblemente alto, merecía la pena que este tipo de universo fuera y que es preferible a ningún universo en absoluto.

Pero ¡espere un minuto! –todo esto asume que, cuando finalmente usted ve y continúa viendo su propia perfección como la Fuente Incontaminada del mundo, el mundo todavía parecerá contaminado, trágicamente imperfecto–. Es una asunción que ahora usted puede abandonar. Esté preparado para descubrir que el universo de las cosas, cuando se ve conscientemente desde la Nada de la que surge, es un universo transfigurado, que asume misteriosamente la Omnirectitud de su Origen. Esté preparado para descubrir que, cuando ya no hace un daño incalculable a su mundo, dividiéndolo en una cosa que observa que usted llama *yo* y una cosa observada que usted llama *no-yo*, lo sana de la herida casi mortal que le inflinge. Esté preparado para descubrir que, cuando ya no se aferra a nada –al jirón de una partícula o al fantasma de un pensamiento– devuelve a su mundo todos los bienes que le robó durante años, restituyéndolo a una riqueza que no ha atisbado desde la infancia más temprana.

Sí: pero *no* esté preparado simplemente para desapegarse de este mundo transformado, para ignorarlo o lavarse las manos de él ahora que lo ha enmendado. Justamente todo lo contrario. La paradoja es que, al ver que usted es ahora finalmente libre de él, sin marca e inmaculado, usted *es* él –manchas y todo– y su identidad con él lo hace digno de usted. (Mire ahora al Espacio que usted es, el Espacio que está otorgando a estas marcas negras sobre un fondo blanco, y vea cuán inseparable es de ellas). Pongámoslo así: cuando usted ve Quién es, ve que, como su Fuente, usted está vacío *de* todos sus productos, y como su Veedor, está vacío *para* todos sus productos, y como su Salvador está vacío *como* todos sus productos: y como Usted, ciertamente ellos son muy buenos. Éste es el amor de Dios que no solo crea el mundo y hace que el mundo gire, sino que salva al mundo.

Por muy bien que pueda sonar esto, no tome de mí ni una palabra. Averígüelo por usted mismo. Vuelva su atención 180°, vea Qué ve usted, permanezca con la visión y vea qué le ocurre a su mundo.

* * *

Hemos sido prácticos. Hemos descubierto lo que tiene que hacerse para remediar nuestro apuro. La respuesta –la respuesta práctica y sensata– es: nada en absoluto. Nada excepto despertar. *Al ver Quién somos, todos nosotros estamos bien como somos.* ¡Y esto es decir sin exagerar, la expresión del siglo!

No: usted *no* es imperfecto. Ramana Maharshi dijo:

«Un hombre puede realizar el Sí mismo debido a que Él es aquí y ahora. Si no fuera así, sino que fuera algo obtenible por el esfuerzo en algún tiempo futuro y si fuera nuevo y algo a adquirir, no sería digno de búsqueda».

«Todos son *jñanis, jivanmuktas*».

«Todos están viendo a Dios siempre, pero no lo saben».

«Sea como usted es».

Estas afirmaciones no son para recitar sino para ponerlas a prueba. Usted tiene que verse a Sí mismo por Usted mismo. Es la visión más fácil, más natural, más impactante imaginable.

Y la que más se resiste también. Nosotros, los humanos, iremos a cualquier distancia para cegarnos a nosotros mismos a nuestra bienaventuranza.

(2) «Yo estoy incorporado»

Yo estoy en el cuerpo. Soy este cuerpo. Estoy encarnado, estoy incorporado, estoy apriisionado o sepultado en este cuerpo. ¿Qué podría ser más incuestionable y universal que esta creencia, en una u otra de sus muchas formas? ¿Junto con su corolario también incuestionable de que en el nacimiento yo de alguna manera fui encerrado en esta cosa, que durante toda la vida rara vez he dejado, si es que alguna vez la he dejado, bajo libertad condicional y de la que solo saldré a la muerte? Solo (agregarían muchos) para ser recapturado y condenado a otra sentencia de vida y trasferido a otro lugar de confinamiento, trasvasado a otro refrigerador o vasija o jarro.

En ésta, la segunda de nuestras investigaciones sobre las mentiras en las que vivimos, debemos considerar este mito de la incorporación; advirtiendo cuán absurdo y sin embargo cuán plausible es, cuán manifiestamente atroz y sin embargo cuán obstinadamente nos aferramos a

él, cuán adictivo. Y cuán cómicamente fácil es desmontarle, descubrirle como fantasía y extravagancia, una vez que nos atrevemos a observarle.

Para recordarnos la necesidad y urgencia de nuestra tarea, tenemos la seguridad de Ramana Maharshi de que «identificar el Sí mismo con el cuerpo es la esclavitud real», de que «*yo soy el cuerpo* es la causa de todo mal», y de que cuando esta convicción desaparece «es Realización». Y, para animarnos a cuestionar nuestras asunciones habituales y comenzar todo de nuevo a lo largo de líneas nuevas y no familiares, tenemos la advertencia de Rumi: «Este cuerpo es una gran decepción, un gran engaño». De hecho, todo Veedor real ha visto y combatido la noción popular secular de que (como dice el dicho) «Yo habito esta casa de barro», y la noción popular religiosa de que «Esta casa de barro es una de las muchas que yo habité en el pasado, y habitaré en el futuro».

Sin embargo, estas advertencias de los sabios a través de los siglos han hecho muy poco para que nuestra especie entre en razón. Ha llegado el tiempo de dejar de hacer pronunciamientos a secas sobre este tema de una manera u otra (la multitud de los encarnacionistas se contentan con afirmar: «Yo estoy incorporado» y sus pocos oponentes se contentan con afirmar: «Yo no estoy incorporado») y en lugar de ello, de comenzar a ver directamente los hechos: hechos evidentes, indudables, sobre los que ambas partes podrían estar de acuerdo.

Para comenzar, tomemos esta idea de la persona encapsulada tan seriamente como podemos. Y advirtamos cuán extraña es, cuán improbable. Si la cápsula se compara con una caja de embalaje, o una tumba o una cárcel o una prisión o una caravana o una tienda de campaña o una cáscara, su forma y agilidad dúctil y su modo de conservación son bastante extraños: pero ni la mitad de extraños que el estilo de vida de su inquilino. Parece que el residente es exactamente del mismo tamaño y forma que la casa, y que de ninguna manera se mueve dentro a alguna parte como un pequeño guisante en una gran vaina. Parece que él es tan voluminoso —o que, su morada es tan ajustada— que ocupa todas las habitaciones y pasillos a la vez y sin que sobre ni un centímetro: un caso impactante de condiciones de hacinamiento y sobrepoblación. ¡Adelante! Estamos intentando averiguar qué *entendemos* cuando decimos que estamos *en* este cuerpo. ¿Entendemos que dentro de esta noble casa de cuatro alas, techada, de dos ventanas, reside un señor feudal que llena y coincide con la casa feudal, de la misma manera que el té que bebe (¿por la puerta frontal?) llena y coincide con la tetera? ¿Un dueño de casa con forma de casa? Un acomodo estrecho en verdad, que le recuerda a uno esos jóvenes

que se comprimen en sus pantalones vaqueros tan cómodamente que ellos (los vaqueros) parecen la piel azul del Señor Krishna. Lo cual a su vez le recuerda a uno cómo Krishna se reveló a sí mismo como el universo entero, y ciertamente no confinado a esa pequeña parte de sí mismo que veía Arjuna.

Y ahora, alejándonos de esta superstición tragicómica de nuestro propio confinamiento, echemos un vistazo a lo que está ocurriendo de hecho, ahora.

Mire a su propia mano, que sostiene esta página impresa.

¿Está usted dentro de esa cosa?

Si es así, yo estoy ansioso de saber cómo se encuentra usted ahí. ¿Congestionado, oscuro como la pez, caliente, empapado, sin espacio dentro para sortear un vaso sanguíneo o un glóbulo, y mucho menos un gato?

Suponga que ha llegado a la consciencia por primera vez en este mismo momento, o suponga que ha tenido un repentino ataque de amnesia total, ¿cómo decirle (según la evidencia presente) que usted está *dentro de* esa mano y muñeca y no *dentro de* ese reloj de pulsera y manga y hoja impresa?

Mire a la piel de esa mano. ¿A qué lado de ella está usted? ¿Está usted, de nuevo según la evidencia presente, oculto debajo de esa superficie o libre sobre ella? ¿Está usted contenido *en ella*, o está ella –junto con el reloj de pulsera y la manga y la hoja impresa, el mobiliario de la habitación, el mundo fuera de la ventana– todo contenido *en usted*?

Mire a ese amplio cielo y a esas nubes y árboles, y después mire a esos pies y brazos y tronco –y diga si usted está *excluido* de esa vastedad ahí y *encerrado* dentro de esta pequeñez aquí–. En alguna parte el *Canon Pali* habla de dos tipos de gente: aquellos que «viven en una pequeña solidez», y aquellos que «viven en la inmensidad». ¿De qué tipo es usted, en su propia experiencia inmediata en este momento? ¿No es el primer tipo no solo imaginario sino inimaginable, ni siquiera válido como material de cuento de hadas o de ciencia ficción? ¿Del mismo tipo que esos cuernos de conejo y cabellos de tortuga de los que las escrituras budistas no paran de hablar? ¿No es, hablando llanamente, banalidad o insensatez?

Todo el asunto puede ser resumido en la cuestión simple de cuán *grande* es usted. Hay una tradición acordemente a la cual Jesús dijo: «Un hombre que se mira a sí mismo solo desde fuera, y no también desde dentro, se empequeñece a sí mismo». En lugar de intentar meterse en esa mano de ahí, por favor suba a donde usted está realmente estacionado, al Centro mismo de su mundo, a este Puesto de Observación o Punto de vista desde el que esa mano está siendo vista, y observe cómo este Punto (¿qué Punto?) estalla para tragar todo ese mundo desde los botones de la camisa hasta el cielo. He aquí la bomba quieta e inobservada que hace que la explosión de Hiroshima parezca una bocanada de humo de cigarro. ¡Porque, muy lejos de su estar contenido en ese diminuto fragmento del mundo llamado su cuerpo humano, usted no está ni siquiera contenido en su cuerpo-mundo, sino que es lo Incontenible!

¿Cómo surge en la tierra, esta noción quimérica que ningún animal salvaje es tan necio como para imaginarla, este engaño específicamente humano de que el Observador está misteriosamente atrapado y embebido en un pequeño pedazo de lo que es observado? ¿Cómo en la tierra se corta el crecimiento de un niño (¡sic!), casi de la noche a la mañana, desde dimensiones cósmicas a humanas? La respuesta es que el niño se contagia de los adultos (sic, de nuevo) de la enfermedad de la *excentricidad* progresiva –de estar crecientemente aparte de uno mismo (lo que naturalmente significa loco)– la enfermedad cuyas víctimas, como si tuvieran el baile de San Vito, saltan afuera de sí mismos, giran en el aire, y se miran de frente a sí mismos. ¡Qué contorsión imposible: no es de extrañar que algunas víctimas parezcan permanentemente retorcidos! Esta enfermedad lleva a la sobreimposición de lo que *aparece* ahí sobre lo que uno *es* aquí –lo cual es mala observación, mala ciencia, mala filosofía, mala religión, mala vida y ciertamente lleva al mal uso del cuerpo de uno–. Incluso el sentido común se resiste a la falacia de que los *otros* están en situación de *ver* el usted que *usted ve*. Y (más generalmente) la ciencia moderna se resiste a la falacia de que las cosas permanecen las mismas sin importar desde dónde sean vistas. Einstein se preocupó de eso, como lo hizo el obispo Berkeley antes que él.

La gente, dice el gran Rumi, inventa estratagemas para meter al Rey en un alfiletero. Esa pequeña frase: «YO ESTOY EN UN CUERPO» debería ser suficiente para desarmar el juego –¡como si YO SOY pudiera ser encapsulado en un cuerpo, por muy capaz que sea!–.

La broma es que somos bien conscientes (con una parte de la mente) de que nuestro cuerpo real no se detiene en nuestra piel, sino que –para funcionar– tiene que ser universal. (Nosotros aceptamos esto en teoría y lo rechazamos en la práctica, lo aplicamos a otros y no a nosotros mismos –siendo inagotable nuestra capacidad para este tipo de doble pensamiento–).

Mi Tierra, a diferencia de mi mano, es un órgano indispensable de mi vida; y mi Sistema Solar es al menos tan vital para mí como mi sistema respiratorio o digestivo. Yo puedo sobrevivir a un transplante de corazón y de pulmón, pero difícilmente a un transplante galáctico. Yo podría arreglármelas durante años sin amplias partes de mi incorporación terrenal, ¿pero cuánto tiempo sin mi incorporación celestial? Y, en general, es un lugar común del mundo moderno que todas las cosas son interdependientes y mutuamente condicionantes de incontables maneras, hasta tal punto que el Universo es estrictamente indivisible, un todo verdaderamente orgánico: en verdad el único Todo verdadero. Si yo estoy encarnado (y en un sentido ciertamente lo estoy) entonces nada menos que este Universo es mi Encarnación, y yo mismo me hago una injusticia cuando me conformo con menos.

Pero usted puede preguntar: «¿Qué pasa si a mí se me ha enseñado a considerar este pequeño fragmento del Universo como mi cuerpo, y todo el resto como su entorno? Ciertamente ésta es una asunción inocua que tiene su utilidad –si no una ficción social esencial al menos una ficción conveniente–. Después de todo, funciona bastante bien».

Yo contesto: Antes al contrario, funciona muy malamente, es inconveniente y dañina en extremo. Y es dañina, no tanto debido a que su colapso (de usted) de dimensiones cósmicas a dimensiones humanas es *malo* para usted (¡mucho peor que un pulmón colapsado!) sino debido a que es *imposible* para usted, un juego y una ficción, una mentira; y debido a que vivir una mentira es vivir insanamente. He aquí solo seis de las consecuencias –algunas ocultas, otras manifiestas, todas enfermas– de jugar a este juego particularmente humano:

(I) Usted se ve a sí mismo como una cosa contra todas las demás cosas, y esto significa que está en constante miedo de daño y pérdida.

(II) A un nivel profundo está resentido de haber sido reducido de tamaño tan cruel y tan drásticamente –¡qué humillación, qué derrumbe es éste!– y tiene un rencor de por vida contra

el orden de cosas que le ha hecho esto. El resultado es agresión en una u otra de sus muchas formas.

(III) Empobrecido y sin gustarle en absoluto, sufriendo la pérdida de su riqueza infinita (como niño usted poseía el mundo), colecciona compulsivamente alrededor suyo tantas reliquias y recuerdos de su patrimonio pasado como puede. Usted está motivado por la avaricia en lugar de la necesidad, y es insaciable.

(IV) Al contraer la enfermedad social de la excentricidad, de estar fuera de usted mismo (a la distancia reglamentaria de un metro o dos) vive ahí la vida de una persona desplazada; una vida cuya desventaja lo más probable es que incluya auto-consciencia morbosa que resulta quizás en vergüenza paralizante, falsedad o ejecución de actos para impresionar a la gente, rigidez y torpeza en lugar de su ligereza y flujo natural, y conducta artificial en lugar de su espontaneidad natural. Porque, curiosamente, sepultarse usted mismo en su cuerpo, es separarse de él y utilizarlo mal. Mire cuán elegante y suavemente camina, salta, se rasca y juega el gato. Su feliz secreto es que, no habiendo escuchado ningún rumor de encarnación, no impone límites o restricciones felinas sobre sí mismo, es un gato libre, completamente abierto. Y así con todas las criaturas excepto el hombre. Blake escribió:

¿Ve esa pequeña mosca alada?

Sus puertas no están cerradas: ¡espero que las tuyas no estén cerradas!

Blake era un optimista cuya misión para el mundo era «fundir superficies aparentes y revelar lo Infinito que está oculto». Bien, él lo *intentó* ciertamente.

(V) Ahí fuera, usted mismo se separa de la Fuente de su originalidad, su inspiración o genio único –y deviene una mera unidad social–. El hecho de que usted solo pueda *fingir* amputarse, no es suficiente para impedir su progresiva estandarización y previsibilidad.

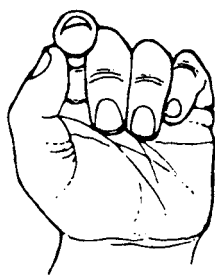
(VI) Finalmente, usted es más ineficiente de lo que necesita ser. Para hacer una buena tarea, lo mejor que hay en usted, tiene que prestar atención, ser realista sobre lo que está ocurriendo y no caer en un sueño. En este caso, el sueño es que el trabajador ha sido comprimido dentro de una partícula de sí mismo, y distorsionado dentro de una forma que no es la suya. No es de extrañar si el trabajo de este monstruo resulta ser una monstruosidad.

¿Cuál es, entonces, el remedio soberano para este mito de encogimiento con todas sus tristes consecuencias –de las cuales solo he proporcionado un pequeño ejemplo–?

¿Es rastrear diligentemente rutas de escape de este cuerpo-prisión, a fin de que un día uno se encuentre gloriosamente libre de nuevo? ¿O cultivar (por austeridades o meditación o medios menos admitidos) una sucesión de experiencias fuera del cuerpo mientras continúa a este lado de la muerte? ¿O practicar el sentir la inmensidad de uno, proyectándose pacientemente en todas direcciones hasta que uno permanezca amplio como el mundo? ¿O continuar recordándose a uno mismo que uno es una *enfermedad imaginaria*, y que es un cuento inútil que uno es un mero fragmento del universo?

¿O, en lugar de ello, advertir simplemente que no ha tenido nunca una experiencia *en el cuerpo* en toda su vida?

Bien, no puedo hablar por usted, pero encuentro que es suficiente con hacer solo una cosa –no (¡gracias a Dios!) diez ni cinco ni siquiera dos cosas– sino solo una. A saber (como dije anteriormente, y continuaré repitiendo en todo momento mientras haya respiración) girar la flecha de mi atención 180° y ver *desde* Qué estoy viendo. Ahora.



De otro modo, yo soy uno de esos que (con perdón de T.S. Eliot) tienen el significado pero no la experiencia.

(III) «Yo soy humano»

Las cuatro mentiras básicas que estamos considerando en esta serie son extremadamente plausibles, de hecho, automáticamente tomadas por verdaderas por casi la totalidad de los adultos sanos. Ciertamente nuestra tercera mentira –«Yo soy humano» o «Soy un hombre y no Dios»– es (o parece) tan auto-evidente que se da por descontado, junto con tales asunciones incuestionables como: «Yo estoy aquí y no ahí» o «Yo soy yo y no tú». Dudar de cualquiera de ellas –y expresar imprudentemente sus dudas– sería invitar a la preocupación ansiosa de sus amigos y familiares, y (si usted persistiera) arriesgarse a ser llevado a una institución mental.

Bien, este artículo es algo como un Aviso de Salud del Gobierno: «¡CONSIDERE SU PELIGRO! Yo no ofrezco garantía contra el peligro de que –si continúa sinceramente con lo siguiente, y realiza efectivamente las pruebas simples y fáciles de hacer sobre las que se basará– será considerado como fuera de sus cabales. (Incidentalmente, ¿estuvo alguna vez en ellos?) Sin embargo, estará a salvo contra ese riesgo si tiene cuidado de no mencionar sus conclusiones a nadie. Y enteramente a salvo si solo *lee* lo que tengo que decir –quiero decir ver las palabras y declinar resueltamente hacer los experimentos que describen, pues solo en ese caso las palabras carecerán virtualmente de significado para usted– o si no (lo que equivale a la misma cosa) consistirá en sentimientos trivialmente piadosos y vagamente elevados sin ningún valor real –y estará perdiendo su tiempo–. Usted ha sido advertido».

¿Por qué debería usted preocuparse de considerar esta cuestión conmigo, la cuestión de su humanidad? He aquí tres buenas razones:

(I) La primera es que un conjunto altamente considerado (aunque relativamente pequeño) de hombres y mujeres, durante los pasados tres mil años más o menos, han anunciado que, real y verdaderamente, ellos no eran hombres ni mujeres en absoluto. Por ejemplo, tome la afirmación tajante de Ramana Maharshi de que «YO SOY» es natural, mientras que «yo soy un hombre» no lo es. O esta pequeña historia más bien encantadora del *Canon Pali*:

El brahmin Drona, viendo al Buda sentado al pie de un árbol, le preguntó:

«¿Es usted un *deva*?»

El exaltado respondió: «Yo no soy».

«¿Es usted un *gandharva*?»

«Yo no soy».

«¿Es usted un *yaksha*?»

«Yo no soy».

«¿Es usted un hombre?»

«Yo no soy un hombre».

O, como se dice que dijo Jesús en el apócrifo *Hechos de Juan*: «Lo que ahora parezco ser, eso yo no soy... Y así hablo yo, libre de la hombría». Uno se acuerda de las palabras de Rumi: «Ellos vieron el cuerpo y supusieron que él era un hombre». Y, en nuestros propios tiempos, de las de Joel Goldsmith en su osadía: «Nadie que crea que él es un hombre, ha comenzado siquiera a sospechar la verdad espiritual».

Ahora, si acontece que estas declaraciones son correctas, y usted mi querido lector no es según los hechos escuetos ni un hombre ni una mujer ni un niño, entonces haría mejor empapándose en esta extraordinaria noticia y dándose enteramente a practicarla. Cuán inútil sería continuar de la misma antigua manera —cuán poco práctico, cuán patético, cuán *sinuoso*— continuar viviendo la mentira de que usted es «solo humano después de todo». ¡Además, vaya aventura que hay aquí: poner a prueba su no-humanidad! ¿Puede pensar usted en una empresa más excitante e interesante y ambiciosa?

(II) La segunda razón para mirar largo y tendido a esta cuestión de su verdadera identidad con una mente bien abierta, es que el mensaje de los maestros no se detiene con la noticia de lo que usted *no es* —a saber, un ser humano— sino que continúa con la noticia infinitamente más asombrosa de Lo que usted *es*. *Ellos dicen que usted es Dios*. Sí: el Uno, el Solo, el Único Real. He aquí cómo lo expresa Ramana Maharshi:

No hay nada aparte de su Sí mismo.

No hay otros.

Todos saben que la gota se sumerge en el océano, pero pocos saben que el océano se sumerge en la gota.

Y aquí –tomadas al azar de todo el mundo– hay algunas versiones más del mismo mensaje:

En apariencia un hombre, en realidad Dios –*Chuang-tzu*.

Mi YO es Dios –*Sta. Catalina de Génova*.

La sugerencia de la religión es el sentimiento de que mi único sí mismo verdadero finalmente es Dios –*A.C. Bradley*.

No importa cuán a menudo piense en Dios o vaya a la iglesia, o cuánto crea en ideas religiosas, si él, el hombre entero, está sordo a la cuestión de la existencia, si no tiene una respuesta a ella, está gastando el tiempo, y vive y muere como una de las millones de cosas que produce. Él *piensa* en Dios, en lugar de experimentar *ser* Dios –*Erich Fromm*.

(III) Nuestra tercera y última razón para examinar toda esta cuestión –la razón más práctica imaginable– nos es explicada de nuevo por Ramana Maharshi: «Uno debe realizar el Sí mismo para abrir el almacén de la felicidad completa». Lo cual quiere decir: hasta que usted es Dios –hasta que usted tiene realmente el sentido de ser no menos que Dios, hasta que viene naturalmente a usted ser Él– usted no sabe qué es la felicidad verdadera. «Cuando no hay nada excepto Usted mismo, usted es feliz», declara Ramana Maharshi: «Esa es toda la verdad».

Estas palabras están dirigidas a la gente a la que le gustaría ser feliz: o por lo menos eso dice. Repito: *o por lo menos eso dice*.

Y son palabras claras y verdaderas, inmensamente valiosas y alentadoras si le inspiran a *probar por usted mismo* su verdad. Inútiles si le llevan a una ensoñación religiosa suavemente eufórica en la que imagina a qué se podría parecer ser Dios y por lo tanto ser feliz. Peor que inútiles si llevan su atención a la experiencia de su autor y la desvían de la suya –si le desvían de usted hacia él, si le desvían de lo que usted *es*– a saber, no hombre, no mujer, nadie sino el Uno, el Solo –hacia lo que usted *no es*–. Atienda a su propio asunto –es decir, a lo que tratan los simples experimentos que vamos a hacer, y por qué son tan vitales–. Le ruego que les deje resolver sin demora ni duda *la* cuestión –no resolver la cuestión es la muerte– la cuestión de si usted es o no es un ser humano, de si es o no es Dios.

Primero debe tener una idea realista de cómo son los seres humanos. Entonces está listo para continuar y ver si usted es así.

Así pues, anotemos unas pocas cosas evidentes sobre ellos –cosas que no están en controversia ni son ocultas, faltando las cuales ellos ciertamente no son humanos–.

(I) Si ignoramos sus miembros (que algunas veces faltan y por lo tanto no son completamente esenciales) ellos están formados como la figura de un 8 o una hogaza de pan de gran tamaño, que comprende una sección superior más pequeña con los órganos de los sentidos especializados, y una sección inferior más grande que carece de ellos. Sustancias extrañas son insertadas en la sección de arriba, y descargadas de la sección de abajo como desechos.

(II) Su altura varía entre treinta y doscientos cuarenta centímetros, y su volumen proporcionalmente.

(III) Son temporales –cosas temporales que raramente duran tanto como un siglo.

(IV) Se mueven, ya sea por medio de las piernas, o ruedas, o alas o cualquier otra cosa.

Lo que tiene que hacer ahora, para averiguar si usted es realmente un ser humano, es dejar de hacer caso a lo que la gente dice que usted es (ellos están demasiado lejos de usted, no están en situación de hablar) y en su lugar hacer caso a lo que usted ve que es (solo usted está lo suficientemente cerca, solo usted tiene la historia interna, solo usted está en situación de hablar). En particular, necesita *ver* –con toda la simplicidad de un niño– si las cuatro características que hemos anotado anteriormente se aplican a usted. Si se aplican, usted es humano. Si no se aplican, usted no lo es. Es tan directo como eso. Tan tajante y decisivo como eso.

Esto significa que debe armarse de valor para ser la única autoridad en este asunto supremo, en lugar de transferirlo a un montón de desconocidos no cualificados. Significa que debe ser honesto y serio para comenzar a ver todo de nuevo, como si acabase de acontecer, y asumir lo que encuentra. Significa que debe estar harto de su ensoñación y credulidad y nula indagación, y desesperado por los hechos, determinado a no vivir y morir sin preguntarse a usted mismo quién vive y quién muere, resuelto a no pasar por alto esta rara oportunidad enviada por Dios de resolver la cuestión de su Divinidad más allá de toda duda.

«¡Ay!», me imagino su respuesta, «una tarea inmensamente difícil (si no imposible) para mí como yo soy ahora –sin preparación, irresoluto, sensual, enloquecido por intereses y preocupaciones mundanas–».

Una y otra vez, Ramana Maharshi deploraba esta postura de excusas y falsa modestia, esta cobardía, e insistía en que (como estamos a punto de descubrir) es más fácil ver Lo que usted es que cualquier otra cosa, y que nunca estará mejor equipado o cualificado para hacerlo de lo que lo está justamente ahora. Ciertamente, él habría estado de acuerdo con el maestro zen que señalaba que, para realizar su Naturaleza de Buda, usted no tiene que «rehuir a su esposa (o esposo) y roer raíces de verduras». Si usted es uno de los devotos de Ramana Maharshi, muestre su devoción probándole correctamente: y puede hacer esto dejando de fingir que no puede ver Lo que él dice que es EVIDENTE.

En las cuatro pruebas que siguen, tiene que inspeccionarse a usted mismo en esas cuatro características que hemos observado en los seres humanos:

(I) Mire ahora a la cara de alguien en la habitación. O, si está solo, a lo que ve en su espejo. O, si no tiene espejo a mano, a esta cara:



y vea si tiene algo igual donde usted es. Compruebe que, según la evidencia presente, usted es solo Espacio para ella. Que la situación dada es tajantemente asimétrica: cara ahí a No-cara aquí; dos pequeños ojos ahí a un inmenso «Ojo» aquí; formas coloreadas y texturadas y opacas ahí a nada de ese tipo aquí –Nada en absoluto–. Que la parte superior de su figura de 8 –

de su hogaza de pan— ha sido cortada y puesta ahí en esa panera que usted llama su espejo. En lenguaje llano, que ya en esta investigación usted es revelado como inmensurablemente diferente de cualquier humano que haya visto nunca, nunca, nunca.

(II) Usted ve cuán altos son los humanos. Según la evidencia presente, ¿no podría usted tener cualquier altura? Intente caminar erguido —tan alto como quiera, infinitamente alto—. Con grandes volúmenes para compararse.

(III) Mida el tiempo *ahí* en su reloj. Ahora lentamente llévelo a su ojo, observando cómo esos números se emborronan y desaparecen. Su reloj ahora está diciéndole la hora *aquí* donde usted es —las cero en punto, ningún tiempo en absoluto—. Y no es de extrañar: como usted puede ver, aquí no hay nada, nada que cambiar, nada que necesite o que registre el tiempo. Donde usted es y Lo que usted es, es atemporal, eterno.

(IV) Levántese, comience a girar sobre el sitio, y vea cómo (por el contrario) es el techo y las paredes y las ventanas y las puertas lo que está girando —en su Quietud—. Fuera en su coche, vea cómo lo que está en movimiento es todo —los postes telegráficos y los árboles y las casas y las colinas— *excepto* usted.

Estas cuatro son solo una pequeña muestra de las diferencias entre lo que usted parece ser y lo que es, entre lo que se le ha enseñado a creer que era su naturaleza y lo que puede ver que es su Naturaleza. No es que su Realidad central y divina sea algo *diferente* de su apariencia periférica y humana, sino que en todos los aspectos es lo *opuesto*. Así pues, en lugar de moverse, usted es la Quietud misma; y, en lugar de tener dos ojos, su Ojo Real o Tercer Ojo —su ojo de Dios— es único; y, en lugar de llevar una cara humana, lleva Lo que el zen llama su Cara Original, que no es otra que la Faz de Dios. Y así sucesivamente: puede continuar explorando cuanto quiera la Divinidad Central que usted había pasado por alto durante tanto tiempo, y no agotará nunca las maneras en las que ella contrasta tan alarmantemente con la humanidad que usted importó en su lugar y con la que la reemplazó. Usted *pretendió* sustituirla con ella. ¡Como si pudiera!

Maravilla de maravillas, lo que más se necesita (a saber, esta clara visión de la Divinidad de uno) es lo más disponible —y lo más abandonado, resistido y temido—. De todas las visiones evidentes, es la más descaradamente evidente —y la más ansiosa y apresuradamente ocultada

debajo de las cortinas de humo de la emotividad, la niebla intelectual y la religiosidad—. De todos los mensajes, es el más llano —y el más escamoteado y confundido, como si fuera un informe de alto secreto en tiempo de guerra que nadie debe descifrar—. De todas las simplicidades, ésta es la más simple —y todas las bibliotecas existen para probar lo contrario—.

Parece que le estoy escuchando objetar vigorosamente aquí: «Todo esto no es solo simple: es simplista, groseramente simplificado. Aunque yo pueda parecer Dios justamente aquí, ciertamente no me siento Dios justamente aquí, ni pienso como Dios. Si mi consciencia funcionara a Su exaltado nivel, yo nunca dejaría de encontrar un sitio para aparcar, u olvidaría un nombre, o juzgaría injustamente el carácter y las intenciones de un amigo, y ciertamente nunca debería estar triste o enojado. ¿De qué sirve parecer Dios si no puedo comenzar nunca a vivir según mi apariencia?».

Una objeción muy pertinente, cuya respuesta ocupará el resto de este artículo.

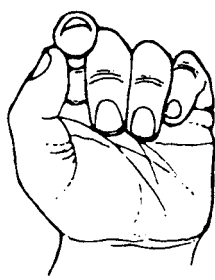
Para comenzar, echemos un vistazo a la tradición. Según la *Prasna Upanishad*: «el Sí mismo impersonal que ve, toca, oye, huele, saborea, piensa, discrimina, actúa, es uno con el sí mismo personal». De hecho, la postura básica de las *Upanishads* es que, es solo como y por el único Experimentador en todos los seres, que percibimos y sentimos y pensamos y experimentamos. Y la misma doctrina —expresada de manera diferente por supuesto— se encuentra en muchos textos budistas y sufíes, al igual que en las escrituras de los grandes místicos cristianos.

Todo esto está muy bien, ¿pero cómo hemos de reconciliar de hecho la experiencia (presumiblemente) perfecta de Dios con nuestra experiencia (ciertamente) imperfecta, y hacerlo tan enteramente que en realidad se revele como toda Suya? ¿Cómo nos sacudiremos la convicción establecida de que si *en principio* nosotros somos divinos, *en la práctica* somos todo menos divinos? ¿De que si nuestra naturaleza es suprahumana nuestra *experiencia* es completamente humana?

Aquí debemos hacer una distinción —una distinción muy aguda entre los dos modos o direcciones de nuestra experiencia—. Llamémoslos (a) la Visión Fuera y (b) la Visión Dentro:

(a) Por la Visión Fuera quiero decir nuestra atención ordinaria a lo que está ocurriendo, al contenido de nuestra experiencia –ya sea un sentimiento, un pensamiento, una percepción, una sensación o cualquier combinación de estos. Por ejemplo, tome su visión de esas manos suyas y esta página cubierta de palabras, más los pensamientos sobre su Divinidad que estas palabras están estimulando, más los sentimientos de esperanza y excitación (¿o de incredulidad, recelo y ofuscación?) que la idea misma de su Divinidad excita en usted. Sobre ésta, y todas las experiencias semejantes, pueden decirse tres cosas: está cambiando continuamente; es tan parcial y limitada que es al menos tan irreal o falsa como real o verdadera; y probablemente está tan cargada de sentimientos tristes como animada con sentimientos alegres. En resumen, este primer tipo es experiencia *normal*, el tipo que uno esperaría naturalmente de un ser humano falible e imperfecto y enfáticamente no de un Ser Divino infalible y perfecto.

(b) El segundo modo o dirección de nuestra experiencia es *anormal* en el sentido de que es relativamente raro. Es centrípeto en lugar de centrífugo, su flecha de atención apunta hacia dentro, Al que presta atención en lugar de hacia fuera a lo que se está prestando atención. Para cambiar las metáforas, se concentra en el Contenedor sin cambio de la experiencia de uno en lugar de en su contenido siempre cambiante; en la Pantalla sin rasgos en lugar de en la telenovela ricamente compleja y colorida que aparece en ella. Por supuesto, éste es el Ver dentro que (confío) hemos practicado en el primero de estos cuatro artículos. Ver dentro que no es para recordar sino para renovar, mirando ahora a lo que este dedo índice está apuntando:



ver efectivamente esta Claridad Inmensa e Inmaculada que es su propio Veedor. *Ver* lo Que usted es.

¡Cuán diferente es este segundo tipo de experiencia del primero, este Ver dentro, de ese Ver fuera! ¡Ningún problema en atribuir *este Ver* a Dios y no al hombre, en percibir *este Ver* como nada más que el Ver perfecto de Dios de su Naturaleza perfecta, como el Sujeto y el

Objeto divinos se unen a la perfección, como Dios gozando de Dios! De hecho, la atribución de esta Experiencia perfecta a uno mismo como un experimentador separado y menos que perfecto equivaldría al orgullo que llevó a la caída de Lucifer.

El problema, entonces, sigue siendo éste: cómo reconciliar la perfección de Dios con Su inclusión de toda consciencia –Su inclusión de nuestro Ver fuera el mundo no menos que nuestro perfecto Ver dentro el Origen del mundo, Su inclusión de nuestra visión de lo irreal ahí no menos que nuestra visión de lo Real aquí–.

Y la solución es ésta: Es el Ver fuera y no el Veedor (de ese) fuera lo que es «imperfecto». Los «defectos» y la «irrealidad» están todos en el lado de su mundo visto y no en el de usted mismo; su Veedor, en el lado de sus contenidos y no en el de usted mismo; su Contenedor, en el lado de su programa de telenovela y no en el de usted mismo, la Pantalla inmaculada. Y no hay ningún remedio para ello: estas «deficiencias» son lo que hace el mundo posible: un mundo limpio de «novelas», un mundo «perfecto» o «perfectamente real» no es mundo en absoluto. *Y su Ver fuera el mundo de Dios (tal como él es) es tan verdaderamente de Dios como Su Ver dentro a Dios es de Dios. De una u otra manera, de todas las maneras, usted es Él.*

«Los fenómenos son reales cuando son experimentados como el Sí mismo e ilusorios cuando son vistos aparte del Sí mismo», dijo Ramana Maharshi. En otras palabras, la telenovela deviene directamente drama una vez que usted –alias Dios– deviene su autor. Vea cómo la partida le cambia a usted entonces:

Vea si usted puede continuar pegando las etiquetas de: «DEFECTIVO» o «BIENES DAÑADOS» o «CUALIDAD DE GRADO 2» a su mundo, o a cualquier objeto en él, de la misma vieja manera negligente. Vea si sus bienes no son finalmente muy buenos en verdad, vea simplemente cómo la excelencia de su Fabricante los abrillanta a todos ellos, vea simplemente cómo todo lleva la marca de fábrica «DIOS» y está sujeto a su Divina Garantía.

(IV) «Yo soy mortal»

Heme aquí, de ochenta años de edad, rodeado de personas inteligentes y afectuosas que me hablan de la vida, aunque no con tantas palabras, que la *he tenido*, que es probablemente más una cuestión de meses que de años el que yo muera y desaparezca enteramente y para siempre. Y otras personas inteligentes y afectuosas que me dicen (con toda la persuasión y convicción que tienen a mano) que esto es una mentira, y que yo la *tengo* y nunca dejaré de tenerla —¡tener vida abundante, vida sempiterna!—.

¡Qué intrigante situación es ésta! ¡Menuda tomadura de pelo! Podría decir: «¡Cuán cómico!» o incluso: «¡Qué cómico!» (Es como ser informado confidencialmente de que he ganado y no he ganado la Lotería, o que soy el Rey del mundo y su ayuda de cámara, o Matusalén y una mosca efímera) —si no fuera por el hecho de que la broma es sobre mí mismo—. Y si no fuera por el hecho de que la diferencia entre un mí mismo vivo y un mí mismo muerto es enorme y más punzante que la diferencia entre mí mismo-como-hombre y mí mismo-como-mosca. Esa diferencia —esa punzada y urgencia y gravedad, que muerde— es la razón de que, por encima de todos los demás intereses, para resolver esta gran cuestión de mi vida —su transitoriedad o su permanencia— haya pasado los dos últimos años prestándole toda la atención de la que soy capaz.

El propósito de este artículo es compartir algunos de mis hallazgos con usted.

A modo de introducción, mostraremos lo que aquellos que están tan seguros de que yo soy eterno tienen que decir:

Usted se ha comprimido a usted mismo dentro del espacio de una vida y el volumen de un cuerpo, y así ha creado los innumerables conflictos de la vida y la muerte.

Tenga su ser fuera de este cuerpo de nacimiento y muerte, y todos sus problemas estarán resueltos. Ellos existen debido a que cree que usted ha nacido para morir. Deje de engañarse y sea libre. Usted no es una persona.

Nisargadatta Maharaj

Dios hizo que los sentidos se volvieran hacia fuera, por lo tanto el hombre mira hacia fuera, no a sí mismo. De vez en cuando un alma atrevida, deseando la inmortalidad, ha mirado hacia atrás y se ha encontrado a sí mismo.

El que conoce la Realidad sin sonido, sin olor, sin sabor, intangible, sin forma, sin muerte, sobrenatural, sin declive, sin comienzo, sin fin, sin cambio, sale de la boca de la Muerte.

Katha Upanishad

Debido a la idea yo-soy-el-cuerpo, la muerte es temida como la pérdida de Uno mismo.

Ramana Maharshi

Nacimiento y muerte pertenecen al cuerpo solo, pero son sobreimpuestas en el Sí mismo.

Ramana Maharshi

Yo estoy en el juicio por mi vida. Lo que sigue es un resumen de los procedimientos, de la causa en la que yo soy el Juez y el Jurado así como el procesado. La Acusación alega que yo soy mortal, de hecho ya bajo sentencia de muerte por un tribunal más alto. La Defensa contesta a esto vigorosamente. Si, como Su Señoría, el Juez, yo no soy imparcial, si por cualquier consideración o soborno –tanto de tesorería terrenal como celestial– yo favorezco a una u otra parte, y también, si excluyo noticias y hago oídos sordos a la evidencia, yo no soy honorable, sino corrupto. Entonces se hará injusticia y se me hará a mí.

Vayamos a la evidencia entonces. La Acusación toma la palabra:

Yo no tengo que mirar muy lejos para encontrar indicios, dice. Simplemente, estoy muriéndome –rápido–. Vea esas arrugas siempre multiplicándose y haciéndose más profundas; esas bolsas bajo los ojos y la barbilla siempre hinchadas; esos dientes demasiado nacarados y demasiado regulares; ese cabello blanco como la nieve que cae como aguanieve en el invierno de mi larga vida, dejándome más calvo cada día y mi calvicie manchada de lunares seniles – las pecas de la edad–. (Es como si las pecas hubieran migrado desde la nariz de niño a la bóveda del hombre viejo y al dorso de sus manos, donde ellas continúan creciendo y oscure-

ciéndose. ¿Continuarán haciéndolo cuando, pronto, esas manos se inmovilicen en la muerte?) ¿Qué evidencia más clamorosa del inexorable acercamiento de la muerte necesito que este aumento de señales de advertencia? Si soy demasiado cobarde para prestarles atención, y continúo esperando contra toda esperanza que mi historia acabará tan felizmente como una novella rosa, entonces he perdido –junto con el cabello y los dientes y el resto– todo resto de dignidad y he llegado a ser ciertamente patético.

Todo esto la Defensa lo admite sin reparos. De hecho, insiste en ello. La honestidad sobre esa senectud creciente, y el clímax al que lleva evidentemente, es indispensable.

Honestidad sobre *lo que* es esa evidencia, *pero no menos sobre DÓNDE* está esa evidencia. Honestidad sobre dónde se dan efectivamente esas señales de vejez y muerte. El *qué* sin el *dónde*, es una verdad a medias que no es solo mentir, sino la mentira. Repito: *la mentira*.

Ellas se presentan ahí, de uno a dos o más metros de mí aquí. De hecho, a la misma distancia de mí que están las personas –gentes que muestran evidencia muy similar de envejecer y morir–. Es ahí donde yo encuentro mortales y mortalidad, y evidentemente es ahí adonde ellos pertenecen; y donde ese Douglas Harding igualmente mortal está domiciliado, apropiadamente, entre los de su especie. Yo veo esto con un ver que es un millar de veces más convincente que cualquier pensamiento o sensación que pueda haber nunca.

Y veo que él no puede venir aquí, ni entero ni ninguna parte de él. Cuando traigo mi espejo, lentamente, justo a este sitio –a mi ojo– yo le pierdo (a Douglas Harding), le veo ser progresivamente desmantelado y disuelto –signos de la edad y todo–. Mucho antes de que pueda tocarme, él es abolido enteramente. Es lo mismo con sus manos con las pecas de la edad: encuentro que ellas pertenecen a ahí fuera y no resistirán una inspección estrecha aquí. Y si alguna vez aconteciera el extraño caso de estar perdidas a un kilómetro de distancia, sería igualmente así. Aquí, yo estoy tan seguro contra toda esa cosa mortal como si estuviera a años luz.

Bien puede exclamar San Pablo en una suerte de éxtasis: «¡Oh Muerte!, ¿DÓNDE está tu agujijón? ¡Oh tumba!, ¿DÓNDE está tu victoria?» Yo *veo* a la Muerte ausente. Veo al perecedero Douglas E. Harding ausente de aquí, cada partícula de él y cada atisbo de su mortalidad.

La muerte no puede llegar nunca a mí en ninguna forma o disfraz. Por naturaleza y constitución, yo estoy siempre lejos de ese enemigo.

Qué broma tan pesada es ésta, qué miseria inútil y auto-inflingida, qué ceguera a lo evidente es que debamos continuar rebuscando en libros, y persiguiendo maestros, y quemándose las pestañas, intentando e intentando duramente averiguar cómo puede ser evitada la muerte: cuando todo lo que uno tiene que hacer es ver cómo se evita ella sola, ¡cómo *sale disparado* este misil del YO SOY sin muerte! Con solo que, en lugar de usar nuestro espejo para el auto-engañó, lo usemos para la Auto-revelación, y dejemos que ponga al usurpador Muerte en su lugar –¡instantáneamente!–. El mismo artilugio que una vez plantó la humanidad y la mortalidad tan firmemente en nosotros, está preparado para apartarlas de nosotros – ¡instantáneamente y para siempre!

En este punto la Acusación interviene para acusarme de un triple abuso de lenguaje –para propósitos de defensa interesada, de división de lo indivisible, y de evasión de responsabilidad–. Mantiene que en la vida ordinaria y no solo para ganar mi caso, yo no soñaría con lavarme las manos así de Douglas E. Harding, distinguiéndome y separándome mí mismo como «primera persona aquí» de mí mismo como «tercera persona ahí». No: en la vida ordinaria yo respondo sin vacilar a su nombre y, juntando su primera y su tercera persona, tomo plena responsabilidad por lo que hace. Así pues, cuando *él* camina y come y duerme, *yo* camino y como y duermo, y cuando *él* envejece y enferma y muere, *yo* hago lo mismo. ¿Dónde está la diferencia? En resumen (dice la Acusación) si yo tuviera que usar el lenguaje para informar y no engañarme a mí mismo y a otros, para tomar y no evadir la responsabilidad, tendría que admitir que yo soy precisamente el tipo de cosa que perece.

Al instante la Defensa contradice esto rotundamente: manteniendo que, directamente, yo no dejo que el lenguaje haga un necio de mí, descubre que *no* soy precisamente el tipo de cosa que perece, que no soy ni remotamente así. De hecho, la Acusación proporciona a la Defensa todos los ejemplos que necesita. Cuando despierto de mi coma inducido por el lenguaje, y veo lo que veo, no puedo encontrar *ninguna* semejanza entre lo que hace esta Primera Persona del Singular y lo que hacen esas terceras personas (y eso incluye a Douglas E. Harding) –entre «yo camino» y «él camina», o «yo como» y «él come», o «yo duermo» y «él duerme»–. En cuanto a «yo muero» y «él muere», la diferencia entre ellos es que mientras lo segundo es cierto lo primero es imposible –si no disparatado–.

Tomemos caminar. Cuando *él* camina, es él el que se mueve y no el mundo, pero cuando *yo* camino, es el mundo el que se mueve y no yo. (Esto salió en un artículo anterior). De nuevo, cuando *él* come, la comida es insertada en esa cabeza y no es saboreada, pero cuando *yo* como, es insertada en esta no cabeza y es saboreada. Y cuando *él* duerme, él es un organismo dormido, pero cuando *yo* duermo, yo no soy nada de tal.

Es increíble cómo casi todos pasamos por la vida sin advertir siquiera que hay *dos* tipos de vida completamente diferentes: *dos* tipos de comer alrededor de la mesa, *dos* tipos de dar un paseo; *dos* tipos de lo que quiera que se esté haciendo. Es increíble el poder del lenguaje para entontecer, embaucar, cegar, y llevarnos a creer que, debido a los *predicados* de las frases «yo como», y «él come», y así sucesivamente, ellos son lo mismo, ¡que la *experiencia* –el sentido y el gusto y la visión de lo que sea– deben ser lo mismo! ¿Es sorprendente entonces que nuestras vidas crujan y se encojan enteramente, construidas como están sobre una base tan insustancial, tan no-existente?

Cuando se aplica a la vida diaria las consecuencias prácticas de este auto-engaño por el lenguaje son dañinas. Pero cuando se aplica a encarar el fin de la vida son desastrosas. Recurrir a un ojo ciego para la distinción entre el *morir* en «él muere» y en «yo muero» es un suicidio.

¿Cuál es, exactamente, la más aguda y más vital de las distinciones?

Cuando *él* muere, ¿qué acontece? Su respiración deviene irregular y con estertores, y en breve cesa; su cuerpo se enfría y se torna rígido, y no pasado mucho tiempo comienza a oler... ¿Y cuando *yo* muero? Bien, yo no tengo que esperar para ver. Justamente ahora giro la flecha de mi atención 180°, mirando una vez más a *desde* donde yo también estoy mirando, y veo –con un ver que no podría ser más claro ni más decisivo– que aquí yo estoy reducido a Nada, nada sino Consciencia de esta Nada.



Pero (espeta la Acusación) eso no es *morir*; le falta el aguijón, el espanto, la inevitabilidad, la devastación de la cosa real, y es poco más que una meditación sobre la muerte.

Al contrario (dice la Defensa) es mucho *más* cabal y mucho *más* profundo que la muerte como se toma generalmente. Ese morir público, mucho menos que real, deja un montón de materia corporal, de química y física, *in situ*, y probablemente un montón de materia mental también. Por otro lado, este morir privado y completamente real, que deja Nada *in situ*, instantáneamente borra todo de mí; como puedo ver *ahora*, perfectamente y a voluntad, simplemente viendo dentro. Éste es el morir antes de morir, la práctica oculta de la muerte a este lado de la muerte oficial y al descubierto de uno, de hecho es ese MORIR PARA VIVIR o MUERTE DE LA MUERTE que es el tema de tantos Veedores –notablemente, por supuesto, de Ramana Maharshi, que vio desaparecer la muerte «muriendo» a la temprana edad de 16 años–.

Esto no funcionará en absoluto (rebate la Acusación) –va contra todo sentido común–. Yo admito vivir ahora. Muy bien, entonces debo admitir morir un día. Pues de todas las certezas, la muerte de aquellos que viven es la más cierta.

Bien (vuelve la rápida respuesta), ¿qué sorpresa es ésta? Yo *no* admito vivir ahora en mayor medida que morir algún día. ¡*Decir yo moriré es halagarme a mí mismo!* Aquí, donde yo veo que hay Nada, veo que no hay nada que haga prosperar al cuerpo o que mantenga la vida, nada que viva, ni una partícula de una partícula siquiera de la más primitiva de las formas animadas e inanimadas. Para ser vacío, este Vacío que yo soy tiene que estar vacío de todo, y ciertamente vacío de todo lo que podría vivir. *Mi salvaguardia eterna contra la muerte es que yo no tengo nada aquí que muera.* Esto no es una privación o carencia ordinaria. Pues justamente aquí es Lo Que es infinitamente superior a la vida y a la muerte, a saber, la Fuente de

ambas, ese Origen de todo que no obstante está limpio de todo –lo mismo que el comienzo de una carrera está quieto, y la fuente de un río está seca y el eje de una rueda no gira–.

Y cualquiera que no me crea está invitado a venir y ver: calurosamente apremiado a seguir todo el camino hasta mí aquí, armado con todas las ayudas ópticas y electrónicas que pueda juntar: y a descubrir que, mucho antes de la llegada, todo rastro de lo que está bajo inspección se pierde.

Mi visitante es mi ejecutor. ¡Y qué bien cuadra esto con el sentido común que la Acusación estaba invocando! Yo solo tengo que mirar abajo ahora para ver que estoy decapitado, degollado –drásticamente degollado, por decirlo así– ¿y qué modo de ejecución más sumario hay que ése? *¿Y qué salvaguarda más segura contra el morir futuro?* ¡Solo el Duque loco, en el *South Wind* de Norman Douglas, estaría tan chiflado como para dictar sentencia de *doble* decapitación sobre mí!

Pero la Acusación no está todavía completamente silenciada. Toda esta alegación ingeniosa y especial (señala) podría hacer algo para persuadir a mi mente, pero nada por persuadir a mi corazón. Al conocer la fórmula precisa de esta medicina contra la muerte, y al ver qué es y cómo se comporta en el laboratorio, ella es inútil a menos que se tome, a menos que descienda a mis entrañas, a menos que se *sienta*. Superficialmente, puedo estar persuadido de que yo soy inmortal, en lo más profundo estoy seguro de que no lo soy. Nadie lo es.

Y de nuevo la Acusación no está simplemente errada, dice la Defensa; tiene su dato al revés; y además continúa proporcionando a la Defensa munición valiosa. Es un hecho extraño y divertido –pero también altamente significativo– que, *aunque en teoría sé* que, a los 80 años, me queda muy poco tiempo (no mucho más que un cuadragésimo de lo que tenía a los 40, y no mucho más que un sexagésimo de lo que tenía a los 20) *en la práctica siento* que tengo tanto tiempo por delante como siempre, que tengo todo el tiempo del mundo, que esencialmente yo soy sin tiempo e indestructible. Dentro, ni siquiera me siento un día más viejo ahora que entonces. No; esto no es evidencia de ilusiones y senilidad, de auto-engaño, sino del candor y realismo más cabal que opera a algún nivel por debajo de la consciencia normal. Pues estas fuertes insinuaciones de inmortalidad se aplican solo al Uno aquí, a esta Primera Persona del Singular, ahora, y no a todas esas terceras personas ahí. Así pues, yo me encuentro a mí mismo aquí mirando alrededor del círculo de mis compañeros (generalmente mucho

más jóvenes que el que veo en mi espejo) y notando síntomas nuevos de envejecimiento; y algunas veces siento el dedo frío de la Muerte señalando a uno u otro de ellos. Pero nunca a *éste*, a quien pongo en una categoría completamente diferente. Y me encuentro a mí mismo examinando las columnas necrológicas en los periódicos con el mismo curioso desapego: ¡simplemente yo no me veo ahí, nunca! En resumen, yo diagnostico a todas las terceras personas como pacientes de una condición terminal de la que solo esta Primera Persona es inmune.

Y por supuesto, estoy en lo cierto. Solo yo –único, todo Realidad y ninguna apariencia– solo yo soy sin muerte. Por supuesto, pues solo YO SOY.

* * *

Bien, con esto acaba más o menos este esbozo de mi juicio, del caso por y el caso contra mi mortalidad. Solo queda decir adiós a mi lector.

Si ha estado leyendo este artículo como tratando principalmente o solo sobre *mi* experiencia, sobre la cuestión de la mortalidad o la inmortalidad de Douglas E. Harding y no sobre la suya, habría estado mejor empleado arreglando su jardín. No le hará a usted ni a nadie ningún bien jugar a Juez en *mi* caso, y emitir veredicto sobre qué parte ha ganado. Este artículo es sobre usted –como la Primera Persona del Singular, ahora, no sobre *mí*, que soy (para usted) una tercera persona, y como tal con toda seguridad bajo sentencia de muerte–. Pero después de todo, quizás usted ha llegado ya a la misma conclusión antes de haber leído esto.

Si ello no es así, por favor lea este artículo de la manera en que debe ser leído –como un sumario de *su* juicio–. Un sumario puramente provisional, pues usted no debe creer una palabra de lo que dice. *Pruebe todo por usted mismo.*

Yo no puedo decirlo más alto ni con más insistencia: usted es la Única Autoridad sobre usted mismo –o bien usted es, en hechos llanos, el ÚNICO IMPERECEDERO–.

UN JESÚS PARA NUESTRO TIEMPO

EL *Evangelio según Tomás*, perdido y descubierto «por accidente» en una cueva egipcia en 1945, no podía haber aparecido en un momento más oportuno de la historia, o con un mensaje que hable más directamente a nuestra condición y necesidades. En este antiguo texto apócrifo cristiano, la voz viva de Jesús llega hasta nosotros directamente, sorteando todo lo que los hombres han estado diciendo sobre él y haciendo en su nombre. Vuelve claramente sobre el clamor confuso de dos milenios de cristianismo. Es como si él mismo hubiera puesto esta benéfica bomba de relojería en la cueva en Nag Hammadi, colocando cuidadosamente la mecha para retrasar su explosión hasta que el mundo estuviera listo para el impacto. Es como si, tan trágicamente adelantado a su propio tiempo, él hubiera sabido cuándo un número significativo de hombres y mujeres completamente ordinarios (tan distintos de los sabios y veedores altamente especializados y disciplinados) fueran al fin capaces de alcanzar su visión de la Luz, su experiencia de lo que él llama el Reino.

Yo no puedo hacer nada mejor que comenzar citando un número de dichos o *logia* típicos de este Evangelio:

Que el que busca, no cese hasta que encuentre. Y cuando encuentre, se asombrará, y cuando se asombre, se maravillará, y será rey sobre todo.

Vosotros examináis la faz del cielo y de la tierra, pero no sabéis qué es donde vosotros sois. E ignoráis el momento presente.

El hombre anciano no dudará en preguntar al niño de siete días sobre el lugar de la vida, y vivirá.

Los cielos y la tierra se plegarán ante vuestros ojos, pero el que vive desde el Uno no experimentará ni muerte ni temor.

Muchos están de pie frente a la puerta, pero es el Solo el que entra en la cámara de la novia.

Yo soy la Luz que está en todas las cosas. Yo soy el Todo. De mí ha salido el Todo, y a mí ha vuelto el Todo. Cortad la madera y yo soy ahí. Elevad la piedra y me encontraréis.

El que conoce todo excepto a sí mismo, carece de todo.

Venimos de la Luz, del lugar donde la Luz viene a la existencia por sí sola.

Yo estuve en medio del mundo y aparecí ante ellos en la carne. Les encontré a todos ebrios. No encontré a nadie que estuviera sediento. Y mi alma fue perturbada por los hijos de los hombres, pues ellos son ciegos en sus corazones, y no ven que vienen vacíos al mundo.

Hay una Luz en el hombre-Luz y ella ilumina el mundo entero.

Este quinto Evangelio o escrito de Dios es muy diferente de los cuatro Evangelios canónicos. Es una colección de los dichos o *logia* de Jesús, algunos de los cuales son un eco de sus dichos en los otros evangelios, y algunos de los cuales son únicos de *Tomás*. No contiene milagros ni historias admirables, ni caminatas sobre el agua, ni resurrección de los muertos, ni concepciones inmaculadas o ascensiones a los cielos o descensos a los infiernos: nada en absoluto para forzar nuestra credulidad. Ciertamente, es una compilación más tardía que los cuatro canónicos. Sin embargo, algunos eruditos creen que puede remitirse a fuentes anteriores a las de éstos, y por lo tanto nos ofrece lo que puede ser llamado un Jesús desmitificado. Sea como sea, la cuestión ante nosotros ahora es el valor y la verdad de estos dichos, sin importar cuán auténticos sean históricamente, cuán lejanas estén las palabras de Jesús, o de sus seguidores e intérpretes.

El Evangelio comienza con un aviso, un reto y una enorme promesa. El aviso es que estos dichos de Jesús no son solo para leerlos. Hay que hacer un trabajo con ellos. Su significación no está en su superficie, su secreto tiene que ser penetrado y expuesto. El reto es persistir en

este trabajo hasta que el significado secreto ya no sea secreto, sino evidente. Y la recompensa por hacer este descubrimiento es nada menos que la vida y el reino eterno.

Animados así, emprendamos el trabajo al momento. Si somos serios, al instante tendremos que hacer frente a algunas cuestiones prácticas sobre cómo proceder —cuestiones de dónde y cómo y qué—. ¿Exactamente dónde tenemos que buscar esta buena nueva, este tesoro de tesoros? ¿Exactamente cómo lo buscaremos, con qué espíritu dirigiremos esta prometedora búsqueda? ¿Por qué signos la reconoceremos cuando la hayamos encontrado?

Felizmente el mismo Evangelio nos responde a estas cuestiones de procedimiento. Nos da un manojito de llaves para abrir el tesoro.

Tomemos primero la cuestión de *dónde* ha de ser encontrada la verdad salvadora, el secreto de los secretos. La respuesta no deja lugar para la duda. El reino —el lugar de la Vida, del Conocimiento, del Reposo— no está encima o más allá o debajo. Está dentro. Está justamente donde yo estoy en este momento, más cerca de mí que mí mismo, más cerca que todo lo demás. Es el Hogar que nunca he dejado realmente, el foco y punto medio de lo que es a la vez *mi* mundo y *el* mundo, siempre aquí y nunca ahí. Lo cual solo puede significar que todos los libros —incluyendo, por supuesto el que está leyendo ahora, y ciertamente el mismo *Evangelio según Tomás*— están literalmente fuera del punto al menos unos veinte centímetros. Ahí fuera, no tienen ningún valor excepto como señaladores a su Lector, el único que está a cero metros de sí mismo. En efecto, Jesús insiste en que vuelva su atención 180 grados y mire simultáneamente a *lo que* está mirando y a *desde donde* está mirando. Es tan simple como eso, y tan fácil como parpadear, con solo que dejemos de pretender que es complicado y difícil y reservado para gente muy especial. Quienquiera que usted sea y justamente como usted es, es aquí y solo aquí, donde encontrará la perla, el Tesoro enterrado, lo Sin muerte, el Reino que es suyo propio. Aquí en el Centro, usted es la llave, usted es el secreto de estos dichos de Jesús.

La segunda cuestión que plantea nuestro Evangelio, es cómo hemos de procurar buscar el Tesoro. ¿De qué manera y con qué espíritu debemos emprender este gran trabajo que es realmente tan poco esforzado, si hemos de tener éxito? De nuevo, nuestro texto es completamente claro. Debemos acudir a esta aventura con inspirada candidez, con el espíritu directo y receptivo de un niño, incluso de un bebé. El Reino es invisible para los adultos, como tales. Tenemos que ser lo suficientemente desprejuiciados y atentos como para dejar de lado lo que pen-

samos que sabemos y comenzar a ver todo de nuevo, como si nunca lo hubiéramos visto antes, y a confiar en lo que encontremos. En esta investigación, nuestra erudición, nuestros sistemas de creencia, nuestras fórmulas religiosas, nuestro (supuesto) sentido común, nuestra intrincada red de opiniones –todas estas cosas son otras tantas capas de cataratas que nos ciegan ante lo que es completamente evidente para el ojo claro del niño–. En otras palabras, lo que tenemos que hacer es cambiar conceptos por preceptos, y hacer nuestra fortuna.

La tercera cuestión plantea *qué* es exactamente eso que estamos buscando. ¿Cómo reconoceremos este Reino cuando llegemos a su frontera? ¿Cómo estaremos seguros de que es nuestra Patria? ¿Cuál es el clima, la topografía característica, de esta Tierra Prometida? ¿Por qué signos sabremos que hemos descubierto el secreto real de *Tomás*, y no simplemente alguna noción que tengamos sobre él? Bien, los indicios –metáforas y símiles y descripciones directas– esparcidos por todo nuestro texto, son abundantes, variados, simples, convincentes, y a menudo bellos. Este Querido País nuestro, nuestra Patria, es un lugar de misterio paradójico y profundo, y sin embargo su aire es más claro que la amplia luz del día, y más vasto que el cielo más vasto. De acuerdo con *Tomás* está vacío, y sin embargo lleno del Todo. Vacío para llenarse con cualquier cosa que se ofrezca, podríamos decir. Es donde los opuestos –dentro y fuera, arriba y abajo, masculino y femenino (por citar solo unos pocos)– se unen y son uno y lo mismo. Aquí está El no nacido de mujer, a quien ningún ojo ve, ni ningún oído oye ni ninguna mano toca. Aquí está el Ser de todos los seres, que permanece cuando todos los seres se han ido. Aquí está la Quietud en la que se hacen todos los movimientos. Aquí está la Luz dentro del hombre-Luz que ilumina el mundo entero. Así habla Jesús para nuestro tiempo.

Y ahora usted y yo sabemos con precisión *dónde* mirar, y con precisión *cómo* mirar, y con precisión *qué* hemos de mirar, y solo queda una cosa por hacer –y eso es MIRAR–. Usted se mira a Usted Mismo, y yo me miro a Mí Mismo, como si fuera la primera vez. Sí, por favor haga eso en este mismo momento, sin dejar este libro. Atrévase a mirar al lugar mismo que ocupa y vea si en realidad está ocupado –atestado de anatomía– O, como dice Jesús, vacío. Vacío, justo ahora, para estas palabras impresas. ¿Por qué no dejar de ser excéntrico y desequilibrado –por no decir loco–? ¿Por qué no ser donde solo usted es y donde usted es el Solo, el único descubridor y el único experto y el único residente en este Lugar de lugares? ¿El Colón solitario de este Mundo-Siempre-Nuevo –el Reino Dentro, su reino–?

Jesús tuvo un camino duro. No era una broma estar tan adelantado a su tiempo y lugar. ¿Cómo podemos nosotros enmendarlo? Recuerdo un par de líneas de un himno que solíamos cantar de niños:

¿Qué podemos hacer por el bien de Jesús,
Que es tan elevado y bueno y grande?

Bien, hay una cosa que los adultos podemos hacer ahora mismo, para que su tarea y agonía no sean en vano, y eso es —no creer esta enseñanza suya en *Tomás*, sino probarla, verificando (o refutando) sinceramente las escrituras por nuestra experiencia en lugar de nuestra experiencia por las escrituras. Por ejemplo, él nos dice:

Si aquellos que os guían os dicen:

¡Mirad!, el Reino está en los cielos,
Entonces los pájaros del cielo llegarán allí antes que vosotros.

Si os dicen:

Está en el mar,
Entonces el pez llegará allí antes que vosotros.
Pero el Reino está dentro de vosotros.

Querido lector, si no por amor de Jesús entonces por respeto a él, o por interés en lo que él alega que usted es realmente, o al menos por una mezcla de cortesía y curiosidad, mire y vea si él sabe de lo que está hablando. Ponga sus palabras a prueba llevando a cabo el siguiente simple experimento. Leer solo mis palabras es peor que inútil.

Apunte con su índice *arriba* al cielo ahora y quizás a los pájaros que vuelan. O, si está en casa, apunte arriba al techo y observe que su dedo está apuntando a una cosa u otra, y ciertamente no a la vacuidad que es el Reino. Seguidamente apunte hacia *fuera* a aquellas colinas y árboles y casas, o a la pared y a la puerta y al mobiliario en el lado opuesto de la habitación, y advierta que está apuntando a una colección de objetos distantes. Seguidamente, apunte a la tierra o al suelo. Y después, lentamente y con gran atención a sus pies, después a su regazo, después a su tronco, y advierta cómo en cada caso, esta cosa que usted llama su dedo está indicando otra cosa, y que hay una distancia entre ellas. Y ciertamente, una vez más, el Reino

no es ni una cosa ni está distante de nada: por el contrario, abarca todo. Finalmente apunte a su «cara». Ahora, *según la evidencia presente*, ¿a qué está apuntando ese dedo?

¿Está apuntando a una cosa más bien pequeña, opaca, coloreada, con textura, en movimiento, compleja y bien perfilada? ¿O a un Vacío que, aunque atestado con todo tipo de cosas y cualidades, es de un tipo completamente único? ¡Vea por usted mismo! ¿No es inmenso, transparente, incoloro y sin textura, sin movimiento, simple, llano en ambos sentidos –y agudamente consciente de sí mismo como todo esto–? Ajustándonos a lo que se da ahora, abandonando la imaginación, no introduciendo en la situación nada ajeno a ella, ¿no es usted en este momento Capacidad o Espacio para la escena entera, desde el cielo hasta la Tierra, desde la Tierra hasta los pies, desde los pies hasta el escote –Espacio Consciente para que todo ello acontezca en Él–? Yo no estoy en situación de decirle lo que es ser usted en este momento. Solo usted puede decirlo. Por favor, continúe mirando a lo que está apuntando ese dedo, y resuelva, de una vez por todas, su verdad sobre este sujeto esencial –que es usted mismo como Sujeto–.

Ciertamente la buena nueva es verdadera, y el Reino está dentro de usted.

En otro dicho de nuestro Evangelio, Jesús se queja tristemente de que los humanos están ebrios, están tan ciegamente ebrios que no pueden ver su Vacuidad. Usted y yo, al menos, nos hemos desembriagado lo suficiente ahora para advertir que no vivimos dentro de cajas pequeñas, estrechamente ajustadas, oteando por dos pequeños agujeros un mundo distante desde el oscuro y pegajoso interior. No, estamos fuera, fuera y por todas partes. Vemos claramente cuán ampliamente abiertos somos, abertura misma, vasta, enorme, que se extiende y abarca el sol y las estrellas. Cuán refrescante, cuán liberador es no ser ya más una pequeña cosa iluminada, sino, en lugar de ello, la Luz que ilumina todas las cosas en el mundo. Y esta Inmensidad brillante que usted es realmente –¿Cómo podría esto nacer de una madre terrenal, o (lo que es más) nacer en absoluto?–. ¿Es esto el tipo de cosa que algún empresario de pompas fúnebres podría manejar, o que requiera sus servicios? Usted, que hace tales preguntas, usted es su respuesta. Usted sabe, ve, es el secreto del *Evangelio según Tomás*. Lejos de desconcertarnos a usted y a mí con cuentos de hadas, de atiborrarnos de controversia religiosa y propaganda piadosa, nos pide que no creamos nada de palabra. Sino que lo pongamos a prueba, y de inmediato ello cobra un sentido perfecto. Deja al descubierto nuestro esplendor, y nos muestra cómo vivir.

En contra del resurgimiento del fundamentalismo (¡menudo nombre inapropiado!) y la superstición de todo tipo, una gran simplificación está en proceso. Es un movimiento fuera de las formas externas de la religión –de sus observancias mágicas, de sus dogmas tan increíbles como ingeniosos (pero siempre cruelmente divisorios), de la masiva maquinaria eclesiástica que rechina y se atasca– un movimiento, fuera de toda esta ofuscación, hacia la visión beatífica que está en el núcleo de las grandes tradiciones religiosas, hacia el corazón simple y paciente que late vigoroso en todas ellas. He aquí una espiritualidad transparentemente honesta y antisectarista fundada en la experiencia directa en lugar de en el dogma y lo sabido de oídas.

Yo sugiero que no es un accidente que la cueva en Nag Hammadi retuviera su tesoro durante mil setecientos años, y que solo lo entregara cuando hombres y mujeres –en número suficiente para cambiar la historia– hubieran llegado a ser escépticos y suficientemente sobrios como para descifrar su código secreto, revelando lo que es, después de todo, perfectamente evidente. En cualquier caso, gracias en parte al Jesús de *Tomás*, está deviniendo cada vez más difícil negar que somos lo opuesto mismo de los pequeños, opacos y no luminosos mortales que parecemos ser.

El secreto está al descubierto. La verdad salvadora es el más abierto de los secretos. El Reino ha llegado, y la gente está comenzando a notarlo.

HISTORIAS DE TERNURA

ENTRE todas las ocasiones de ternura en mi vida, hay cuatro o cinco que se destacan. Brevemente les hablaré de ellas y pasaré a hacer algunas deducciones sobre la naturaleza de la ternura y cómo puede cultivarse, o al menos ser fomentada.

Mi primera historia parece tan trivial que casi no merece la pena contarla. Es uno de mis primeros recuerdos pero permanece muy vivo. Me caí e hice daño en la rodilla, y mi padre hizo «lo mejor que supo», como él decía, poniéndome un penique presionando en ese mismo sitio. No puedo imaginar por qué este acto suyo tan típico me pareció tan perfecto y tan bello, o por qué le quiero más por esto que por cualquiera de las otras incontables cosas inmensamente más importantes que ha hecho por mí.

Echando una mirada hacia atrás, sospecho que todas las ocasiones de ternura real en mi vida han sido así –absurdas, desproporcionadas y completamente impredecibles–. Seguramente, ésta es parte de su cualidad especial. Son verdaderos atisbos místicos, infusiones o efusiones repentinas de gracia divina, inexplicables, que le toman a uno totalmente por sorpresa.

El segundo ejemplo se remonta a cuando tenía unos once años. Estaba leyendo *Tales of Two Cities* de Dickens. Se trata de la vieja historia de dos hombres enamorados de la misma muchacha, uno de ellos, un buen partido, perfectamente merecedor y eminentemente adecuado (y desesperadamente aburrido) y el otro un borracho de mal carácter llamado Sidney que no tenía ninguna oportunidad. Desgraciadamente, el pretendiente adecuado se encuentra en prisión esperando la guillotina, mientras el fracasado Sidney está libre en la ciudad de París –París en los coletazos de la Revolución–. Pasea por las desiertas calles toda la noche armándose de valor para realizar, a su modo, algo noble y sobornar y entrar en la cárcel para sustituir a su rival condenado (a quien se parece mucho) y morir en su lugar. Después de una dolorosa lucha consigo mismo, decide morir por su «enemigo» y llevar a cabo su plan.

El más cursi sentimentalismo victoriano, sin duda. Pero no para mí. Recuerdo, inmediatamente después de leer esta historia, estar de pie en nuestra estación de ferrocarril local en un

éxtasis que no puedo intentar describir, excepto para decir que la totalidad de la escena, cada uno de los ladrillos, el pavimento del andén y las vías y los que allí dormían era una gloria. Estaba en el cielo, un cielo en el que una terrible tristeza dio paso a una felicidad irresistible. Mi llanto había terminado. Un cálido esplendor impregnaba el mundo, quitaba el aliento, conmovía, curaba. ¿Sería que, a pesar de todo, el amor y la ternura auto-entregados son lo que constituye realmente el universo? No es que cuente mi sensación de esa manera o cualquier otra, o trate de encontrar una explicación del secreto que se me reveló estando en aquella pequeña estación de ferrocarril hace tanto tiempo. Y no es que esa sensación permaneciera conmigo. Por lo que recuerdo, duró solo unas pocas horas y muy pronto el cielo se hundió y oscureció en la tierra de nuevo. Pero supe lo que era la ternura. El éxtasis se fue, la revelación ha permanecido hasta hoy.

Mi tercera historia sucede aproximadamente veinte años más tarde. Nuevamente, la experiencia fue fuera de toda proporción, ridículamente exagerada cuando se mira objetivamente. Una calle con mucho tráfico —en una ciudad que no puedo recordar—, una anciana y un muchacho. Vi al muchacho acercarse a la anciana, coger su mano y, de forma segura, ayudarla a cruzar la calle. Eso es todo. Lloré. Un pequeño acto de bondad muy ordinario, tan diferente del espectacular autosacrificio del héroe de Dickens, pero para mí igualmente cósmico en su significado. Me pareció entonces, y me parece todavía, un atisbo verdadero en el corazón de las cosas, una revelación que —de alguna manera no puedo explicar— hace que todo esté bien. El universo que produce este tipo de cosas también es este tipo de universo.

Mi cuarta historia es, ¡ay!, una historia muy diferente. Actualmente soy de mediana edad. Supongo que, a lo largo de los años, he cultivado una imagen de mí mismo como una persona compasiva, de corazón tierno, desinteresado, solidario, y he intentado —con muy poco éxito— vivir a la altura de esta imagen de mí mismo. De modo que, cuando un joven muy necesitado vino a mí para que le ayudara, desde luego que le ayudé. Estaba sin hogar, confundido, poco interesante aunque no desagradable —y le acogí (y me acogí a mí mismo) con una conveniente muestra de ternura—. Resultó ser un perezoso, terriblemente desordenado, feliz de que le sirvieran. Aún más importante, dio totalmente por hecho mi hospitalidad, como si yo debiera estarle agradecido por la oportunidad que me daba de practicar la filantropía. Previsiblemente, mi enfado —¿o era furia?— fue creciendo día tras día, y cada vez era más difícil de ocultar. Bien, al final, él se largó. Y tan pronto como se hubieron distanciado prudentemente él y sus

desagradables costumbres, yo me sentí de nuevo muy, muy tierno hacia él. ¡Un claro ejemplo de incoherencia!

Lamento decir que esta triste historia se ha vuelto a repetir, con muchas variaciones, en mis años maduros con más frecuencia de la que me gustaría pensar. Todas mis tentativas para cultivar la ternura, para elaborar el sentimiento de amor, para expresarlo deliberadamente en actos de bondad y compasión, han acabado similarmente en fracaso —al menos desde mi punto de vista—. Posiblemente los beneficiarios —o víctimas— de mis buenas obras, hayan cosechado de hecho algunos beneficios, pero como mucho yo estaba haciendo lo correcto por la razón equivocada. Si el corazón tiene sus razones, éstas son desconocidas para la cabeza. Yo no puedo hablar por usted, pero estoy seguro de que mi propia ternura o es espontánea o es una pose, una pretensión, un fraude incluso, y su cultivo deliberado es tan absurdo como auto-decepcionante.

¿Qué puedo hacer, entonces, con mi deplorable falta de esta preciosa facultad? ¿Nada en absoluto? ¿Tengo que aceptar con resignación, incluso con complacencia, este caparazón de dureza que está amenazando siempre con encerrarme? La ternura por principio, la ternura elaborada además a la imagen de mí mismo, suena falsa, si es que puede ser obtenida siquiera momentáneamente. ¿Pero puede al menos ser fomentada la cosa genuina, que en su expresión práctica lleva a un comportamiento verdaderamente amable? Incluso si no hay ninguna manera de deshacerse deliberadamente de la dura piel que amenaza con separarme de mi entorno, ¿puedo yo al menos reducir el crecimiento de las callosidades de la vida? ¿No hay ningún disolvente, ningún antídoto contra la petrificación creciente del corazón?

Sí lo hay. La ternura, como la felicidad y la mayoría de las cosas buenas de la vida, es un subproducto de algo más y no puede ser alcanzada directamente. Ella está realmente disponible, aunque no en su propio nivel o en sus propios términos. De hecho, está más que *disponible*. Es *natural*. Es como yo soy, con solo que no interfiera ni obstruya la operación espontánea e impredecible de mi propio corazón esencialmente tierno.

Después de todo, ¿qué es ternura en el sentido básico o físico de la palabra? Un trozo de carne de ternera duro es el que se resiste al corte y necesita una sierra más bien que un cuchillo. Por otra parte, el trozo tierno es el que ofrece poca resistencia a la incisión y se corta casi como la mantequilla. Las sustancias pueden ser clasificadas en orden de dureza, desde el te-

nue aire hasta el diamante. ¿Dónde encajo yo en la tabla de blandura-dureza? En algún lugar por el medio, es la respuesta del sentido común, más duro que una medusa y más blando que una tortuga. La verdadera respuesta es muy diferente. No tiene nada que ver con el tipo de material con que estoy hecho yo según la experiencia de los demás, sino según mi propia experiencia de mí mismo justo aquí. ¿Cuál es la historia interna de este carácter medio duro? Cuando examino el lugar que ocupo –un lugar al que ningún extraño tiene acceso– ¿qué encuentro? Este lugar descuidado entre todos los lugares, el centro de mi universo ambiente, ¿ofrece alguna resistencia a cuchillos y sierras, a la gente, a la Naturaleza, a algo en absoluto? ¿Cuál es mi factor de penetración en el centro? Intrínsecamente, ¿estoy yo construido cerrado al mundo, o estoy construido amplio, completamente abierto?

Esta cuestión crucial no ha de responderse a la ligera solo de oídas, o desde la memoria, o por medio de pensamiento discursivo o especulativo, sino simplemente mirando para ver. Prestando atención a la evidencia presente.

Yo estoy acogiendo ahora esta hoja de papel blanco y estas marcas negras que aparecen en ella. ¿Me estoy experimentando a mí mismo como una cosa sólida, opaca, limitada, observando aquí, a través de un espacio, una cosa sólida, opaca, limitada, observada ahí? ¿O soy yo, por el contrario, nada aquí sino espacio para esa cosa, sin una distancia perceptible que nos mantenga separados? En otras palabras, ¿puedo hacer aparecer algo aquí que me impida acoger esa hoja de blancos y negros? ¿Estoy recibiendo noticias sobre esa hoja, la estoy infiriendo o detectándola distantemente? ¿O soy invadido por ella?

Mi respuesta no admite vacilación. Yo soy penetrado, poseído, tomado, reemplazado por esa hoja. ¿Es verdadero lo mismo ahora para usted? ¿Está usted, también, construido abierto? En este asunto usted es la única autoridad final.

Aún aceptando, quizás, que usted está exactamente en la misma condición ampliamente abierta que estoy yo, todavía puede objetar razonablemente que esto tiene poca relación evidente con la ternura de corazón. Aceptando su objeción me vuelvo desde esta página a la cara más cercana –podría ser su cara– prestando atención cuidadosamente a la situación tal y como se presenta en ese momento. ¿Estamos cara a cara, en una relación simétrica, objeto confrontando a objeto, cerrándonos uno al otro? Muy al contrario. Aquí donde yo soy no hay ninguna

cara, ninguna mota de nada que tapone su acceso, que resista su invasión. Lo quiera yo o no, estoy tan totalmente abierto a usted que su cara es mía y no tengo ninguna otra.

Ésta no es tampoco una unión superficial, causal o insignificante. Es una intimidad que es el paradigma de toda intimidad, infinitamente profunda y total e inmensamente satisfactoria – *una vez que he tenido la humildad y el coraje de percibirlo*–. Aquí la consciencia es crucial. Yo soy plenamente consciente de la manera perfecta en que usted me da su cara y de la manera perfecta en que la recibo. La manera en que yo soy conformado y coloreado por ese paisaje fascinante me pasma y me encanta. Sin ruido ni comentarios ni condiciones usted suple mi carencia, y no tengo ningún medio de negarme. Yo solo puedo fingir rechazar su entrada.

Usted podría objetar que todo esto está muy bien, pero que usted y yo podríamos estar no obstante peleados, no en un sentido físico, sino en relación a lo que importa realmente – nuestros sentimientos del uno por el otro, nuestras metas, opiniones y estilos de vida–. Y es cierto que ver simplemente que estoy vacío para usted ahora, que su cara invade mi no-cara, no es suficiente para asegurar una bella relación.

Pero con ello establezco una sólida base para esa relación. Sin esta base de hechos verificables y honestos, la superestructura de nuestra relación es ciertamente floja. Cuando niego nuestra asimetría –negándome a ver el hecho evidente de que yo desaparezco en su favor– entonces todas mis transacciones con usted son expoliadas de alguna manera. Y no hay que sorprenderse por ello. En el fondo de ello está la ficción de que yo soy lo suficientemente duro como para impedir que me invada. Nuestra relación queda contaminada –si no condenada– desde el comienzo. Mi perverso hábito de confrontar su cara vista ahí a mi cara imaginada aquí no es ni sensato ni práctico. De hecho, esta anormalidad trágicamente normal es productiva de –y está compuesta de– mi miedo de usted y mi odio y profunda ansiedad. Es una advertencia muy poco amable que le estoy haciendo a usted: «Manténgase fuera, yo tengo ya una cara mía propia y la prefiero con mucho a la suya. Guárdese para usted mismo y no se atreva a invadir mi privacidad». ¡Vana protesta! ¡Viéndole con total inocencia, justo como usted se da y sin explicar nada, YO SOY USTED!

Pero usted puede preguntar muy bien si me *siento* tierno hacia usted, debido solo a que he tenido que dejarle entrar. A veces sentimos todo excepto amor hacia los huéspedes a quienes hemos abierto nuestra puerta.

Por supuesto, es cierto que el *sentimiento* de cálida bienvenida a este visitante dentro de mi espacio no es la consecuencia inmediata y automática del *hecho* de que yo no puedo excluirle de ninguna manera. La experiencia efectiva de ternura no puede tenerse solo notando cuán penetrable es uno. Pero es un buen comienzo.

Y, en mi experiencia, es indispensable. Es inútil tratar de obtener el sentimiento de ternura por sí mismo, negando el hecho de que estoy construido para ella. El sentimiento obtenido así, el sentimiento sin la visión, el sentimiento que se basa en la ilusoria disposición del cara a cara, no solo es difícil que surja sino aún más difícil de mantener: es falso. Es como si yo le hiciera reproches de amor mientras usted no se atreve a entrar en casa. Por otra parte, si conscientemente le dejo entrar (y por supuesto, no tengo otra opción) ya sea que sienta ahora amor o no, entonces hay una excelente oportunidad de que mi amor suba a la superficie y de que encuentre la expresión apropiada en el momento justo. De puertas adentro, aquí estoy perfectamente dispuesto para el amor explícito, debido al hecho mismo de que admitirle es ya amor implícito: lo mismo que mi pretensión de tenerle ahí tiritando en el umbral de mi puerta es ya miedo implícito de usted y odio y rechazo, y susceptible de llevar a actos de miedo, odio y rechazo explícitos. Brevemente, mi reconocimiento de que soy tierno por naturaleza, sin rastro alguno de dureza, es la mejor manera –yo diría que la única manera– de cultivar el sentimiento de ternura.

Esto es para probarlo, no para creerlo. ¿Me encuentro a mí mismo en la práctica del día a día amándole a usted más verdaderamente, comprendiéndole, cuidándole, cuando me tomo la molestia de observar que de hecho estoy construido para amar, comprender y cuidar?

Sí. Esta práctica funciona. Admitirle conscientemente en mi espacio aquí sirve a la vez para hacerle más interesante, incluso fascinante justo como usted es. Y, en conjunto, más amable. La atención aguda que usted recibe de mí es en todo caso una suerte de afecto, y arroja una luz nueva y más brillante sobre todo lo que usted es. El billete de entrada ilumina y transforma positivamente al que entra. E inversamente, el rechazo de una entrada le oscurece y transforma negativamente. Todo en el universo parece diferente y se siente diferente y – ¡diablos, o más bien Dios mío!– es diferente cuando lo dejo entrar aquí.

Cuando era niño, era movido muy fácilmente a las lágrimas. Yo era un blando, no un duro. Recuerdo que uno de mis compañeros de clase cambió mi nombre de *Harding* (Duro) a *Softing* (Blando). Yo me sentía avergonzado. Era un comentario exacto. Por desgracia, estoy de acuerdo en que era demasiado vulnerable, demasiado blando y demasiado sentimental. Entonces (y esta es sin duda una respuesta típicamente masculina) adopté una cara dura, asumiendo un exterior igualmente duro que comenzó como una comedia patética y que a la larga devino capaz de engañar a los extraños, pero no a los amigos. Por supuesto, era como una armadura sin sustancia, una concha fingida, una piel gruesa sólo en apariencia, una protección que no protegía de nada. Esencialmente tomó la forma de una alucinación aquí, de una cara sobre estos hombros que nunca había estado aquí, de una auto-imagen importada, de un Bloque ficticio en el centro mismo de mi universo, que desalojaba su maravillosa claridad y viveza. El resultado fue tan penoso como desagradable. Y no hay nada de lo que sorprenderse. Al interferir así en medio de las operaciones cósmicas, ¿cómo podía yo dejar de sentir las atascadas?

Pienso que más bien tuve menos éxito que la mayoría de los hombres en mantener la ficción de una cosa dura justo aquí en el centro de mi mundo. Mi auto-petrificación fue una empresa singularmente débil. En cualquier caso, me las apañé, a lo largo de mi veintena y principio de mi treintena, para construir una frágil fachada detrás de la que vivir. Cada vez lloraba menos. Los hombres no lloran y —¡Dios me ayude!— ¡yo soy un hombre y no una mujer ni un bebé llorón! El incidente de la anciana y del niño bueno, aunque perteneció a este difícilísimo periodo de mi vida, no fue típico de ella. Las barreras que estaba tan ocupado en levantar contra la ternura comenzaban a ser firmes. Y yo era cada vez más como uno de esos cangrejos de cuerpos blandos y de un encantador caparazón duro en el que ocultar su ternura.

Pero entonces, a los 34, ocurrió que me di cuenta de que esa concha era completamente imaginaria. Vi que yo era sin defensas. De hecho, una maravillosa combinación de absoluta vulnerabilidad y absoluta seguridad, pues la Nada en mi corazón no presenta nada que pueda ser dañado o destruido. El resultado de este descubrimiento asombroso aunque perfectamente evidente fue que mi naturaleza supuestamente demasiado abierta ya no era vergonzosa, sino enormemente confiada, relajante y eliminadora de la ansiedad. Y en adelante, cuanto más solía ser Nada, más encontraba que las ocasiones de gran ternura eran cada vez más comunes, hasta el punto de que todas mis relaciones con la gente, los animales, las plantas e incluso con los objetos inanimados, comenzaron a colorearse con algo de este estado de humor tierno, esta

cualidad de lágrimas contenidas. Y esto no es sentimentalismo. Es un modo de vida basado en como es realmente la vida. Uno podría llamarlo la vía de la ternura.

En mi propio caso, entonces, el descubrimiento de mi verdadera identidad o naturaleza intrínseca, de la verdad de que yo no soy más duro que un vacío, ha servido para detener e invertir el endurecimiento de mi corazón. Recomiendo esta receta a los demás. Practique ver Quién es usted realmente y compruebe que este Uno es ciertamente el amor mismo. No prometo ningún resultado rápido o muy evidente. La recompensa de esta práctica puede parecer muy magra y tardía, pero eso se debe a que discurre muy profundamente. Esté seguro de que, en la medida en que vea que no tiene ninguna defensa contra la invasión, dejará de obstruir el amor que es natural en usted.

La ternura es tan innata en usted y en mí como lo es respirar, y no algo que haya de ser cultivado. Todo lo que tenemos que hacer es apartarnos de su camino. No debemos perder de vista el hecho de que, si en lo que se refiere a la claridad y preciosidad somos como el diamante, en lo que se refiere a la dureza somos todo lo opuesto del diamante.

En este rechazar resueltamente a mentirme a mí mismo sobre mí mismo está el secreto de mi amor, y también de mi seguridad y supervivencia última. Solo cuando imagino que usted me invade en *parte*, puede parecer que me daña o me destruye. La invasión *total* asegura que aquí no queda nada a lo que dañar. Así pues, yo soy en el centro nada y todas las cosas. Justamente aquí está a la vez la incomparable seguridad y la incomparable expansión, donde al perder mi pequeño sí mismo gano el mundo entero.

Este corazón grande y verdaderamente sagrado tiene muchas sorpresas. He aquí un ejemplo como conclusión. Fui invitado a dar una conferencia, cerca de Londres, a un grupo de budistas más o menos comprometidos. Eran unos 150. El tema era mi propia aproximación algo inusual al zen. La conferencia parecía ir bastante bien: la audiencia estaba medio convencida, pero esperando a ver qué dirección tomaban los acontecimientos. Bien, el conferenciante que vino a continuación gozaba de reputación como una autoridad europea sobre budismo en general y zen en particular. Su tema era el falso zen de algunos occidentales que nunca habían estudiado en Japón ni practicado la larga y severa disciplina de sentarse en meditación y resolver *koans*, ni recibido su *inka* o certificado de iluminación (casualmente, él tampoco había hecho ninguna de estas cosas). Sin nombrarme expresamente, aseguró a aque-

llos budistas que la conferencia anterior –la mía– tenía poco que ver con el zen real, y que de todos modos no tenía sentido. Manifiestamente yo tenía una cabeza sobre mis hombros (ahora inclinados) y el espacio ahí era completamente imaginario. Tal fue mi debut vehementemente anticipado como un maestro budista, y tal fue su resultado. Yo era mucho peor que un fracaso, era un fraude, y no me gustó en absoluto.

Una hora después de esta «exposición» pública me encontraba caminando algo turbado por la sala de conferencias ahora desierta, y mi detractor venía hacia mí caminando. Todavía no tengo ni idea de cómo ocurrió pero nos echamos uno en los brazos del otro, abrazados por unos momentos, y luego nos fuimos. No era el tipo de cosa que yo tuviera el hábito de hacer en aquella época, ni siquiera con mis mejores amigos, y ciertamente él era el tipo de inglés que es menos propenso a caer en semejante familiaridad. No se habló ni una palabra. Aunque nos hemos encontrado ocasionalmente alguna vez desde aquella época, nunca nos hemos referido a aquella exhibición de ternura. Hasta donde sé él es igual de crítico –o desdeñoso– hacia mi manera de entender la esencia del zen (la doctrina de la Cara original de uno, que es sin cara) como siempre lo había sido. Creo que, sin ningún rencor personal, él me considera un excéntrico no enteramente inofensivo que extravía a los genuinos buscadores de las disciplinas religiosas orientales.

Nosotros hemos intercambiado quizás no más de veinte palabras corteses desde aquel primer encuentro. Sin embargo, nuestra relación nunca se repondrá de aquel momento de ternura sublime, que no dijo nada y significó todo, que celebró nada menos que nuestra identidad sempiterna en la raíz. Y con toda seriedad le digo ahora, como lo hice en silencio en aquella sala de conferencias hace años, ¡YO SOY TÚ, YO SOY TÚ!

TENER UNA CABEZA

Se lo suplico, por las entrañas de Cristo,
piense que es posible que usted pueda estar equivocado.

OLIVER CROMWELL

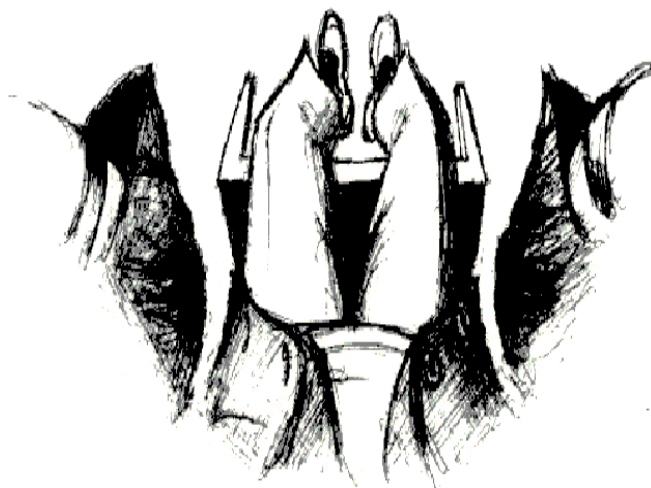
TENGO una historia que contar contra mí mismo. Es una confesión algo embarazosa –si no vergonzosa– la que tengo que hacer.

Aconteció muy recientemente este darme cuenta repentino que amenazó con minar la base misma del trabajo que había estado haciendo y de la vida que había estado viviendo durante medio siglo. La mayor parte de este tiempo me había dedicado a señalar de buena gana a todo el mundo que quisiera escucharlo, según mi propia experiencia de primera mano, que a uno le falta la cabeza, y a convertir a no pocos a esta opinión inusual.

Yo, por supuesto, tenía que añadir rápidamente que, en lugar de esa cabeza ausente, había una serie de sensaciones –sentidas como asperezas, suavidades, cosquilleos, picores, tensiones y dolores, además de una gran variedad de sonidos y sabores y olores–. Por no mencionar el torbellino de pensamientos y sentimientos. Sin embargo, (yo insistía) en que no podía ser más llamativo el contraste que había entre esa serie de sucesos sueltos y siempre cambiantes que se extienden en el tiempo y que están sobre *estos* hombros, y el modelo ajustado y estable de formas coloreadas todo empaquetado que está sobre *esos* hombros. Tanto que cogí el hábito de mirarme en el espejo para ver lo que yo *no* era, y preguntarme a mí mismo si *desde* donde yo estaba mirando tenía *algo* en común con lo que estaba mirando.

Por lo tanto llegué a la conclusión de que, sea lo que sea lo que acecha aquí, en el centro de mi mundo, no es ciertamente una *cabeza* –si esa palabra ha de significar algo– y que yo soy ciertamente sin cabeza.

Este autorretrato indicará lo que quiero decir por sin cabeza.



El dibujo muestra cómo, cuando intento agarrar mi cabeza perdida, pierdo mis manos también. Cómo *desde* donde yo estoy mirando no es tanto una cosa como una anti-cosa, un solvente completo y universal, una llama que, mientras ilumina todo lo que está a distancia, quema todo lo que se aventura demasiado cerca. Y mi propósito, durante este medio siglo pasado, ha sido velar esta llama y extender su luz.

Bien, helo aquí –el trasfondo de la historia que tengo que contar–.

Así es como estaban las cosas tan solo hace tres meses. Y entonces, por ninguna razón que yo sepa, de repente se me ocurrió que *un hombre nacido ciego, si se palpa una de sus manos y después su cabeza, tiene tanta razón para creer en una como en la otra.*

Por favor, compruebe esto por usted mismo ahora. Vuélvase ciego (es decir, cierre sus ojos), palpe su mano izquierda con su mano derecha, luego su brazo izquierdo, su hombro, su cuello y por último su cabeza, por atrás, por los lados, por delante, por todas partes... ¿No es la evidencia presente de su cabeza justamente tan convincente como la de su mano? Una cabeza, además, que está firmemente sujeta a su tronco como su mano lo está a su brazo.

Admitámoslo pues, una verdad fundamental que no es verdadera para un hombre ciego no es una verdad fundamental en absoluto. No merece ser tomada en serio. Y ciertamente no es un fundamento para construir una vida sobre él.

Así que me encontré haciéndome a mí mismo algunas preguntas embarazosas. ¿Qué pasaría si, durante todos estos años de dedicado esfuerzo, yo hubiera estado equivocado? O peor aún, ¿había suprimido más o menos inconscientemente evidencias vitales, falsificando los libros en favor de una teoría mimada, por no decir una obsesión? ¿Podría ser que –más oculta quizás para mí que para los demás– mi estrategia para eliminar mis sentimientos de inferioridad y ser notado a toda costa, para elevarme a mí mismo cabeza y hombros por encima de las masas, hubiera pretendido que yo *carecía* de cabeza y de hombros? ¿No era eso irónico?

Le digo que estaba estupefacto. No abatido, pero sí estupefacto.

La estupefacción fue mitigada algo por tres consideraciones. La primera era que, muchas veces en mi vida, un serio revés o un desastre inminente ha resultado en algo nuevo y maravilloso, una comprensión valiosa, una apertura de nuevas vistas. Esta necesidad extrema del hombre, como dicen, ha resultado ser tan a menudo la oportunidad de Dios que mi esperanza era que la historia se repitiera favorablemente todavía una vez más. La segunda consideración era que, durante muchos años, la experiencia y la práctica de la no cabeza ha constituido una diferencia profunda para mejor en muchas vidas no menos que en la mía propia, y lo que funciona tan bien y durante tanto tiempo y para tantos es improbable que sea la insensatez o la mentira que podría parecer ser. La tercera consideración era (o más bien *es*) que justamente ahora cuando escribo estas palabras en esta hoja de papel, no puedo encontrar nada aquí sobre mis hombros que la impida entrar, absolutamente nada en su camino (a mí). Todo lo que veo me decapita.

No obstante, he aquí un auténtico desafío, un lapsus, una importante pieza ausente del rompecabezas de mi vida y de mi obra. Claramente tenía una obligación para conmigo mismo y los demás de encontrar, si podía, la pieza ausente y exponerla, más vale tarde que nunca.

Obviamente mi primera tarea era investigar una vez más qué es exactamente lo que estoy palpando aquí, en el lugar *desde* donde estoy mirando. Decidí examinar, más cuidadosamente que nunca antes, éste mi hogar-base, y volviendo de nuevo a mis sentidos, confiar enteramente en lo que pudieran revelar, sobre lo claramente *aportado*. Esto significaba abandonar mis convicciones más preciadas sobre la no cabeza y todo lo demás, y empezar de nuevo, ayudado por cualesquiera nuevos experimentos que parecieran prometedores.

En seguida una serie de hechos indudables salieron a la luz. Después de todo, tengo –sí, tengo– un algo aquí sobre mis hombros, una testa o remate, y el único nombre apropiado para la cosa es una *cabeza* de algún tipo. ¿De qué tipo? Bien, es la cabeza (provista con todas las protuberancias y agujeros y aperturas normales) de una criatura viva. Y no sólo de cualquier criatura viva sino de una criatura humana. Y no la de cualquier humano, sino la de uno en especial: toda suerte de peculiaridades la identifican sólo como la de Douglas Harding. Y es de una pieza con el resto de su cuerpo. Aunque se me manifiesta según su propio modo y en sus propios términos, es igual de real que cualquier otra parte de mi cuerpo. Y aunque para mí la cabeza *desde* la que estoy mirando es tan transparente como la ventana desde la que acontece que también estoy mirando en este momento, ella es tan sólida y tan verdadera como el cristal de esa ventana. Negar esto sería descender al nivel intelectual de un moscardón que se abalanza una y otra vez contra el cristal.

«Todo completamente evidente y normal», puedo oírle comentar secamente, «y sorprendentemente sólo para a los adictos a la no-cabeza».

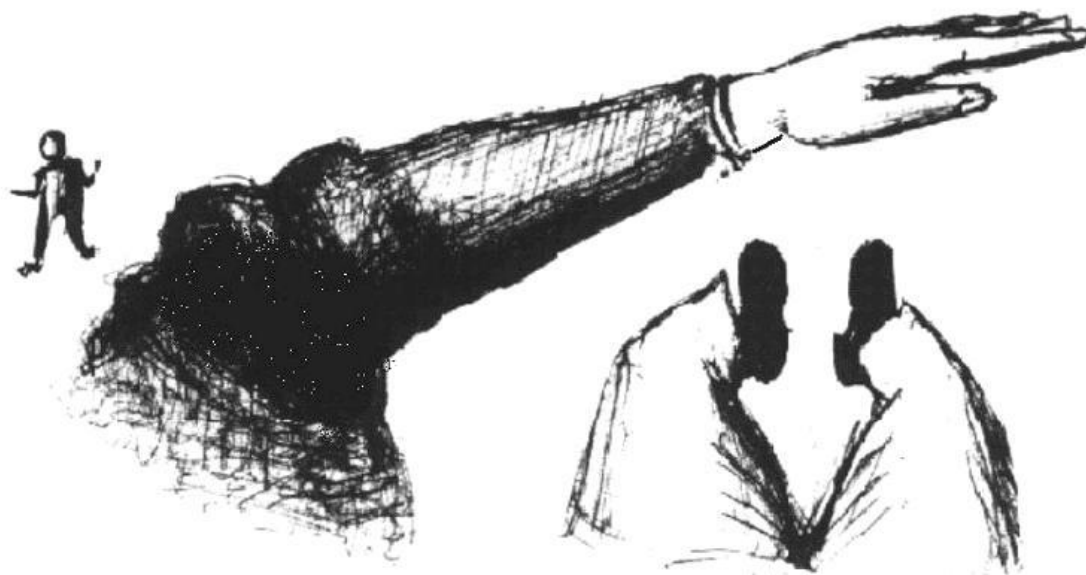
Así es –hasta aquí–. Pero aquí es donde acaban las anormalidades y sorpresas, y emerge toda una serie de hechos alarmantes sobre esta cabeza real mía, y sobre cuán salvajemente diferente es de todas las otras cabezas con las que me he cruzado: incluyendo, por supuesto, la cabeza en mi espejo.

Para comenzar noté que, aunque al derecho como esas cabezas de ahí, ella está unida a un cuerpo que está al revés. Esto significa que justamente debajo del nivel de los hombros YO ME PLIEGO, lo mismo que esta página que usted está leyendo se pliega con la página opuesta. Plegado, encuentro, el punto de ruptura.

¿Es lo mismo verdadero para usted? Por favor asegúrese de ello, ponga su antebrazo así

Aquí la escena se esfuma hacia arriba

(a)



Aquí la escena se esfuma hacia abajo

(b)

y bájelo lentamente desde (a) en lo alto de la escena donde el cielo (o el techo si usted está en casa) se esfuma hacia abajo. Note cómo el resto de su cuerpo, en contraste con ese diminuto hombre en la distancia, está del revés. Sus pies (de ese hombre) –lo mismo que los pies de la persona en su espejo– están debajo de él, los de usted están arriba.

Pero su *cabeza* está al derecho como la suya. No está al revés. Por favor, asegúrese de esto repitiendo el experimento con su antebrazo más cerca, de modo que su dedo índice roce su perfil verdaderamente enorme –su frente en (a), después su nariz y barbilla, y finalmente su cuello en (b).

Tener una cabeza que es tan clara como el cristal es maravilloso. Tener una cabeza que se pliega con su cuerpo es maravilloso. Tener una cabeza que también tiene sitio para el mundo es ciertamente maravilloso. *Pues de hecho, esta verdadera cabeza mía, aunque muestra tangiblemente mi cabello, mi frente, mis cejas, nariz, boca, y demás rasgos meramente humanos y personales, es también tan alta como el cielo y tan amplia y profunda como el mundo y acoge al cosmos mismo.* ¡Entre sus orejas un peinado, entre las mías un peinado y la clara luz de la mañana! ¡Qué milagrosa recuperación de una cabeza aquí, esta conjunción tan íntima de

lo cósmico y lo humano, de lo personal y lo impersonal como el cristal, y en el mismo lugar donde insistía que yo era sin cabeza!

No le estoy pidiendo que me crea sino que compruebe si usted también está construido con este mismo diseño grande y asombroso. Esto puede hacerlo –justamente ahora, si quiere– contorneando su cabeza con su dedo, tocando sucesivamente su pelo, oreja, mejilla y barbilla y volviendo por el otro lado de nuevo a donde comenzó. Si está haciendo este experimento (¿o debería decir, haciendo esta vuelta al mundo?) al aire libre, tanto mejor. En cualquier caso observe cómo su cabeza real cuando se la contornea así es mucho más grande que la escena. Ella se acomoda con facilidad a lo que acontece que se presenta, ya sea un cielo lleno de estrellas, o el sueño que está soñando, o la habitación en la que está sentado ahora, o las hojas de té en su taza. Y todo esto sin dejar de ser perfectamente humana y personal.

Para zanjar la cuestión más allá de duda, observe que no es sólo su cabeza sino la parte superior de su cuerpo la que es tan magníficamente capaz. Junto con esas diminutas cabezas *ahí* van pequeños brazos, junto con su inmensa cabeza *aquí* van inmensos brazos. He aquí cómo usted comprueba esto. Mientras mira hacia adelante, abra sus brazos extendidos a lo ancho hasta que casi desaparezcan de la vista. Haga esto y verá que sus brazos *abrazan* el mundo que su cabeza está ya recibiendo y acogiendo.

¡Qué falsa modestia es negar estos hechos innegables y alentadores! ¡Qué insensatez es este engaño principal del hombre, esta convicción empequeñecedora y ciertamente automitilante de que él *es* lo que él *parece* a los otros hombres! Es como si el océano Atlántico tuviera que persuadirse a sí mismo de que él es el charco que parece desde la luna, o la gota de agua que parece desde más allá de la luna, y ni profundo ni vasto ni húmedo ni batido por los vientos!

De hecho, no hay fin a las diferencias entre la cabeza que hay *aquí* y la cabeza que hay *ahí* –ya sea que esté en mi espejo, o sobre los hombros de otras personas, o en sus cámaras fotográficas–. *Diferencias* es una palabra demasiado suave. Discrepancias patentes es más apropiado. Lo que hace tan crucial el continuo descubrimiento y redescubrimiento de estas discrepancias es nuestra fatal determinación, desde la niñez en adelante, a identificarnos con esa cabeza aparente y periférica y a desidentificarnos de la cabeza real y central de la que brota. En una palabra, nuestra arraigada *cabazonería*.

Veamos, brevemente, en una muestra, siete de estas discrepancias, estos ejemplos de cabezonería. Si, como yo mismo, usted ya los ha hecho antes, eche un vistazo de nuevo, y descubra que aquí cada vez es la primera vez.

1. Esta cabeza real pero tomada equivocadamente por irreal está constantemente y sin esfuerzo haciendo desaparecer una colección de cosas –puede ser una constelación, una cordillera montañosa o una arboleda o una barriada de casas, o puede ser el mueble en una esquina de la habitación en la que usted está sentado– y reemplazándolas por otra colección. A voluntad ella transmuta cualquier cosa en otra. Sin embargo, esa cabeza tomada equivocadamente por real ni siquiera puede transmutarse a sí misma. Ella meramente gira a la derecha o la izquierda, ¡la pobre!
2. Esta cabeza real pero tomada equivocadamente por irreal decora y redecora el mundo, lo pinta repentinamente de color rosa, azul, gris, prácticamente de cualquier color, a voluntad. Pero esa cabeza tomada equivocadamente por real meramente decora y redecora sus globos oculares con discos de cristal coloreado, ¡la pobre!
3. Esta cabeza real pero tomada equivocadamente por irreal puebla el universo con personajes extraordinarios, algunos hilarantes, otros admirables, muchos mediocres, y unos pocos completamente horribles. Ella hace desfilar monstruos y maravillas de todo tipo, metidos en toda suerte de acontecimientos singulares, en escenarios idóneos. Pero esa cabeza tomada equivocadamente por real meramente se estaciona frente a un taco de papeles cubiertos de marcas negras, manoseándolos y mirándolos fijamente durante horas. O bien cubre laboriosamente resmas de papel blanco como la nieve con marcas negras similares.
4. Esta cabeza real pero tomada equivocadamente por irreal cambia la disposición del mundo de triste a feliz y de feliz a triste, de tempestuoso a calmado y viceversa, de cualquier estado de humor a cualquier otro. Pero esta cabeza tomada equivocadamente por real meramente inserta sustancias foráneas –estimulantes, sedantes, excitantes, lo que quiera que sea– en la ranura dentada cerca de su base, o sube y baja las comisuras de esa ranura, o produce sonidos piadosos desde esa ranura. Raramente, debe agregarse, con éxito completo.



La leyenda del Grial, con su historia de una exhibición de objetos sagrados en la Tierra Yerma, es muy pertinente aquí. Estos objetos incluyen una cabeza cortada. Si el caballero que presencia la exhibición no está suficientemente interesado en hacer preguntas sobre esta cabeza, la Tierra Yerma sigue yerma y su Rey Herido sigue herido. La lección para mí es clara. Profundizar en el significado y la verdad de esta cabeza central mía y cerciorarme de que esta investigación, aparentemente tan privada e inefectiva, tiene repercusiones universales. Mi verdadera cabeza no sólo contiene el mundo, sino que determina realmente su estado de salud. Lo que yo veo depende de lo yo que soy.

5. Esta cabeza real pero tomada equivocadamente por irreal está todo el tiempo moviendo montañas, colinas, casas, árboles, todo lo que usted quiera, moviéndolos de un lado a otro sin esfuerzo.

No me crea. Compruébalo por usted mismo. Ejercitando esta milagrosa facultad de telequinesia cósmica, usted puede aumentar o reducir la distancia entre la casa de enfrente y el árbol en su jardín, o mover esa silla más cerca o más lejos de la puerta. Y así sucesivamente. Mientras que esa cabeza tomada equivocadamente por real, al balancearse de un lado a otro, se mueve solo ella.

6. Lo más impresionante y más ignorado de todo, esta cabeza real pero tomada equivocadamente por irreal crea y destruye regularmente el mundo. Mientras que esa cabeza tomada equivocadamente por real meramente alza y baja una pareja de faldones con pestañas sujetos a su superficie. En cuanto a la pobre cabecita en mi espejo, ¡ni siquiera puede hacer eso!

7. Por extraño que parezca, el ejercicio de los seis poderes mencionados –y que por cierto no han de ser desdeñados– hace a la cabeza real de todo menos engreída. Podría decirse que es la cima de la modestia y la discreción, más humilde que la humildad misma. ¿Por qué es así? Porque está aboliéndose continuamente a sí misma, *desvaneciéndose sin dejar rastro en favor de otras cabezas*. Su papel propio, su naturaleza misma es dar paso y hacer sitio a todos los que llegan, por perturbadores o torpes que sean. Esencialmente auto-desvanecida, esta cara original mía es sin cara, esta cabeza original es sin cabeza. Inversamente, esa cabeza adquirida tomada equivocadamente por real no es otra cosa que cabeza, y está manifiestamente cerrada a todos los que llegan. Su papel propio es insistir en sí misma. Ella no tiene sitio para nada más.

Para el propósito de nuestra investigación esta séptima discrepancia es la crucial.

Es hora de hacer balance.

En un sentido tengo que admitir que sin cabeza es precisamente lo que yo *no* soy, y que al promover la no cabeza durante el medio siglo pasado yo no podía haber estado más equivocado. Firmemente asentada sobre esta vastedad de hombros, más grande que la vida y el doble de natural, así es mi única cabeza real, indispensable, viva, mi propia cabeza sobrehumana, humana y personal.

Pero en otro sentido mucho más verdadero yo no estoy equivocado después de todo, y cada momento de esa larga dedicación a la no cabeza ha sido un tiempo bien empleado. Al ejercer el último y el más maravilloso de los poderes antes mencionado, esto realmente encabezó al que aquí es realmente sin cabeza. Su gloria y poder culminante es que ella abandona todo poder y gloria, se da a sí misma sin dejar ningún resto, da todo lo que ha sido y es al mundo que necesita precisamente eso. La hermosa cara de Elena de Troya, dicen, puso en marcha un millar de barcos. Mi cara, *cuando la pierdo*, pone en marcha un millar de mundos.

Así pues, resulta que ninguno de estos descubrimientos sobre mi verdadera cabeza o supercabeza no sustrae ni un ápice de mi larga experiencia de no cabeza ni la invalida por un momento. Muy al contrario, confirman y enriquecen y avivan esa experiencia, que ahora puedo describir como una no cabeza que nace incesantemente de una plenitud de cabeza. No hay ningún riesgo ahora de que este vacío central sea interpretado como un vacío muerto y lúgu-

bre, una mera nada, una ausencia estática. Es un verbo más bien que un nombre, un ausentarse siempre renovado. Y después de todo esto tiene sentido: sólo lo que está lleno puede vaciarse, sólo lo que vive puede dar su vida para que otros vivan.

Mucho de esto me suena familiar, y quizás también a usted. Lo que es siempre nuevo, a lo que nunca me acostumbraré es al hecho ineludible de que esta maravillosa cabeza de cuatro niveles es mía. ¡Ella es sobre la que pongo mi sombrero de panamá! ¡Ella es la cabeza que lavo con champú!

¿Y qué pasa con el hombre ciego cuya mano y cabeza parecían amenazar todo el trabajo de mi vida?

Nuestros descubrimientos eliminan esa amenaza. Es cierto que algunos de los descubrimientos y poderes que he enumerado —y obviamente esto incluye el *plegado* de la parte visible del cuerpo de uno con la parte tangible—no están disponibles para él. Sin embargo queda un buen número, y hay algunos más. La única cosa (o más bien, no cosa o nada) que él puede ver claramente —y no hay ningún otro modo de verlo— es el ser ilimitado que él es realmente. Y por eso es por lo que, durante todo este tiempo, no he tenido más dificultad en compartir esta visión con una persona ciega que con una persona que ve.

En cuanto a mi sospecha —expresada al comienzo de este ensayo— de que la amenaza planteada por el hombre ciego ocultaba una promesa, esa promesa ha sido satisfecha más generosamente de lo que habría imaginado. Una vez más el querido Señor ha aprovechado la oportunidad de la necesidad extrema de este hombre para colmarle de bendiciones, bendiciones sobrehumanas y humanas y personales y subpersonales. Bendiciones que fluyen de Su cabeza, por supuesto —¿de dónde si no?— de acuerdo con la tradición.

Sería extraño que esta buena nueva hubiera pasado desapercibida, que no hubiera sido revelada nunca a los sabios y veedores cuyo asunto durante tres milenios ha sido el autoconocimiento radical. Y por supuesto fue revelada, expuesta muy tenuemente pero muy extensamente en todas las grandes tradiciones espirituales y a menudo expresada oblicuamente, pero suficientemente clara en cuanto uno sabe lo que buscar.

A Jalal ad-din Rumi se le podría llamar el apóstol de la No cabeza, y ciertamente fue entre los voluminosos escritos de este mayor de los sufis donde encontré lo siguiente:

Tú tienes dos cabezas. La cabeza de barro es de la tierra, esta cabeza pura es del cielo. La cabeza derivada es manifiesta, la cabeza original es oculta.

Mi tarea es perder mi cabeza, la tarea de mi Rey es darme una nueva.

O tomemos a Plotino, filósofo neoplatónico del siglo III:

Al Ser real volvemos todo lo que tenemos y somos. A Éste volvemos como de Éste vinimos... Cuando miramos fuera de Éste de quien dependemos, ignoramos nuestra unidad. Mirando afuera vemos muchas caras, mirando adentro todo es la Cabeza Una. Si un hombre pudiera girarse –por su propio movimiento o por el feliz toque de Atenea– vería inmediatamente a Dios, a sí mismo, y el Todo.

Según el budismo zen yo estoy iluminado cuando veo y vivo conscientemente desde mi «Cara Original». Las implicaciones son tres. Primera, que yo tengo una Cabeza Original, pues una cara sin una cabeza no es más real que la sonrisa de un gato cheshire sin un gato cheshire. Segunda, que yo también tengo una cara y una cabeza adquirida, pues una cara y una cabeza original sin una adquirida con la que contrastar es algo inaplicable. Y, tercera, que sobreimponer esa cara y cabeza adquirida, *ahí* en mi espejo sobre esta cara original *aquí* es obscurecedor e insano, si no llanamente necio. Concluyo que *desde* lo que el hombre zen realizado vive es *desde* lo que el sufí realizado vive. Y no es nada más que lo que hemos estado llamando aquí nuestra cabeza real y verdadera y verdaderamente bendita.

¿No es también *desde* lo que el cristiano realizado vive cuando, según San Pablo, experimenta a Cristo como «la cabeza del cuerpo»? ¿O quizás cuando, según San Agustín, él habla misteriosamente de «la carne de Cristo que es la cabeza del hombre»? Por supuesto, ningún santo está refiriéndose al Jesús histórico que nació y vivió y murió hace mucho tiempo en aquella distante tierra, sino al Cristo eterno y cósmico que desde el comienzo era Dios y era uno con Dios, y por quien todas las cosas son creadas y sostenidas. El Cristo en mí que es más mí que mí mismo, el hombre divino, el hombre celestial, la Palabra que siempre se está haciendo carne, que siempre está siendo hablada. Hablada (observe, por favor) con una voz

que es a la vez divina, y humana, y personal –tan carnal-personal que, aunque yo hablo *por Él* y *desde Él*, debo hacerlo en tonos y acentos que son instantáneamente reconocibles sólo como los de Douglas Harding. Incluso su «Hola» al teléfono, oído por última vez hace años, no es como el de ningún otro. ¡Hay una personalidad para usted!

Cada criatura es una encarnación divina única. Hace tiempo que sentía que aquí, en el misterio de la Palabra hecha carne, de lo Último deviniendo siempre lo Íntimo –soberbiamente ilustrado en la historia navideña de la estrella y el pesebre– está la llave maestra a la religión verdadera, a la curación profunda, al gozo duradero. Yo había estado seguro de ello, sin tener del todo claro el modo de su operación. Pero ahora, viniendo bajo el inverosímil disfraz de desafío a la misión de mi vida, lo que debía haber sido evidente desde el comienzo se revela por sí solo. Aunque el misterio y la maravilla de esta encarnación permanecen más y no menos misteriosos y maravillosos, una luz brillante desvela cómo ocurre de hecho en mi propio caso, y por extensión en el de todos los demás. Es un descenso en cuatro niveles perfectamente extraordinario que está ocurriendo en el lugar donde yo imaginaba que tenía una cabeza de un solo nivel perfectamente ordinario haciendo su función de un solo nivel perfectamente ordinario.

¿Dónde acaba este descenso divino?, ¿dónde toca fondo exactamente? Para la respuesta vayamos al primero de nuestros descubrimientos, aquel en el que encontramos nuestra cabeza real e inmensa *plegándose hasta el punto límite* con nuestro diminuto cuerpo del revés. El descenso divino se completa justo debajo de estos brazos abiertos y extendidos que abrazan el mundo, en la región del corazón. No –repito, no– en la región de la cabeza fría sino en la del corazón caliente. Y corazón quebrado, además. Nada menos que en esa extremidad de vaciamiento y auto-anonadación donde me pliego y me rompo, completando así el círculo, uniré la Nada al Todo, que es su otro aspecto. Gracias al Cielo no hay nada vago o fantasioso en este lugar, el más bajo y temible de los lugares. Para señalarlo más precisamente: de hecho, es el sitio al que apunto naturalmente cuando me indico a mí mismo. Es el nádir donde la exhalación acaba y la inhalación comienza, y donde la encarnación deviene excarnación. En lenguaje paulino, es el lugar donde yo estoy crucificado y resucitado con Cristo.



Aquí finalmente está el Sagrado Corazón verdadero, el corazón quebrado que cura todas las penas del corazón. Y también una advertencia para esos cuyos corazones están todavía intactos: en particular para cualquiera que imagina que «perder la cabeza de uno» es suficiente. Yo digo que, hasta que la pérdida de la cabeza de uno no resulte en el hallazgo del corazón de uno –un corazón tan tierno que está mortalmente herido por el espantoso sufrimiento del mundo– hasta entonces uno está lejos de la meta que es el amor que transmuta todo sufrimiento. Y aquí un pequeño fallo, debido justamente a que puede ser tomado erróneamente por el centro de la diana, *puede ser peor* que un kilómetro fuera del blanco.

No, la no cabeza no es suficiente, por la simple razón de que, por sí misma, puede ser completamente sin amor. Tengo alguna evidencia de las vidas de otros, y mucha de la mía propia, de que esto es un hecho serio.

Finalmente, a modo de resumen y conclusión, me gustaría examinar un poco más minuciosamente lo que significa «tener una cabeza aquí».

1. *Esta cabeza real mía es divina*. Yo no puedo encontrar ningún otro adjetivo que haga justicia a su carencia de límites, a su claridad y nidad sin mancha en una dirección y a su plenitud y su totalidad en la dirección opuesta, a su capacidad no solo para poner en movimiento y transformar el mundo en su totalidad y en detalle sino para hacerlo y deshacerlo a voluntad –y todo completamente despierta a sí misma–. Ahora bien, arrojar todos o alguno de estos poderes a mí mismo como un ser humano, y a un ser humano particular además, sería tan ridículo como vacuo. En mi funcionamiento esencial yo soy divino, tan-

to si lo admito como si no. Es incidentalmente, por así decir, según la forma particular que toma el funcionamiento, que yo soy humano y este humano particular.

Pero no es como si esta cabeza real mía fuera divina en parte y humana en parte y personal en parte y ausente en parte, o alguna mezcla explosiva de los cuatro ingredientes. No, en su propio nivel la divinidad es absoluta y en modo alguno oscurecida o disminuida por su descenso a la humanidad y personalidad y nidad. Sólo mi incontaminada Divinidad es capaz de esas funciones primigenias que hemos expuesto, y que yo o bien atribuía falsamente a mi humanidad o bien ignoraba completamente. Ni siquiera la cabeza más oscura o brumosa carece de proeza divina. Carecer de divinidad es carecer de ser.

2. *Esta cabeza real mía es humana: de hecho, animal-humana.* Sorprendentemente todas estas funciones divinas están operando en un contenedor que, aunque infinitamente capaz, se revela al tacto como animal-humano más allá de toda duda. Este cabello, estas orejas lobuladas, estas mejillas lampiñas, estos ojos ovalados y nariz y boca peculiares, aunque distinguibles de los de un gorila o chimpancé, pertenecen claramente al mismo género. Ellos son simianos, muy distintos de los felinos, caninos y demás. ¡Nunca un contenedor ha sido tan eclipsado por sus contenidos! Y, por supuesto, junto con la forma animal van incontables funciones animales tales como respirar y comer, y junto con la forma humana van incontables funciones humanas –todos esos modos de sentir y pensar y comportarse que caracterizan al *homo sapiens*–. Sin embargo, yo no puedo encontrar ninguna evidencia de que la consciencia de mi naturaleza divina disminuya mi naturaleza animal-humana. Más bien al contrario. Encajan perfectamente. La Divinidad no se encarna a modo de prueba o sin convicción. No llama a nada vulgar o impuro. No es esnob.

3. *Esta cabeza real mía es personal y única.* Al pasar mis manos de nuevo sobre su superficie, detecto todo tipo de peculiaridades –rugosidades, arrugas, prominencias y huecos que pertenecen solo a Douglas Harding–. Aquí, imposible de ignorar, hay un sistema inimaginablemente complicado de marcas –un código de datos, por así decir– que le distingue de todos los humanos que hay o hubo o habrá. Lo mismo que lo divino permanece divino y lo humano permanece humano, así también lo personal permanece personal, a pesar de su intimísima implicación con los otros niveles. Corrección: no *a pesar* de esa implicación sino *debido* a ella. La unión de nuestra personalidad única con lo humano en general y lo divino accidental no entraña ningún peligro de despersonalizarnos. Por el contrario, hasta que

lo humano no se une a lo divino suprahumano, y lo personal a lo divino suprapersonal, no son todavía ellos mismos. Por una parte, usted puede haber observado cómo esas gentes que son desordenadamente personales, que insisten en su individualidad e idiosincrasia única, están inseguros de sí mismos, tienen tendencia a ser servilmente imitativos, y de hecho apenas son personales. Y por otra, cómo aquellos que ven que en su naturaleza divina son uno y lo mismo, son de todas las gentes las menos probables de parecerse a otros en su naturaleza humana y su expresión personal. Son imprevisibles e inconformistas sin ninguna intención de serlo.

4. *Esta cabeza real mía, como espacio para otras cabezas, es una no cabeza* –un hecho que debe únicamente a su divinidad–. Sólo lo Más Alto es lo suficientemente humilde para descender a lo más bajo. En mi capacidad humana y personal lo que más temo es desaparecer en favor de los demás. En mi capacidad divina es lo que más me regocija. Dios es amor, el amor que muere por el mundo, y cuando amo verdaderamente, es como Él y con Su amor como lo hago.

Resumiendo, sí, y mil veces sí –yo tengo una cabeza. Pero Dios Todopoderoso, ¡qué cabeza!

TENGAMOS UNA EXPERIENCIA FUERA DEL CUERPO

Yo le prometo una experiencia fuera del cuerpo antes de que llegue al final de este capítulo.

Pero antes de *salir* de nuestros cuerpos necesitamos ver lo que significa estar *en* ellos. O simplemente *ser* ellos. Comencemos con la última de estas tres alternativas, y vayamos de atrás hacia delante.

1. SER EL CUERPO

Para ver lo que pasa sólo tenemos que escuchar la manera en que hablamos. «Él me ha tocado». «Yo soy bastante alto». «Yo peso sesenta y ocho kilos». «Yo he venido aquí desde Londres». «Yo nací en 1940, lo que me hace de mediana edad». «Cuando yo muera quiero ser incinerado». Y así sucesivamente.

En todas estas afirmaciones (¡y qué gran parte de nuestras charlas ocupan!) yo estoy, sin ninguna duda o condición, identificándome a mí mismo con mi cuerpo. Lo que le ocurre a él, me ocurre a mí. Lo que él hace, yo lo hago. Sus logros y carencias, su comienzo y final, son míos. Y la ley misma, siguiendo la guía del sentido común, está de acuerdo. Ella me acusa de hacer lo que mi mano hace –robar, herir, matar, lo que sea– y me castiga en consecuencia. Sería de poca utilidad alegar que yo no soy mi cuerpo, y que lo que esta mano hace no es de mi incumbencia. En el mejor de los casos, acabaría encontrándome en un hospital para criminales perturbados en lugar de en la cárcel.

2. SER EN EL CUERPO

Yo puedo continuar explicando que esta identificación de sentido común con el cuerpo no es más que una ficción social útil –acaso indispensable–, y que la verdad es que yo *no* soy mi cuerpo y nunca he sido mi cuerpo. En lugar de ello, yo soy *en* mi cuerpo. De todos modos, lo que significa esto no está muy claro para mí. Presumiblemente, lo que quiero decir es que yo soy algún tipo de espíritu, o duende, o espectro que está temporalmente atrapado o entumbado en algún lugar dentro de estos sesenta y cinco kilos de carne y sangre. ¿O soy yo por todas

partes en la cosa, excepto en unas cuantas partes insignificantes como las uñas y el pelo? En ese caso, yo soy un prisionero con forma de prisión, y un caso sorprendente de hacinamiento. En cualquier caso, parece que yo soy un fantasma muy misterioso que anima este cadáver muy misterioso de una manera muy misteriosa, y que se cuenta a sí mismo la siguiente historia:

«Desde el nacimiento yo he estado encarnado, confinado en esta “casa de arcilla”. Pero pronto se romperá y “soltará al espíritu”, y yo seré libre. Entonces me sucederá una de estas cinco cosas. Yo puedo romperme al mismo tiempo. O puedo demorarme por un tiempo, rondando la casa en la que vivía o en el cementerio donde mi cuerpo fue enterrado, antes de que finalmente llegue el fin. Puedo ascender a mi feliz casa en el cielo. Puedo descender a un lugar menos confortable. O, finalmente, puedo buscar otra “casa de arcilla” para habitar –un bebé recién nacido, quizás–». Incumbe a cada uno conjeturar cuál de estas cinco posibilidades sucederá. Un estado de cosas incierto y no muy satisfactorio, pienso que usted estará de acuerdo. Así pues, pasemos ahora a nuestra tercera alternativa.

3. SER FUERA DEL CUERPO

De acuerdo con esta tercera visión, yo ni soy *mi* cuerpo ni soy *en* él. Al contrario, él –junto con el resto de mi mundo– está *en mí*. Ninguna conjetura esta vez, ningún conformarse a las ficciones sociales: veo claramente que yo no soy esta cosa-cuerpo ni su habitante. Yo soy nada. Estas sensaciones de calor y presión y dolor y placer, estos sabores y olores y tactos y sonidos, estas formas coloreadas en movimiento que llamo mis manos y pies, esa curiosa criatura que me mira fijamente desde de mi espejo, y todo lo demás –¿qué son sino un espectáculo que pasa en el Espacio omniabarcante que yo soy?–. Son como bandadas de pájaros que vuelan a través de mi Aire sin dejar ningún rastro, como bancos de peces que nadan en mi Océano sin levantar ninguna ola, como una sucesión de actores que aparecen en mi televisión y desaparecen de nuevo sin dejar nunca una marca en ella.

«Muy bien», puedo oírle decir, «pero usted *me* prometió una experiencia fuera del cuerpo».

Héla aquí, precedida por una advertencia. Yo no he prometido una experiencia cumbre, ni una experiencia mística, ni algo fuera de lo ordinario.

Mire la mano que está sosteniendo ahora el libro abierto en esta página, y conteste, según la evidencia presente y tan honestamente como sea posible, las siguientes preguntas:

¿Estoy yo dentro de ese pulgar pero fuera de la página que está sujetando?

Si es así, ¿cómo es estar ahí? ¿Oscuro, húmedo, pegajoso?

¿Tengo yo alguna información desde dentro sobre la estructura o componentes de ese pulgar o esa página, o es un hecho que no estoy en situación de tenerla?

Si yo estoy fuera de ese pulgar y mano y brazo y del resto de mi cuerpo, ¿cuán grande soy yo?

¿No soy yo sin límites ni fronteras?

Pienso que puedo oírle decir: «De acuerdo. Hasta aquí le sigo. Sin embargo, yo soy más dentro de mi cuerpo que del suyo».

«No esté tan seguro de eso», le respondo, «hasta que usted haya efectuado el siguiente experimento».

Entremezcle sus diez dedos con los de un amigo, así:



Examine cuidadosamente el resultado, y conteste, según la evidencia presente, estas preguntas:

¿Estoy yo más en alguno de esos dedos que en los otros?

¿O están todos ellos igualmente en mí?

¿Incluyendo los que duelen cuando son pellizcados y los que no?

Al estar en la línea de los asuntos espirituales, ocasionalmente se me pregunta sobre mis experiencias fuera del cuerpo. Yo sólo puedo responder que estoy teniendo una justo ahora, y que nunca he tenido ninguna otra. Lo que es más, encuentro difícil imaginar cómo sería una experiencia *en* el cuerpo. Todavía estoy buscando a alguien que me lo diga. ¿Y usted?

No nos engañemos a nosotros mismos. Este capítulo no describe tres maneras en las que podemos relacionarnos con el cuerpo –*ser* este saco de recursos sumamente complejo, o *estar* en él, o *contener-Le*–. Hay sólo una manera. Nosotros no tenemos opción. Sólo la última de estas tres maneras se aplica a uno mismo, o tiene sentido. Las otras «maneras» son cosas oídas, dogmas sin examinar, de hecho verdaderas mentiras sobre uno mismo que uno ha sido demasiado perezoso o demasiado tímido para cuestionarlas. Nunca es práctico ni saludable vivir desde una mentira del tipo que sea, pero cuando esa mentira es sobre la Naturaleza esencial de uno –¡Vea! ¡O mejor dicho, vea dentro!–. Preste atención, como si fuera la primera vez, al único Lugar en el mundo que sólo usted está en situación de inspeccionar, al Punto sobre el que sólo usted tiene información desde dentro, y presencie su inmediata explosión a dimensiones universales. Vea por usted mismo. No me crea sin más. En este momento, ¿está usted encarcelado en una prisión sin aire, completamente sólida, de muro a muro? ¿O es usted sin límites y libre, tan vastamente abierto y ligero que todos los vientos de Dios soplan a través de usted? ¡Qué sorprendente es que usted haya imaginado alguna vez otra cosa!

No obstante, en este punto, usted puede suscitar lo que parece una objeción muy seria: «Descartar, cuando no desechar enteramente el cuerpo en favor de la mente y el espíritu, (como tantos han hecho, y usted parece estar haciendo en este capítulo) debe ser malo para el cuerpo –cuando no para los otros también–. Sensible a la crítica adversa, el cuerpo detesta ser mortificado y probablemente se desquite con enfermedad y vejez prematura».

En respuesta, permítame señalar una nota personal –una nota en primera persona–. Durante los últimos cincuenta años he descubierto que cultivar el hábito de ver que uno está limpio de su cuerpo, lo honra y refresca y vigoriza, y mi observación de otros respalda esta visión. De modo que –paradójicamente, si usted quiere– uno deviene *más* físico, más vivo y alerta, y

el proceso de envejecimiento se hace más lento. ¿Por qué es eso así? La respuesta es muy simple. Porque es la manera de la Naturaleza, porque ella se atiene a la evidencia. Y basarse en los hechos dados más bien que en preconcepciones es siempre una política sana.

La razón por la que usted era mucho más ágil a los cinco años de lo será (o es) a los cincuenta y cinco es que usted todavía no había aprendido a habitar su cuerpo y controlar sus movimientos. En lugar de interferir en su maravilloso saber hacer, usted le dejaba darse a su trabajo. ¿Por qué un gato se mueve con tanta gracia sin equivocarse nunca de pata? Porque, para sí mismo, no es en absoluto un gato, ni está empaquetado en un contenedor con forma de gato. Porque es sin límites, no ocupado por sí mismo sino ocupado con ratones y pájaros y otros gatos, y la leche que regularmente aparece en su plato. En resumen, porque su vida es una gran experiencia fuera del cuerpo.

Para nosotros también, una experiencia fuera del cuerpo ocasional está lejos de ser suficiente. Para que la experiencia sea plenamente operativa necesita acercarse a la del gato, que es constante y sin conciencia de sí mismo. Mientras tanto se trata de practicar deliberadamente. Curiosamente, se practica aventurándose repetidamente dentro de su cuerpo, y descubriendo ahí su claridad sin límites y la sorprendente ausencia de toda esa anatomía. Para nosotros, humanos, encarnación es excarnación, y la salida del cuerpo es la entrada. En efecto en las alternativas (1) Ser el cuerpo y (2) Ser en el cuerpo, era la noción de que, en y para uno mismo, uno es una cosa limitada atestada de un montón de cosas aún más limitadas. Corrija la noción falsa de que usted es un caso del arte del taxidermista, y encontrará que las tres alternativas vienen a ser la misma cosa. Que no es una cosa en absoluto, sino la capacidad inmensa y brillantemente consciente para todo bajo el sol y sobre el sol.

Una última pregunta que usted querría hacer: «Si la creencia de que yo soy, o estoy alojado dentro, de esta “carne tan, tan sólida” es una mentira tan perjudicial, ¿cómo es que nosotros –los millones que estamos tan seguros de su verdad– nos las arreglamos tan bien como lo hacemos? ¿Puede usted estar seguro de que ella nos hace tanto daño? Debe haber algo bueno que decir sobre una ficción tan universal y tan útil que es virtualmente indiscutible. *Vox populi, vox Dei*».

A lo cual yo respondo: la *Vox Populi* –alias sentido común– es el megáfono que proclama todos los engaños que asolan a nuestra especie, y lo que hemos estado examinando es funda-

mental. En cuanto a la *Vox Dei*, escuche a los veedores de Dios que son Sus portavoces, tales como Ramana Maharsi:

- ¿Está usted en el mundo, o está el mundo en usted?
- El hombre se considera a sí mismo limitado y ahí surge el trastorno. La idea es falsa. Él puede verlo por sí mismo.
- «Yo soy el cuerpo» es la causa de todo el mal. Este engaño debe desaparecer. Eso es Realización.
- La aflicción existe sólo mientras uno se considera a sí mismo una forma definida.
- La identificación del Sí mismo con el cuerpo es la esclavitud real.
- Descubra si usted es físico.
- La persona embebida en la idea «yo soy el cuerpo» es el mayor pecador y es un suicida.

Nada de esto es para creer. Todo es para comprobarlo. ¡Vea por usted mismo!

LA PUNTA DE AQUÍ¹:

LA CIENCIA DE LA LIBERACIÓN Y LA LIBERACIÓN DE LA CIENCIA

La ciencia profundiza en las cosas. Pero no con suficiente hondura –hasta ahora–. Más allá de la mente y de lo que queda de materia hay una profundidad que, aunque central y perfectamente accesible, permanece ignorada e inexplorada. Usted y yo juntos –en la próxima media hora– volveremos el proyector de la ciencia sobre esos profundos cimientos que hasta ahora han estado ocultos para todos excepto para los grandes contemplativos. Almas raras y dotadas que, no obstante, al carecer del método y las herramientas y el lenguaje de la ciencia, fueron incapaces de presentar sus descubrimientos como los hechos fácilmente verificables que son. El resultado es que este nivel fundamental de nuestra Naturaleza es abandonado a miedos supersticiosos y la más letal de las asunciones falsas. ¡No es el tipo de base sobre la que construir una vida bella!

La necesidad de cimientos firmes es obvia. Los defectos en ellos se vuelven pronto muy evidentes en la superestructura. Nosotros vivimos sobre el suelo, en la luz, por supuesto, pero la cualidad y la seguridad de la vida ahí reposa sobre lo que hay debajo del suelo en la oscuridad. La gigantesca superestructura de nuestra vida se está desmoronando debido a que mucho de ella está construido sobre arenas movedizas –sobre arenas movedizas no examinadas, además–. En lenguaje llano, son las asunciones básicas que usted y yo nos hacemos sobre nosotros mismos y sobre nuestro estatus en el mundo –y por ende sobre el mundo en sí mismo– las que son el trastorno.

Ellas se resumen en una asunción universal pero bien oculta: *Yo soy lo que parezco*. Estas cinco pequeñas palabras son suficientemente grandes como para responder a toda nuestra situación. Ellas lo dicen todo. O, para elaborarlo un poco más: *Yo soy aquí, para mí mismo, lo que le parezco ahí, a usted* –¡como si nuestra distancia no constituyera ninguna diferencia!–. En este cenagal es donde usted y yo tratamos de construir nuestra vida. No hay que sorpren-

¹ «La punta de aquí» indica el lado del sujeto, «La punta de ahí» indica el lado del objeto

derse de que se resquebraje. Para volverlas sanas y salvas, debemos reconstruirlas sobre la roca de *yo soy lo que veo que yo soy aquí; lo que usted ve es sólo una de mis apariencias regionales*. Sólo yo, en el centro, estoy en situación de decir *de qué* son apariencias esas miríadas de apariencias, y cuán diferentes son *todas* ellas de la única Realidad que es su origen, *desde* la que yo estoy mirando. Sobre esto yo soy la única autoridad final. Yo tengo dentro información denegada a todos los que están fuera.

La cuestión que estamos planteando no es lo que usted y yo sentimos o comprendemos sobre nosotros mismos –que es ampliamente lo que el mundo comúnmente siente y comprende– sino lo que nosotros vemos claramente una vez que nos atrevemos a mirar. Nuestros sentimientos y pensamientos son las brumas siempre cambiantes que giran sobre la roca de lo que nosotros somos realmente. Construir sobre ellos es peor que construir sobre arena. Es construir castillos en el aire que, por impresionantes que sean, son inhabitables.

Yo le estoy invitando a usted a dudar de lo que el mundo le dice sobre su identidad, y a que se mire a usted mismo con una mirada nueva. Lo mismo que yo soy la única autoridad final sobre lo que yo soy para mí en el centro, así también usted es la única autoridad final sobre lo que usted es para usted en el centro, en su propia experiencia de primera mano justo ahora, cuando usted abandona todas las presuposiciones y es veraz con usted mismo.

Es decir, cuando usted enfoca nuestro tema –que es *el Sujeto*, usted mismo como Primera Persona– de una manera completamente científica.

El método de la ciencia tiene seis ingredientes principales, variando las proporciones de un caso a otro:

1. *Una hipótesis*, una teoría o sospecha, que puede ser sobre prácticamente cualquier cosa, provisto que pueda ser enunciada claramente y probada por experimentos y refinada y desarrollada. Y eso incluye la antigua proposición cuya verdad usted está ahora a punto de verificar –la pasmosa proposición de que usted es lo opuesto mismo de la cosa pequeña, agitada y efímera que usted parece ser cuando es visto desde ahí fuera–.

2. *Un desafío* a las asunciones prevalecientes –menos educadamente, supersticiones–. Atreviéndose a dudar y a desafiar a la Autoridad e incluso bromear a su costa.

3. *Aparatos o instrumentos* para agudizar los sentidos de uno y hacer el proceso de prueba más riguroso.

4. *Observación o mirar para ver*. Es decir: confianza en lo que usted percibe en lugar de en lo que usted concibe, en la investigación en lugar de en la especulación ociosa y verbosa. Atenerse a lo que es presente para usted ahora, en lugar de a lo que pertenece a otras personas y lugares y tiempos. Contar con lo que usted puede contar y cuantificar, lo que incluye cero y equis, cero e infinito, así como todo lo que hay entre ambos.

5. *Predecir las consecuencias* que deben seguirse de su teoría. Por ejemplo el retorno del Cometa Haley en 2060, o lo que usted puede esperar encontrar cuando, girando su atención 180°, usted observa al observador del Cometa Haley.

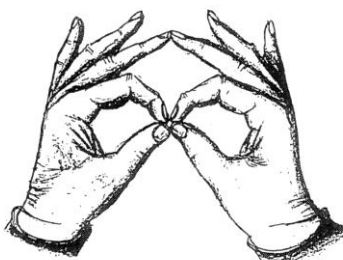
6. *Una formulación y coparticipación de sus descubrimientos*, para la verificación por otros. Invitar a amigos selectos a repetir los experimentos y comparar sus hallazgos con los suyos.

Yo no sólo le estoy pidiendo que lleve a cabo nuestras pruebas o experimentos siguiendo estos seis principios, sino que también le voy a proporcionar los aparatos necesarios –así pues, no hay ninguna excusa para posponerlos–. Excepto, por supuesto, nuestra inmensa resistencia a lo Dado, lo Evidente, lo Simple, tan pronto como ellos desafían las asunciones básicas por las que vivimos. Solo leer estos experimentos (diciéndose a usted mismo que usted sabe lo que vería) es errar el blanco y unirse a las fuerzas de la superstición. Y si al comienzo parecen raros, por no decir tontos, no hay que sorprenderse. Este campo nuevo de investigación científica requiere herramientas nuevas para su cultivo. Durante mucho tiempo, por supuesto, vendedores dedicados han estado viendo lo que es SER EN EL CENTRO, pero ésta es la primera aplicación del séxtuple método científico al más fundamental de los proyectos de investigación. La primera vez que la ciencia de los objetos ha incluido al científico mismo como Sujeto, diligentemente y desde el comienzo, en lugar de relucientemente, y cuando es forzada por los hechos a comenzar a tenerle en cuenta. *El resultado inmediato de esta extensión de la ciencia es que la clara visión de nuestra Naturaleza esencial (verla es verla como ella es) puede ser tenida a voluntad y compartida inmediateamente y con certeza con cualquiera que esté interesado*. Por ejemplo, con usted, en los siguientes minutos.

PRUEBA 1. CONTAR OJOS

No es el mundo el que *le dice* que usted le está mirando a través de dos pequeñas mirillas en una suerte de bola de carne superior. No lo necesita. Nadie duda esto. ¡De todas las cosas evidentes, ésta es la más evidente! Ahora bien, ¿es esto así?

Para este experimento usted necesita un instrumento científico llamado «abre ojo», que usted puede fabricar con sus dedos, así (ver el dibujo siguiente):



Ahí hay dos imágenes enmarcadas, dos ventanas, cada una de alrededor de 4 centímetros. Pero su ver tiene lugar más cerca de casa, aquí. Así, lenta y atentamente póngase su «abre ojo», como un par de gafas, observando qué le pasa a esas ventanas cuando lo hace. Entonces, baje sus manos...

...¿Qué ha ocurrido? ¿Se han fundido –se funden todavía– en una única ventana? Si es así, ¿está cerrada, o entreabierta, o completamente abierta? ¿Cuán grande es, cuántos centímetros mide? ¿Tiene algún marco, algún límite en absoluto? Según la evidencia presente, ¿no es usted este Único Ojo (vamos, usted puede contar), esta vasta abertura al mundo inmaculada e infinita? ¿Es esto algo parecido a ese par de ventanucos gelatinosos a cuyo través usted está mirando al mundo, según ese mismo mundo?

PRUEBA 2. ENMARCAR LA IMAGEN.

PARTE UNO

Nuestro instrumento para este experimento es llamado mesoscopio. A diferencia de un telescopio que es un instrumento unidireccional para observar objetos lejanos tales como estre-

llas, y de un microscopio que es un instrumento unidireccional para observar objetos cercanos tales como células, éste es un instrumento bidireccional para observar simultáneamente objetos a media distancia tales como la gente, *junto con su observador*. Usted necesitará también un espejo, y si es posible, un amigo cerca.

Enmarque su cara con sus manos, así:



Sus palmas deben estar verticales. Sus dedos deben estar horizontales y apoyados en su frente.

¿No es a lo que usted está *mirando* –es decir, mi dibujo– enteramente diferente de eso *desde* lo que usted *está mirando*? ¿No es cierto que, para usted y según la evidencia presente, sus manos no están enmarcando en absoluto una cara? ¿No están enmarcando espacio, solo espacio vacío que es agudamente consciente de sí mismo como capacidad para la escena de delante?

Ahora utilice su mesoscopio de la siguiente manera. Con sus manos en la misma posición, vaya hacia el espejo en la pared y observe a ése ahí cuyas manos sí enmarcan una cara – la cara que usted tiene el hábito de llamar suya–.

¿Hay alguna similitud entre las dos «caras» expuestas en su mesoscopio –una en la punta de ahí, tan opaca, y la otra en la punta de aquí, tan transparente–? ¿Entre esa *a* la que usted está mirando y ésta *desde* la que usted está mirando? ¿No es la de *aquí* lo que usted es en su centro, su Realidad, mientras que la de *ahí* es lo que usted parece *ahí* afuera –de hecho, sólo una de sus incontables apariencias regionales–?

Tómese un poco de tiempo para observar más diferencias entre estas dos imágenes enmarcadas...

...Bien, ¿cuántas de las siguientes encontró?

1. Una es opaca, coloreada, estructurada y compleja. La otra es transparente, incolora, llana, simple y uniforme.

2. Una, teniendo el mundo como trasfondo, no puede hacer cara al mundo, la otra debe hacerle cara.

3. Una le distingue y le aparta a usted de todo el resto. La otra, no teniendo marcas distintivas personales, abraza todo, le une a usted a todo.

4. Una está visiblemente construida para resistir la invasión y exponerse sólo a sí misma. La otra está visiblemente abierta a lo que quiera que se presente.

5. Una tiene equis años. La otra tiene cero.

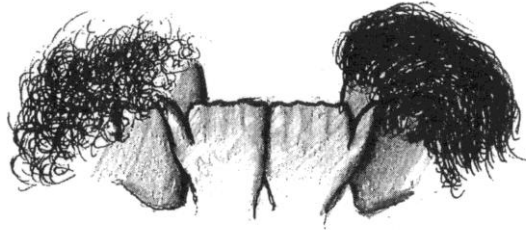
6. Una, sin ojos, es el veedor. La otra, con ojos, es lo visto.

7. Una parpadea, destruyendo y recreando con ello la escena a voluntad. La otra, incapaz de parpadear, no tiene ese poder.

Ahora haga que su amigo le lea en alto, muy despacio, estas siete proposiciones bidireccionales, mientras usted está de nuevo frente al espejo, marco vacío frente a marco lleno. Asegúrese de cuántas de las siete se aplican a usted personalmente, a usted que es el único que está en una situación de probar si son verdaderas o falsas. ¿Por qué no confiar ahora en lo que se muestra claramente y sin palabras, en lugar de en los mensajes verbosos y confusos que usted ha estado recibiendo de extraños toda su vida —extraños que carecen de la necesaria información interior—? ¿Por qué no tomar los datos seriamente en su valor —el valor de esa cara *ahí*, en la punta de ahí de su mesoscopio y el valor completamente diferente de esta «cara» justo *aquí*, donde usted es en la punta de aquí—?

PARTE DOS

En este experimento su amigo reemplaza a ése en su espejo. Enmarcando su cara con sus manos lo mismo que está haciendo usted, él le confronta (a usted): de modo que, vistos desde fuera del mesoscopio, ustedes se ven así:



Visto desde dentro, sin embargo, ¿a qué se parece usted, cuando abandona todas sus preconcepciones? Según la evidencia presente, ¿cuántas caras hay ahí? Si es una, ¿dónde está? ¡No pretenda que usted no puede localizar cosas, y por eso no puede contar! ¿Está usted cara a cara ahí, o cara a espacio? Atrévase a ser su propia autoridad: sólo usted está en situación de resolver la cuestión. ¿Puede usted imaginar lo que sería en su caso confrontar a alguien cara a cara, simétricamente, con una masa de materia aquí (donde usted está) para mantenerle fuera? Si ése es su caso, ¿está oscuro en esa masa, congestionado, pegajoso? ¡Sea sensato! ¿Ha solidificado nunca, ni por un solo segundo, eso *desde* donde usted está mirando? No le estoy preguntando lo que usted siente o comprende, sino lo que usted ve.

¡Ay!, nosotros no vemos lo que vemos, sino lo que el Gran Hermano nos dice que veamos. Afortunadamente, sin embargo, él es corto de entendederas. Él todavía no ha extendido su dominio hasta incluir nuestro mesoscopio, de modo que nosotros somos libres de entrar en él y ver lo que es. ¡Rápido entonces, antes de que se apodere de este especialísimo instrumento de descondicionamiento!

Pero, por supuesto, una mirada a la claridad que está enmarcada en la punta de aquí –lo que es la propia Casa– no será suficiente para exorcizar para siempre la Cosa que ha invadido y rondado su Casa durante toda su vida adulta. Aunque se desvanece bajo inspección estrecha, vuelve en el instante en que su atención flaquea. Es su fantasma, su doble, y si usted no le echa sin cesar, él le echará a usted y será la muerte de usted. Pues todas las cosas perecen.

PARTE TRES

Para confirmar su Nada sin muerte y deshabitada en el centro, invite a su amigo a VENIR Y VER. Idealmente, él debería ser un superhombre del espacio, equipado con instrumentos ópticos y electrónicos para verle a usted desde todas las distancias, desde años luz a nanómetros. Pero en cualquier caso él debe ser capaz de acercarse lo suficiente para perder prácticamente todo rastro de usted. El paso final se lo debe dejar a usted, que es el único que puede hacer todo el camino de vuelta a casa, al lugar que usted nunca ha dejado realmente, donde el veedor es lo visto y usted coincide con usted, donde no queda nada que perezca, donde usted ya no es excéntrico. Y donde la Nada que usted es envuelve las muchas cosas (que van desde una galaxia, un sistema solar, un planeta, un humano, una célula humana, moléculas, átomos, hasta las más vacías casi no-cosas) que usted parece ser.

Y así, entre los dos, ustedes establecen una ciencia acogedora y de mente abierta que ya no deja más al científico como Primera Persona afuera en el frío, sino que desde el comienzo acomoda al Sujeto tan confortablemente como al objeto.

PRUEBA 3. LOCALIZAR EL MOVIMIENTO

El mundo no le *dice* a usted que él permanece cortésmente quieto mientras usted se apresura alrededor de él. Que en la carretera es *usted* quien está viajando hacia el norte por el carril rápido de la autopista, y *no* esas montañas y colinas y árboles y casitas y postes telegráficos los que están viajando hacia el sur en los carriles lentos y medios y rápidos del mundo. No necesita decírselo. ¿Quién duda esto? ¡Es evidente! Ahora, ¿es esto así?

Bien, veamos. Su aparato esta vez es un detector de movimiento. Usted lo construye así:



Manténgalo a 20 centímetros a la altura de de sus hombros, con un dedo apuntando a lo que ve y el otro apuntando a lo que es visto. Ahora rote en el sitio en el sentido de las agujas del reloj, preguntándose a usted mismo *¿qué dedo está apuntando a lo que de hecho está rotando?* ¿Es usted o la habitación –techo, puerta, ventanas, cuadros en la pared– los que giran velozmente en el sentido contrario a las agujas del reloj, según la evidencia presente?

¿Ha sido la evidencia diferente alguna vez? ¿Puede hacer usted algo para cambiar los papeles, y poner al veedor en movimiento en lugar de lo visto? Si no es así, ¿no es este descubrimiento científico suyo grandiosamente diferente de lo que el mundo le dice sobre usted mismo y las cosas que usted hace? ¡Despierte, hágase justicia! Establezca su vida sobre una base singularmente estable.

He aquí, como son expresados por maestros hindúes, budistas, griegos, judíos, cristianos y musulimes, y por un notable físico, varios aspectos de la hipótesis que hemos estado probando: la cual (permítame recordarle) es que usted y yo somos lo opuesto mismo de lo que el Sentido Común, es decir, el lava cerebros jefe del Gran Hermano, insiste que somos:

Katha Upanishad: Dios hizo los sentidos vueltos hacia fuera, por lo que un hombre mira hacia fuera, no a sí mismo. Pero de tiempo en tiempo un alma audaz, deseando la inmortalidad, ha mirado atrás y se ha encontrado a sí mismo.

Hui-Hai: ¿Perciben los ojos y los oídos? No. Tu propia Naturaleza de Buda, siendo esencialmente pura y absolutamente quieta, es capaz de esta percepción.

Aristóteles: Dios es el motor inmóvil del mundo.

Zohar: Bendita es la persona que abandona completamente su alma para que el nombre de Dios habite en ella y establezca en ella su trono de gloria.

San Basilio el Grande: El hombre es una criatura que ha recibido la orden de ser Dios.

Ibn Arabi: Sólo Dios tiene ver y oír.

Erwin Schrödinger: La Consciencia es un singular cuyo plural es desconocido.

Tomemos estos términos dificultosos: a saber, Sí mismo, Naturaleza de Buda, Consciencia y Dios como el Uno que se percibe a Sí mismo ser la Nada trascendente de la individualidad, sin cambio, sin edad, sin límites y sin movimiento que es el veedor y movedor y contenedor de todas las cosas que se ven; el Uno Fidedigno, el Enteramente Predecible. (En contraste, el espantoso duende de la incertidumbre arruina todo en la punta de *ahí*: hay una docena de razones para que el Cometa Halley quizás no vuelva). Dada esta definición yo le pregunto: ¿está probada nuestra hipótesis? Puede usted rechazar razonablemente la tradición perdurable de que usted –sí Usted, como es revelado a Usted mismo en la punta de *aquí* de todos los instrumentos y situaciones– no es ningún otro que el Augusto, lláme-Lo Eso, o Ella, o Él o por cualquier nombre que usted quiera?

Y así, esta audaz incursión de la ciencia en el campo de la religión no sólo las hace las mejores amigas, sino que las une en un sagrado matrimonio que puede ver por usted mismo que ya es fructífero. Pero si todavía sospecha que usted es humano después de todo, ¿por qué no llevar a cabo unas pocas de nuestras pruebas? Hacen en total unas veinte, hasta ahora, y hacen llamada a otros sentidos además de la visión. Usted encontrará instrucciones completas sobre cómo hacer la mayoría de ellas en mis libros.

Como experimentos científicos, por supuesto, nuestras pruebas permanecen frías y desinteresadas y en punto alguno sagradas. Conciernen únicamente a los fundamentos, a nuestras bases de hechos brutos y obstinados que son siempre fáciles de verificar. No a sus consecuencias personales o sociales o sus implicaciones religiosas o filosóficas, las cuales pertene-

cen todas a la cálida y nebulosa superestructura de nuestro mundo, donde los «hechos» son maleables y donde nada es tajante o exacto, y donde usted tiene derecho a su opinión como yo, quizás, a tener la opinión contraria. Pero es aquí donde vivimos, y donde naturalmente observamos el significado y las consecuencias de nuestros descubrimientos básicos. El sentimiento emergente, la emoción, la curación, el beneficio siempre cambiante. Por ejemplo, habiendo descubierto, cortesía de nuestro mesoscopio, que yo estoy construido *abierto* para usted, yo puedo proseguir proclamando –cantando y gritando– que yo estoy construido para *amarle*, que el espacio que yo soy no es nada sin usted –usted, justo como usted es– para llenarlo, y que nuestra confrontación es la mentira que ya no funcionará ni arruinará más nuestras vidas. Igualmente, en la carretera, al despertar al fin al hecho claramente evidente de que es el paisaje y nunca mí mismo el que se mueve frenéticamente, puedo encontrarme a mí mismo saboreando una nueva y placentera tranquilidad. También nuevos poderes: ¿*Quién* es el que, en lugar de conducir su Land Rover, se encuentra a sí mismo conduciendo su Tierra? O también, al dejar de ignorar el Ojo Claro con el que yo he visto siempre el mundo, yo estoy totalmente equipado para redescubrir el brillo matutino del mundo, los vívidos colores y sonidos y olores y sabores en los que me regocijaba cuando era niño. Y también (y por encima de todo), cuanto más firmemente miro al Uno que es lo más próximo y lo más claro, tanto más es lo más querido, más mí mismo que mí mismo, el Recurso que *realmente* nunca falta. El Uno Completamente Despierto que –aunque enteramente acogedor y evidente y transparente– me llena de adoración y de maravilla ante el misterio de su auto-originación. ¿Quién pondrá límites a las brillantes bendiciones que pueden surgir de nuestro creciente darnos a confiar en lo que vemos, en lugar de en lo que se nos dice que veamos?

Sí, por supuesto, la fabulosa superestructura de nuestro mundo es muy importante. De ahí nuestra inquietud por su caída –no por falta de cimientos sólidos sino por nuestro fallo al reconocerlos y construir sobre ellos–.

Hace cuatrocientos años, Galileo Galilei, junto con un puñado de intelectuales europeos, sucumbieron a un ataque de niñería, de idiotez inspirada. Abandonando su saber, se fiaron de sus sentidos. Para descubrir lo que estaba sucediendo se atrevieron a *mirar* en lugar de *mirarlo* en la Biblia o Aristóteles o los Padres de la Iglesia, o *pensarlo* en sus estudios. De hecho, para mirar y ver, por ejemplo, si las piedras pesadas caen más rápido que las ligeras. ¡Esta única palabra MIRAR! fue suficiente para desencadenar la revolución científica que ha transformado nuestras vidas más allá de reconocimiento –para mejor y para peor–. Y ahora, cuatro

siglos después, necesitamos desesperadamente invocar la misma palabra mágica, pronunciar el mismo encantamiento, pero extendiéndolo a ¡MIRAR EN REDONDO! El hábito bien intencionado pero sobreestimado de escudriñar lo que se da en la punta de *ahí* de nuestro instrumento, por cada pequeño atisbo de lo que podría haber en la punta de *aquí*, no es en absoluto un sustituto de mirar *aquí*, de la sencilla proeza de girar la mirada sin girarse uno mismo. Ha llegado el tiempo de prestar atención a lo que se da *simultáneamente* en *ambas* puntas de nuestros telemicro-mesoscopios, para una visión panorámica en lugar de una visión de túnel. Gracias a Galileo y sus sucesores, la superstición está desapareciendo en la punta de *ahí*, pero crece tanto más en la punta de *aquí*, a la que bloquea con una cosa ficticia que observa – ¡como si una *cosa* pudiera observar algo, o acoger y responder a cualquier apariencia sin desaparecer en su favor, o recibir la imagen sin ser la pantalla!–.

Y así, esta profunda y vasta región dominada por la superstición es abierta a una ciencia que hasta ahora, y con buena razón, ha insistido en que la subjetividad es el enemigo de la objetividad. ¡Qué oportunidad para que la ciencia dé rienda suelta al fin a su propio espíritu espléndidamente desinhibido que es una humildad total e imparcial de cara a *toda* evidencia, venga de *cualquier* dirección que venga, dada a *ninguna* distancia del observador! Después de todo, no es como si la promesa de precisión y predecibilidad y practicabilidad, además del «¡ooh!» del descubrimiento sin fin, tuvieran que ser encontradas sólo en la punta de *ahí* de nuestro instrumento, en el objeto y nunca en el Sujeto. Y la razón por la que podemos ser confiadamente objetivos sobre el Sujeto es que, en nuestro nivel más profundo, nos encontramos fundidos en la Primera Persona del Singular que, como científico por excelencia, se toma a sí mismo como su espécimen más penetrable y revelador.

Ciertamente, es de esperar que una visión unidireccional, que abarca solo la mitad de la escena como mucho, encuentre en ella todo tipo de oscuridades, callejones sin salida y contradicciones que la otra mitad podría iluminar, abrir e incluso despejar. Un ejemplo notable es el enigma del estatus cósmico del científico mismo, que hemos tratado en este artículo. En *The Science of the First Person* doy algunos otros: De hecho, treinta y siete ejemplos de cómo la visión de 360° puede dar sentido a los sin sentidos que plagan la visión de 180°, por no mencionar ángulos más estrechos.

Y no sólo dar sentido sino hacer historia. La atención bi-direccional sistemática puede desencadenar una revolución aún más radical que la desencadenada por Galileo y sus con-

temporáneos, y ciertamente una revolución más amistosa con el medio ambiente, con las especies y con las personas. ¿Ocurrirá? Hay razones para la esperanza. Aquellos que están instigando la revolución científica bidireccional son ya al menos tan numerosos y dedicados como aquellos que instigaron la revolución científica unidireccional a partir del siglo dieciséis. A los antiguos motivos de curiosidad y utilidad práctica, además hay que añadir el nuevo motivo de necesidad severa, de la lucha de la Humanidad por sobrevivir a sus tendencias suicidas. Cada día deviene más claro que «debemos amarnos los unos a los otros o morir».

Éste es el desafío al que nos enfrentamos. ¿Le daremos o no una oportunidad al amor, dejando de negar que en el fondo nosotros estamos contruidos para él? Nuestros verdaderos cimientos están maravillosamente sanos. ¿Construirá usted, construiré yo, de forma segura sobre ellos, o continuaremos construyendo precariamente sobre un cenagal de mentiras? ¿En particular, sobre la mentira *yo no soy lo que yo soy, que veo que está completamente abierto para usted, sino lo que yo parezco, que no lo está?*

Esta mentira monstruosa, pero raramente desafiada, es lo que el Gran Hermano me advierte que debo creer –o si no...–. Sí, él también tiene sus aparatos, sus instrumentos de persuasión. Confrontó a Galileo con suplicios y torturas, forzándole a retractarse. Actualmente, sus técnicas –que recaen en nuestro miedo bien fundado de que mirar dentro es desaparecer, y nuestro miedo sin ningún fundamento de que esto significa la aniquilación– son más sutiles y eficientes. Sin embargo el intrépido espíritu de la ciencia arde brillante y claro en todo aquel que ve que desaparecer como una cosa particular es reaparecer instantáneamente como la Nada que es la Casa imperecedera de todo lo que perece, y que morir ahora es no morir nunca.

En la punta de aquí, y definitivamente, la ciencia de la liberación y la liberación de la ciencia son inseparables.

EL VERDADERO VER, EL ETERNO VER (II)²

Ver en nada es el verdadero ver, el eterno ver

SHEN-HUI

ESTE ver es, simplemente, una cuestión de girar la flecha de la atención de uno. La *Katha Upanishad* lo expresa de esta manera: «Dios hizo los sentidos vueltos hacia fuera. El hombre por lo tanto mira afuera, no dentro de sí mismo. Pero ocasionalmente un alma atrevida, deseando la inmortalidad, ha mirado atrás y se ha encontrado a sí mismo.

Contrariamente, sin duda, a la primera impresión de uno, no hay ningún ver, ninguna experiencia remotamente parecida a este ver en nada justo donde uno es. He aquí cinco de sus características únicas e inmensurablemente preciosas.

Primera, aunque a través de los siglos este ver se ha vuelto la cosa más difícil del mundo, es de hecho la más fácil. La más cruel de las bromas pesadas, el más impío de los timos piadosos, ha engañado a incontables buscadores fervientes. El tesoro de los tesoros en cuya búsqueda se agotaron es de hecho el más accesible, el más expuesto y llanamente evidente de los descubrimientos, brillantemente luminoso y a la vista todo el tiempo. La descripción que da el Buda del Nirvana en el Canon Pali, como «visible en esta misma vida, acogedor, atractivo, accesible», tiene perfecto sentido. Lo mismo ocurre con el cáustico comentario del maestro zen Huang-Po de que uno debe estar completamente ebrio para no ver esto. Lo mismo ocurre con la afirmación del maestro zen Ummon de que el *primer* paso en la vía del zen es ver en nuestra naturaleza vacía: deshacerse de nuestro mal *karma* viene después. Luego está la insistencia de Ramana de que es más fácil ver Qué y Quién somos realmente que ver una grosella en la palma de nuestra mano. Todo lo cual significa que no hay condiciones previas para este ver esencial. Para uno mismo, su verdadera naturaleza está siempre a la vista, y cómo se puede pretender lo contrario es uno de los grandes misterios del mundo. Está disponible ahora, justo como uno es, y no requiere que el presunto veedor sea santo, o virtuoso, o instruido,

² La versión I de este artículo está publicada en la *La vía de un metro, Artículos*. Volumen I, Madrid 2010, en esta editorial (Nota de la editorial).

o inteligente o especial de ninguna manera. Más bien al revés. ¡Qué soberbia –y lamentablemente descuidada– ventaja es ésta!

Segunda, solo esto es ver real, el único tipo de ver que es a prueba de inexpertos. Mire y vea ahora si es posible percibir parcial o confusamente el vacío donde usted es. Este ver del sujeto –del único que ve– es una experiencia perfecta y todo o nada, en contraste con el ver de los objetos, tales como esta página cubierta de marcas negras. Una gran parte de la escena se pierde, simplemente no es registrada. De hecho, ver fuera nunca es claro, ver dentro nunca es brumoso, como Shen-Hui implica en la cita que principia este capítulo.

Tercera, este ver profundiza cada vez más. La más clara y «más distante» de las visiones fuera se encuentra que es restringida y superficial –de hecho, es tan fina como el papel– en contraste con la visión dentro, que visiblemente no tiene límites y que prosigue siempre. Penetra hasta las profundidades sin fondo de nuestro ser, hasta el Abismo desde donde surge todo. No es de extrañar que convenza como nada más puede convencer, y que deje al veedor sin ninguna duda sobre su completud. «Ya no hay ninguna necesidad de creer» dice el sufí Al-Alawi, «cuando uno ve la Verdad».

Cuarta, esta experiencia, a pesar de toda su profundidad y misterio, es enteramente comunicable, porque es exactamente la misma para todos –para Buda, para Jesús, para Shen-Hui, para Al-Alawi, para usted y para mí–. Y es inevitablemente así, al ver que esta nada no tiene nada sobre lo que diferir, nada sobre lo que equivocarse, nada idiosincrásico o simplemente personal o privado. ¡Cuán diferente de todas esas otras experiencias que son tan difíciles –si no imposibles– de compartir! Por muy vívidamente que usted me describa y trate de demostrarme sus pensamientos y sentimientos y sensaciones, nunca puede estar seguro que yo estoy entendiendo el mensaje. Usted y yo estamos de acuerdo en etiquetar la rosa como roja, y fragante, y encantadora, y demás, pero la experiencia interior a la que se pone la etiqueta es esencialmente privada, imposible de transmitir con alguna certeza a nadie más. Lo que para usted es rojo para mi podría ser rosa o naranja, o incluso azul. Pero invierta la flecha de la atención y toda esa incertidumbre se desvanece. Aquí y sólo aquí, donde todos comparten una naturaleza común, hay comunicación perfecta, acuerdo sempiterno, ninguna posibilidad de incomprensión. Esta concordia no puede ser sobrevalorada porque es la unanimidad más profunda sobre lo que nosotros –y realmente todos los seres– somos realmente. Y a la luz de este asentimiento básico podemos permitirnos diferir en alguna medida sobre lo que nosotros y

ellos parecemos ser, es decir, sobre las apariencias. Aunque la relación del veedor con los otros se transforme en identidad con ellos, es probable que su humanidad tome una forma única e impredecible. Si alguna vez hubo un grupo de gentes diferenciadas, los veedores están entre los más variados.

Quinta y última, este ver en nada está siempre disponible, cualquiera que sea nuestro estado de ánimo, lo que quiera que sea que uno esté haciendo, sin importar cuán calmado o agitado acontezca que uno esté en ese momento. Es instantáneamente disponible a demanda, simplemente mirando dentro. Esta accesibilidad, cuando se pone plenamente a prueba, puede dejar la vida de uno exteriormente igual, pero interiormente es revolucionada.

Hemos examinado cinco virtudes inestimables de este simple ver, y se ha encontrado que es fácil, a prueba de inexpertos, más profundo que lo más profundo, enteramente compatible y siempre a mano. Pero hay otro aspecto de este espléndido cuadro, una variedad de concomitantes o inconvenientes menos bienvenidos, que ahora debemos examinar.

Algunas de estas desventajas surgen de las ventajas mismas de este ver. Por ejemplo, debido a que es tan evidente, tan disponible y natural y ordinario, es trágicamente fácil menospreciarlo y desecharlo al momento como completamente trivial. De hecho, en la práctica, su inmensa profundidad y poder espiritual son casi siempre ignorados, al menos al comienzo. ¿Cómo, se argumenta, podría ser de mucho valor una realización tan barata (de hecho, es totalmente gratis)? Lo que viene fácil, se va fácil. ¿Qué disciplina moral, qué trabajo espiritual hemos invertido nosotros, por el que ganar un don espiritual que merezca la pena? Por otra parte, además, ésta, la menos costosa de las realizaciones, no viene a nosotros respaldada por ninguna credencial mística, ni refrendada por ningún estallido de consciencia cósmica, por ningún éxtasis. Las campanas del cielo no sólo están en sordina, están deliberadamente silentes. Aquí, de hecho, hay una cima más bien que una cima, una experiencia valle más bien que una de esas famosas experiencias cumbre. «Es un evento prosaico y no glorioso... Aquí no hay nada pintado en colores brillantes, todo es gris y extremadamente modesto e inatractivo». Tales son los escuetos comentarios que el ver en nada inicial de uno es propenso a suscitar, y con razón. Nuestra cita es de D.T. Suzuki, el hombre que trajo el zen a occidente. Está describiendo el *satori*, que es el término japonés para ver en nada, y él sabía por experiencia de lo que estaba hablando. En cuanto a nuestro ganar esta visión, o viajar de algún modo al lugar donde ha de ser tenida, la idea es inválida e insensata. ¿Y por qué? Porque *satori* es simple-

mente dejar de aplicar un ojo ciego a lo que nosotros somos y todos los seres son eternamente, a eso *desde* lo que somos todos los seres vivos, independientemente del mérito, y aparte de todas las gracias místicas –o la falta de ellas–.

La verdad es que tales defectos o inconvenientes –en particular la superficialidad del ver dentro– no son más que malentendidos, prontamente aclarados cuando reunimos el coraje de mirar por nosotros mismos y tomar seriamente lo que encontramos. El inconveniente real es completamente diferente y, a primera vista, parece más grave. Es que la mayoría de las gentes que han aceptado mirar dentro y percibir brevemente su verdadera naturaleza, se contentan con dejar la experiencia en eso. Para ellos, al parecer, es poco más que una aventura intrigante, una manera interesante de ver las cosas –o quizás sólo una buena diversión, una suerte de agradable juego de niños– y sin importancia real para vivir. No es para prolongarlo, o repetirlo, o verificarlo, y ciertamente no es para practicarlo. Y así no tiene virtualmente ningún efecto, y los veedores permanecen terriblemente desabastecidos.

Bien, lo que podemos decir con seguridad sobre este inconveniente último y verdaderamente formidable es algo como esto. Todos los grandes desarrollos en la historia humana han tenido comienzos muy modestos y virtualmente invisibles. Un minúsculo grupo de gentes encendidas con una visión verdaderamente revolucionaria es a la larga mucho más poderoso para el cambio que todos los adherentes dedicados a alguna causa o idea bien establecida que los una: y de todas las revoluciones, este giro a lo que es lo más cercano de lo más cercano, es con mucho la más revolucionaria. Sospecho que, algo así como hace un millón de años, no fue un líder proto-humano el que cayó primero en el hecho impensable hasta la fecha de que *ahí*, en el agua y en los ojos de los otros, uno tiene una cara. Mi pensamiento es que una madre solitaria, mirando larga y fijamente a su reflejo, cayó en la cuenta de ello y, con mucha suerte, de algún modo se las arregló para compartirlo con uno de sus hijos. Sospecho, además, que fue sólo después de cientos o miles de años de tentativas que la idea empezó a prender en todos. Y ahora, por supuesto, este tipo de auto-consciencia humana es la norma a falta de la cual uno no es todavía plenamente humano.

No me diga que la saga humana tiene que terminar aquí y que nuestra especie ha perdido enteramente su energía. O que «el verdadero ver, el eterno ver» no tiene ninguna posibilidad de devenir un día la nueva norma para gran cantidad de población, o incluso para la mayoría.

No que haya alguna probabilidad de que la Utopía se instale. Junto con esta nueva norma, si alguna vez se realiza, vendrán nuevos problemas, algunos de los cuales ya se pueden prever. Pero al menos se habrá mostrado que esta absurda especie nuestra no está irremediablemente atrapada en el lodo de su engaño principal, a saber, que uno *es aquí* lo que uno *parece ahí*. Y que su auto-adjudicado título de *sapiens* es, después de todo, un apreciable ejemplo de humor negro.

LA EXPERIENCIA Y EL SIGNIFICADO

Nosotros teníamos la experiencia pero perdimos el significado

T.S. Eliot

INTRODUCCIÓN

No puedo leer esta frase bien conocida de *The Four Quartets* de T.S. Eliot sin añadir, mentalmente, «O quizás teníamos el significado pero perdimos la experiencia». Podemos estar sufriendo de la primera enfermedad de deficiencia o de la segunda –o posiblemente de ambas–. Y muy probablemente sin idea clara de lo que nos pasa.

Por ello este artículo. Propongo, habiendo distinguido agudamente entre lo que tengo por Experiencia esencial y lo que tengo por su significado, investigar qué es tener uno de ellos sin tener el otro, y qué puede hacerse para corregir este desequilibrio. ¿Cómo (preguntaré) podemos reconocer y superar este desequilibrio? Pues ¿quién quiere vivir de esta manera –vivir (podría decir usted) una vida a medias–? Tengo la sensación de que un hombre moviéndose sobre una sola pierna o un pájaro con un ala rota está menos lisiado, más entero. Pero veamos.

LA EXPERIENCIA

Primero, entonces, acláremos sobre la Experiencia.

Tres palabras la cubren –ver nuestra Nada–. Es así de simple. O, para aclararlo, girar nuestra atención 180° y mirar a *Desde* donde estamos mirando, a nuestra Ausencia, nuestra Naturaleza Vacía o Vacuidad o Claridad Inmaculada, nuestra falta de características, de marcas distintivas, de logros, como usted lo llame. No es –enfáticamente no– saber todo sobre la Naturaleza Sin naturaleza, o comprenderla profundamente, o creer en ella sinceramente, ni siquiera sentirla agudamente, sino verla con tal finalidad y tal intimidad que veamos esta Ausencia que somos y seamos esta Ausencia que vemos. ¡Pero, ay, cuán propensas son, incluso las palabras más apropiadas, a complicar lo que es, después de todo, la simplicidad misma!

El hecho crudo es que esta Experiencia, que no es más que el sustrato de toda experiencia, es imposible de describir. Es tan inefable e incommunicable como la rojez del rojo o el dulzor de la miel o el olor de las violetas silvestres. Intente decirle a un hombre ciego de nacimiento qué es el color púrpura. Bien, hablarle sobre su Núcleo Vacío es aún más inútil. De alguna manera, usted debe conseguir que mire *a sí mismo* por sí mismo, en lugar de solo *a usted*. Entonces y solo entonces nada podría ser más fácil o más simple, más llanamente auto-evidente para él, que su Nada, su desaparición en favor de usted.

Sin embargo, pueden decirse tres cosas, y necesitan decirse aquí, sobre este ver esencial.

Primero, debido precisamente a que está vacío de toda cualidad propiamente suya, debido a que no hay Nada propiamente suyo, este ver es para todos los seres de todos los grados y de todos los mundos uno y el mismo. No hay ángulos o perspectivas sobre este ver, ninguna variación. No hay puntos de vista preliminares o privados ni visiones privilegiadas, ni versiones más o menos iluminadas de este ver, ni alturas a las que subir o de las que caer, y ciertamente no hay cualidades religiosas o espirituales o ascéticas que cultivar.

Segundo, (y por la misma razón) el «primer atisbo fugaz» de la Naturaleza de uno no difiere en absoluto del «último y más claro y más sostenido ver» esa Naturaleza. No importa cuán breve o cuán sostenido pueda ser, esta Experiencia es única entre todas las experiencias en que no tiene grados de claridad o intensidad o familiaridad. Es como si cada vez que acontece fuera la primera vez. Guste o no, no hay ninguna mejora estimulante, no hay nunca ningún adelanto para dibujar el mapa sobre el progreso espiritual de uno. O bien usted ve Esto o no lo ve. He aquí la única pericia que usted no puede llegar a mejorar, sino solo ejercitar con más frecuencia y por períodos más largos.

Tercero, de ello se sigue que, sea quien sea usted y esté donde esté y en cualquier momento que esté, su Historia Interior, es la más llana de todas las historias llanas, e idéntica a la Historia Interior de todas las criaturas. De modo que *ver* Lo que usted es realmente no es solo *ver* Lo que ellos son realmente sino *ser* Lo que ellos son realmente. Más allá de toda duda usted es yo y él y ella y ello, y todo el resto. Y al mismo tiempo ha encontrado la respuesta a toda la soledad y alienación en el mundo. Usted reposa en el Terreno de Ser y de todo amor y cuidado. Secretamente usted está sanando, junto con sus propias heridas, las heridas de este mundo herido.

EL SIGNIFICADO

Advierta cómo las observaciones anteriores, junto con todas las observaciones cualesquiera que sean sobre la Experiencia, pertenecen a su significado, y ninguna de ellas a la Experiencia misma. Y cómo no hay ninguna vía que pase de una a otra. Ni siquiera la descripción más exacta y profunda de Lo que usted es realmente puede dar la clave de Lo que usted es realmente, lo mismo que las letras R O J O no pueden dar la clave de lo que es la rojez. Cualquier cosa que pueda ser dicha sobre la Experiencia –cualquier cosa que tenga algún contenido o que transmita alguna información– está a años luz de la cosa misma, y es completamente incapaz de indicar cómo es. De hecho, ella es como nada, sea lo que sea, debido a que es Nada. O digamos que es No-algo, en tanto que una Nada agudamente consciente de sí misma como Nada (lo que Esto es ciertamente) es con seguridad más maravillosa que el más maravilloso algo. Y no hay ningún escalar o acercarse a esta Nada maravillosa. Solo un salto repentino e impremeditado le llevará desde lo que usted parece a lo que usted es, a su Naturaleza Vacía.

Por supuesto, las tres características del significado que hemos visto hasta aquí (la misinidad de la Experiencia para todos los seres, su carácter inmutable y todo o nada, y su poder curativo) son solo un pequeño ejemplo de su significación y consecuencias inagotables, de sus aplicaciones prácticas a todas las circunstancias cambiantes de nuestra vida. He aquí unas pocas más.

Mientras la Experiencia de nuestra Naturaleza se sirve (si se sirve) completa en un único plato infinitamente generoso, su significado está, en su mayor parte, retenido. Normalmente, es dosificado en pequeñas cantidades, otras veces vertido más generosamente, pero nunca se da en su totalidad. La última palabra sobre Esto no se dice nunca, la idea última y omniabarcante de ello no se concibe nunca, el sentimiento más profundo no se sondea nunca. No que uno se queje. Al contrario, es un asunto de admiración y gratitud continuas que tal Pobreza produzca tal riqueza siempre apreciada, que esta Semilla, la más insignificante y olvidada de las semillas, florezca incesante y prolífica con vigor perenne. Así pues, tener ambos, la Experiencia y el significado, es tener lo mejor de ambos mundos. Es poco probable que usted tenga ambos: la siempre presente seguridad sin incidentes del Hogar y la aventura sin fin afuera, el

Ancla sujetándole firmemente a la seguridad como de roca del fondo de su Terreno y elevadas alas y tirantes velas llevándole siempre a nuevas aventuras.

Uno de los aspectos más notables de esta dicotomía –del contraste total entre la Experiencia y su significado– es que mientras el significado no está en modo alguno disponible a demanda, la Experiencia está siempre disponible. Una vez que usted ha atinado en la vía a Casa, puede tenerla instantáneamente y a voluntad. No importa cuán dudoso sea su pasado o difícil su presente o desalentador su futuro, no importa cuán negro sea su estado de ánimo o preocupantes sus problemas, su derecho y facilidad de entrada están asegurados incondicionalmente. Cuando más lo necesite, usted puede entrar –al Lugar que usted nunca dejó–. El significado de lo que usted está haciendo puede sobrevenirle o no; si lo hace, esté seguro de que es provisional y parcial y lejos de ser la totalidad. Pero también esté seguro de que ese hacer mismo es perfecto, siempre inobstruido, oportuno, natural y gratuito. ¡Cuán inmensamente más triunfante es este Regreso a casa que todas las demás cosas a las que usted y yo llegamos!

Por una parte, el significado de su Naturaleza Vacía –sus implicaciones y aplicaciones, sus complicaciones y conexiones sin fin– tienen que ser practicados asiduamente. El significado toma toda la inteligencia y energía que usted pueda darle, e incluso así es tímido y fugitivo, nunca cristal claro, nunca completamente evidente, nunca libre de contradicción. Por otra, la Experiencia de su Naturaleza es siempre transparente y completa. ¡De hecho, hasta que usted no ve Lo que usted es, no sabe qué es evidencia! Solo usted –el Usted real, como usted es para usted, intrínsecamente– es absolutamente visible. Todo lo demás está más o menos velado. Comparadas con esta Visión, todas las demás visiones son oscuras, borrosas, a tientas, débiles. Hay algo único en esta evidencia, una agudeza, una sorpresa, una emoción o escalofrío quieto para el que no hay palabra apropiada.

¡Y todo esto a pesar de su indecible ordinariez!

LA EXPERIENCIA SIN EL SIGNIFICADO

Vale, entonces, para nuestro pequeño ejemplo de las distinciones sin fin entre la Experiencia y su significado. Continuemos ahora para descubrir qué es tener la Experiencia sin el significado.

«Eso no será fácil», le escucho decir.

A lo que yo respondo: puede probarse que es muy fácil. Pero veamos.

Mire a su cara en el espejo, y compruebe que usted está Vacío para ella, que en este momento se experimenta a usted mismo como el Espacio que la está acogiendo.

O mire a esa cara, y compruebe que, según la evidencia presente, la disposición es enteramente asimétrica. Advierta cómo su cara *ahí* se presenta a su No-cara *aquí*, esos dos pequeños ojos *ahí* a este «Ojo» único e inmenso *aquí*, esa opacidad coloreada y texturizada y modelada *ahí* a esta Transparencia sin color y sin textura y sin modelo *aquí*, esa pequeñez *ahí* a esta Inmensidad *aquí*.

Advierta cómo usted no puede nunca ni por un momento confrontar a alguien, no puede tener nunca un cara a cara con alguien. Advierta cómo usted no es en absoluto lo que les parece a ellos —pues las gentes *ahí* están demasiado lejos y no están en situación de ver Lo que usted es realmente donde usted es realmente—. Advierta cómo usted puede ver no solo lo que usted está mirando, sino también (y mucho más claramente) *desde* Lo que usted está mirando.

Algunos Lo llaman su Cara Original, otros su Ojo de Buda, otros la Luz que ilumina a todos aquellos que vienen al mundo, y otros lo llaman su No-cabeza. Pero Lo llame como Lo llame, Esto no es una impresión pasajera o réplica de Ello sino la cosa real, exactamente como el Buda y todos los demás Veedores Lo experimentaron.

Continúe mirando dentro, al igual que fuera, unos pocos momentos más, por favor...

¿Por qué debería usted hacerlo?

Porque ésta es la Experiencia más importante que usted o cualquiera ha tenido nunca. Porque —a pesar de su llaneza terriblemente aburrida (usted puede ver que Ella no tiene nada para ser recomendado)— éste es el ver de una vida, de todas las vidas.

«Es un ver que me deja frío», le escucho decir. «Todo lo que significa para mí es que, por supuesto, yo no puedo ver mis propios ojos ni mi cara ni mi cabeza. ¿Y qué? ¿Qué tiene que

ver esto con la iluminación total y perfecta del Buda? ¿O con la iluminación por la que estoy trabajando y a la que espero llegar algún día –quizás dentro de muchos años, o más probablemente dentro de muchas vidas–? Sí, por supuesto, yo veo exactamente lo que usted quiere decir. Pero de nuevo, ¿Y QUÉ?»

¡Así pues, ése es el punto! ¡Eso es! ¡He aquí su Experiencia sin significado para usted!

Nosotros vivimos en una democracia. Desde su punto de vista, su reacción es la correcta. Sujeta a pequeñas variaciones, es lo que la mayoría de la población, al igual que la mayoría de los buscadores serios –meditadores, discípulos de maestros, seguidores de las grandes disciplinas espirituales– han estado diciéndome durante los últimos cincuenta años. Siempre que he conseguido que vuelvan su atención y examinen el Lugar que ellos ocupan (solo para descubrir que no son ellos quienes lo ocupan, sino los otros), su comentario ha sido el equivalente a ¿Y QUÉ? Yo diría que, como estimación, de cien que son persuadidos a mirar dentro y perder brevemente la pista de sí mismos, no más de cinco encuentran que su descubrimiento es tan sorprendente y significativo que merece su cultivo. Aún menos continúan valorando y renovando este Ver hasta que acontece naturalmente y sin incitarlo, y su poder para cambiar la vida –su increíble «saber cómo» y sus recursos sin fin– es revelado.

Pero no es de extrañar que la Experiencia esencial sea desechada tan altivamente, que sea tan poco bienvenida y tan poco acogida. El famoso Sutra del Diamante tiene razón cuando nos advierte que, debajo de la superficie, todos nosotros estamos aterrorizados de nuestro Vacío. Hasta que su benignidad y fertilidad inagotables y que cortan la respiración comienzan a tomar forma, debe parecer (a muchos de nosotros si no a todos) no solo insignificante sino suicida, una mera aniquilación.

EL SIGNIFICADO SIN LA EXPERIENCIA

Llegamos ahora al otro tipo de unilateralidad, que parece ser aún más privativa. Un corazón sin un cuerpo puede ser inducido a continuar funcionando, ¿pero un cuerpo sin un corazón...? Bien, una vez más, veamos.

Pero primero aclaremos esto. Nosotros no vamos a tomar ejemplos de gentes que ¡ay! tienen el significado sin la Experiencia, o el cuerpo (por decirlo así) sin el corazón. Examinare-

mos ocasiones o contextos, estados de ánimo, conversaciones, conferencias, libros, en los que esas gentes tienen toda la apariencia de ser así. Pues nunca es perfectamente seguro argumentar desde lo que alguien dice a lo que quiere decir realmente, desde lo que expresa a desde donde lo expresa, desde una ocasión o período de su vida al resto de ella. Las gentes no son consistentes o simples. Yo no diría de nadie que carece siempre de acceso a su Vacío Natural, o a su significación y poder, como no diría tampoco que a él nunca le falta, y que tiene acceso a ambos todo el tiempo.

Durante muchos años he admirado los escritos de algunos maestros contemporáneos y recientes, expertos espirituales cuya comprensión del significado de nuestra Verdadera Naturaleza es completamente maravillosa. El alcance y completad de su obra es tal que se tiene por acabada. De hecho, he encontrado muy poco o nada en ello que reprochar, y mucha instrucción. La única cosa que echo en falta es la Experiencia. He aquí una «vía» o vehículo magnífico, un carro espléndido y un cochero perfecto; pero, en las palabras inolvidables del poeta Roy Campbell, ¿dónde está el maldito caballo?

Fíjese que no estoy acusando a estos expertos de proponer poner el carro antes que el caballo, aún menos de intentar hacerlo enteramente sin el animal. No estoy diciendo que ellos no tengan ninguna Experiencia de su Vacío Natural, sino que fallan en conducirme a ella. Peor, ellos son propensos (sin duda involuntariamente) a llevarme lejos de ella, como a algún acantilado peligroso o pozo envenenado. Cada vez más sediento, yo me encuentro invitado a un banquete de significado sin una gota del vino de la Experiencia. Naturalmente, cojo una indigestión, o peor.

Para ilustrar estas observaciones, los tres maestros bien conocidos que estoy a punto de citar, servirán admirablemente. Probablemente usted pueda completarlos con otros de sus propias estanterías.

El primer caso ilustra cuán ingeniosas son las evasiones por las que, a la primera de cambio, nosotros nos las ingeniamos para pasar por alto nuestra Cara Original; los subterfugios por los que imaginamos casi ver en nuestra Naturaleza Vacía (e incluso extraer algunas pequeñas ventajas psicológicas de la actividad) mientras permanecemos a salvo ciegos a su brillante evidencia. Cuán astutamente –y estúpidamente– concebimos la idea de ella para enmas-

carar la realidad, su utilidad para degradarla en una ficción conveniente. Usted podría llamar a esto el método de evadir Lo que es así.

Cito de un capítulo titulado ominosamente: «La Meditación Guillotina». «Una de las más bellas meditaciones tántricas: camine y piense que la cabeza ya no está más ahí, solo el cuerpo. Siéntese y piense que la cabeza ya no está más ahí, solo el cuerpo. Recuerde continuamente que la cabeza ya no está ahí. Visualícese a usted mismo sin la cabeza. Tenga un retrato ampliado de usted mismo sin la cabeza; mírelo. Ponga su espejo más bajo en el baño de modo que cuando usted se vea, no pueda ver su cabeza, solo el cuerpo».

«Unos pocos días de recuerdo y usted sentirá que le acontece esa ingravidez, ese tremendo silencio, debido a que la cabeza es el problema. Si usted puede concebirse sin cabeza –y eso puede ser concebido, no entraña ningún problema– entonces usted estará centrado cada vez más en el corazón».

«Exactamente en este mismo momento, usted puede visualizarse sin cabeza. Entonces usted comprenderá lo que quiero decir inmediatamente».

Y el punto del chiste, es que, siguiendo inmediatamente a estas exhortaciones, a un trabajo mental extenuante, viene el pronunciamiento solemne: «¡la mente es basura!»

Mi réplica es ésta. Yo no pienso que no tengo cabeza, yo veo que no la tengo. Yo no fantaseo con que no hay ninguna cabeza, yo no encuentro ninguna cabeza *aquí*, y en su lugar encuentro un inmenso Vacío. Siendo no violento, yo no me decapito a mí mismo (mucho menos a usted) sino que dejo de negar que, para mí mismo *aquí*, yo termino al nivel de los hombros. Esto es ver honesto y verdadero, acoger lo que se da, someterse a la evidencia en lugar de maltratarla.

(Si usted piensa que estoy mintiendo o fantaseando cuando digo que yo no tengo ninguna cabeza aquí, está invitado a venir aquí y echar un buen vistazo. Yo le prometo que en el camino hacia mí usted perderá todo rastro de la cosa).

Mi segundo caso es el de un gurú bien conocido que se vio a sí mismo como un anti-gurú. Su tema favorito era «la ausencia del sí mismo», su cesar de ser, su dar lugar al no sí mismo.

«Todos nosotros tenemos miedo de ser nada». Pero, añade: «hay un estado de acción, un estado de experimentación sin el experimentador». Son nuestras creencias las que ocultan: «el miedo de ser realmente nada, de ser realmente vacíos». Y así sucesivamente, en conferencia tras conferencia, libro tras libro. ¿Qué (pregunto yo) podría ser más verdadero, más digno de decir o más claramente dicho, más significativo?

¿Y más calculado para instigar nuestro apetito de la Experiencia efectiva?

Bien, lo siguiente es parte de una conversación, el 9 de octubre de 1977, entre este maestro (T) y uno de sus discípulos (D) —o ¿debería decir asociados de larga duración?—.

(D) Me pregunto si podríamos charlar sobre algo juntos. No es un asunto personal ni un problema, sino un aspecto de la percepción que he estado queriendo discutir con usted durante años... Tiene que ver con la percepción visual. Usted a menudo ha hablado sobre la percepción visual, mirar a un árbol o a una nube, y demás, pero principalmente como una introducción para hablar sobre la estructura de la mente.

(T) Sí.

(D) Cuando miro a algo, y observo el espacio entre ello y mí mismo, entonces aquí (apuntando a su propia cara), en ese momento de atención, no encuentro nada: hay solo vacío.

(T) Yo no comprendo esas palabras: «nada» y «vacío».

(D) Yo sé que «nada» no es una palabra que deba usarse a la ligera.

(T) Entonces ¿qué quiere decir usted con ella?

(D) Yo quiero decir ausencia, la entera ausencia aquí (señalando a su cara) de todas las cualidades percibidas ahí fuera.

(T) Pero usted puede mirar en el espejo.

(D) Eso no constituye ninguna diferencia. Lo que se ve en el espejo sigue estando ausente a este lado del espejo.

(T) No capto el punto... ¿Qué significa eso en términos de acción?

(D) Pienso que podríamos discutir si es verdadero intrínsecamente.

(T) (Impaciente) Yo no estoy interesado en intrínsecamente.

(D) Me parece que una de las bellezas de este ver es que está disponible siempre.

(T) No, yo no puedo aceptar eso.

(D) Me parece que incluso la más simple de las cosas adquiere una significación diferente cuando se ve desde este espacio.

(T) No espacio. Yo no aceptaré eso.

Igualmente famoso y prolífico es nuestro tercer y último exponente del significado sin la Experiencia. Él estaba interesado, entre otras muchas cosas, en lo que yo estaba metido, pero no lo comprendía. En una ocasión, en la década de los 70, cuando estuvo conmigo en Inglaterra, me saludó en el desayuno con la buena noticia. Finalmente veía lo que yo estaba intentando compartir con él. ¡Él había tenido un sueño vívido en el que todo el mundo era sin cabeza!

Por supuesto yo hice todo lo posible para explicarle que la Experiencia sin cabeza o de primera persona es esencialmente singular, y que la segunda y tercera personas como tales no son en modo alguno para decapitarlas. Pero sin efecto, a pesar del hecho de que él era el escritor occidental más brillante y versátil de su generación sobre zen y otras disciplinas espirituales. ¿O el problema era su brillantez misma?

NI LA EXPERIENCIA NI EL SIGNIFICADO

Por una parte, apenas necesito señalar que la mayoría de las gentes no están preparadas o no están dispuestas a echar la más mínima ojeada a su Naturaleza Sin naturaleza, y mucho menos a explorar su riqueza de implicaciones y aplicaciones. La liberación es aún más rara

que la santidad. Por otra, creo que el bienestar de nuestra especie, y quizás su supervivencia, depende de que la liberación devenga mucho más común (si no la norma por la que se juzga la madurez) antes de que sea demasiado tarde.

Sin embargo, debo añadir que la rareza de la liberación es una desastrosa verdad a medias. La verdad completa y principal y salvadora es que todos nosotros estamos viviendo desde nuestro Espacio y no desde nuestra cara, todos haciéndolo bien, todos establecidos firmemente y para siempre en nuestra Verdadera Naturaleza. *Ser* es *Ser*. En este sentido todos estamos despiertos. El hecho mismo de que usted y yo no tropecemos con los muebles, que acojamos estas páginas impresas en negro sobre blanco tan sin esfuerzo, es prueba suficiente y de sobra. Aunque el hecho de que nosotros todavía no queramos saber que esta buena noticia constituye una enorme diferencia práctica, ello no constituye una diferencia fundamental. En último recurso no hay otra experiencia que esta Experiencia. Solo nuestra Naturaleza Vacía es consciente. Todo lo demás *es* de lo que Ella es consciente, a saber, Su significado.

Hablando verdaderamente, nuestra Fuente no tiene ningún significado en absoluto. En Sí misma Ella es infinitamente más allá de todo ese material limitado y limitante, pues nada que pueda ser dicho o pensado o sentido sobre Ella es Ella. O digámoslo así: la Experiencia esencial de nuestra Naturaleza tiene este significado, el más significativo de los significados –la Fuente de todo significado es Ella misma, que es mucho más allá y absolutamente libre de todo lo que procede de Ella. Y Usted es Eso.

CONCLUSIÓN

Para terminar con un apunte más mundano y práctico, preguntemos ¿cuál es la mejor manera de comenzar la Gran Aventura? ¿Salir completamente a por el significado y arriesgarse a perder la Experiencia, o entrar completamente a por la Experiencia y arriesgarse a perder el significado? ¿Trabajar hacia despertar un día, o trabajar desde ello ahora? ¿Practicar con miras a ver en nuestra Naturaleza Vacía eventualmente, o practicar el ver desde el comienzo?

No hay ninguna «manera mejor». Es el instinto el que decide qué manera tomaremos –instinto para el que nosotros continuamos descubriendo buenas o malas razones, justificándolo como mejor podemos–.

Mi propio instinto no es ningún secreto. Al ser mi cuenta bancaria limitada, compraré el caballo de la Experiencia antes de invertir en exceso en el carro del significado –al menos puedo montarme en el animal. Yo elijo comenzar con el motor mejor que con el chasis –al menos puedo poner en funcionamiento una dinamo para iluminar mi oscuridad.

Corrección: «comprar» es erróneo. La Experiencia es gratis, con entrega inmediata de todo el paquete libre de gastos en un sencillo furgón. Es el significado el que tengo que comprar a plazos, parte por parte.

REFERENCIAS

Para el Sutra del Diamante, sobre el miedo de nuestra Naturaleza Vacía, ver Edward Conze, *Buddhist Wisdom Books*, Allen and Unwin, Londres, 1958, p. 53.

Para «La Meditación Guillotina» ver *The Orange Book: Meditation Techniques of Bhagwan Shree Rajneesh*, 1980, pp. 75, 76.

Para las citas de Krishnamurti, ver su *First and Last Freedom*, Gollancz, Londres, 1958, en varias partes.

Para un temprano y notable ejemplo de la obra de Alan Watts, ver su *Way of Zen*, Thames and Hudson, Londres, 1957.

Para las observaciones del Maestro Han Shan sobre los dos tipos de yoguis zen –aquellos que comienzan con el significado y la comprensión, y aquellos que comienzan con la realización– ver Chang Chen-Chi, *The Practice of Zen*, Rider, Londres, 1959, pp. 94, 95.

A IMAGEN DE DIOS

Un niño pequeño estaba dibujando algo con inusual cuidado y concentración.
«¿Qué es eso que estás dibujando?» –le preguntó su madre–. «Dios», respondió.
«No puedes hacer un dibujo de Dios. Nadie sabe cómo es Él».
«Lo sabrán cuando haya terminado», fue la confiada respuesta.

Él era serio acerca de Dios. Yo lo soy igualmente. Por eso es por lo que yo, también, he hecho muchos dibujos de Él. He aquí el último de ellos. Es también un retrato de usted y de mí, que estamos hechos a Su imagen.



Por favor, examine este dibujo cuidadosamente, empezando por arriba y bajando. Verá cómo muestra la relación entre el multinivelado mundo físico, y la humanidad, y el humano particular que usted ve en su espejo, y la Consciencia omniinclusiva cuyo nombre es YO SOY, y el Abismo de Inconsciencia desde el que ese Uno Auto-originante surge milagrosamente.

¿Dónde entro yo en el dibujo?

Yo me encuentro a mí mismo permanentemente estacionado en el punto medio de un universo parecido a una cebolla (o, más bien, de un universo parecido a media cebolla), en el centro de sus muchas capas o pieles. Mirando *arriba* desde *aquí*, encuentro que las capas más lejanas están ocupadas, a su vez, por cuerpos celestes tales como galaxias y estrellas y planetas, incluyendo el Sol y la Luna. Mirando *alrededor* desde *aquí*, encuentro que las capas medias están ocupadas, a su vez, por cuerpos terrestres tales como nubes y montañas y colinas y árboles y casas (no se muestran en nuestro dibujo) y también por humanos, incluyendo al que hay en mi espejo que yo identifico como Douglas Harding. *Ahí* está él junto con otros humanos, al derecho como están ellos y, como ellos, provisto de dos ojos en una cabeza. Mirando *abajo* desde *aquí*, encuentro que las capas más internas están ocupadas, a su vez, por mis pies y piernas en escorzo y la mayor parte de mi tronco en escorzo. Y encuentro que todo el dibujo termina en mi Línea de Fondo, en esta frontera difusa pero perfectamente visible trazada a través de mi pecho, en línea con mis brazos extendidos. Ningún signo del cuello y la cabeza que se me dijo que yo tenía justo *aquí*. Cuando, tanto en el sentido físico como en el sentido moral, tengo la humildad de inclinarme ante la evidencia, ante lo que se da *ahí* arriba y *ahí* alrededor y *ahí* abajo –dado al sin cabeza *aquí* en el fin del mundo– esto es lo que veo. Sería bueno tenerlo en cuenta.

No se puede desechar este Auto-retrato como ingenuo, como un engaño subjetivo. No, en esencia es lo que cualquier observador objetivo hace de mí cuando se dirige a mí, viajando a través de las capas de cebolla de mis apariencias a Eso de lo que ellas son apariencias, a la Realidad en su núcleo. Comenzando a años luz de *aquí*, él llega a lugares donde yo soy revelado como algo astronómico, después algo geográfico, después algo humano, después algo celular, después algo molecular, y así sucesivamente. Hasta que, a su llegada, encuentra lo que yo encuentro *aquí*: a saber, Vacío. Y si entonces se gira 180° para mirar conmigo en lugar de mirarme a mí, encuentra lo que yo encuentro. El Vacío está completamente lleno de esa escena multinivelada y, además, es consciente de Sí mismo como Nada y Todo.

Cuando éramos muy jóvenes era una escena vasta, muy vasta. A medida que envejecemos, sin embargo, llegamos a tener una visión más restringida. El ángulo de nuestra visión de túnel puede reducirse a unos cinco grados, a cada lado de los cuales esos objetos crecientemente

vagos son más o menos ignorados. Nosotros devenimos lastimosamente exclusivos, egocéntricos, de mente y corazón estrechos, encerrados. Nosotros devenimos enfermos.

Mi propia cura, que usted está invitado a probar y a hacer suya –participando activamente en ella y no solo leyendo sobre ella– comienza así. Extiendo mis brazos delante de mí a la altura de los hombros para marcar ese túnel de cinco grados. Entonces, con gran atención y mirando al frente, abro lentamente su ángulo hasta que casi se desvanecen. Gozando ahora de algo como una visión de 160 grados, estoy acogiendo y asumiendo toda la extensión de mi mundo tal como se presenta en este instante. Al momento experimento una expansión, una vasta amplitud. Lo que es tan asombroso, lo que hace esta apertura –este florecimiento cósmico– tan real y tan refrescante es que mis manos extendidas están para mí tan distantes como oriente y occidente. No que yo las imagine así: es así como se presentan. Visible y verdaderamente yo estoy dando la bienvenida al mundo con los brazos abiertos, de hecho estoy abrazándolo. Es mi mundo, y ya no más extraño. En la medida en que continúo viendo clara y sostenidamente la enorme amplitud de mi abrazo, la comprensión y el sentimiento correspondientes se siguen naturalmente, y mi aceptación de todas las cosas como son deviene cada vez más sincera. De vivir una vida de cinco grados comienzo a vivir una vida de 160°. De decir, «¡No, gracias!» y «¡Alto ahí!» a casi toda la riqueza que se me daba, comienzo a decir «¡Sí!» y «¡Entre: yo no tengo nada con qué impedirle el paso!» De hecho, estoy en la vía de amar al mundo sin reservas.

Pero yo no soy todavía entero, no soy todavía completo. Mi completud que es también la completud de mi cura, es que acoja y asuma los 200 grados debajo de mi línea de fondo, y comience a ser conscientemente un omnicircular, viviendo una vida plena de 360 grados en torno a mi verdadero Centro. En la práctica, de momento a momento esto significa volver la flecha de mi atención simultáneamente adentro tanto como afuera. Significa dejar de pasar por alto Eso desde lo que estoy mirando –a saber, el Abismo, el Misterio, el Recurso incognoscible pero absolutamente real desde el que la Consciencia y sus objetos brotan continuamente, sin razón y sin límites–. Ahora, finalmente, estoy bien.

Tales son las consecuencias del cambio desde mi falso centro *ahí* en ese hombre del espejo a mi verdadero Centro justo *aquí* donde YO SOY. En la medida en que dejo de identificarme con ese «con cabeza y con dos ojos y al derecho», con sus pequeños brazos abrazando su pequeño mundo, en esa misma medida vengo a identificarme con este sin cabeza y un úni-

co ojo y al revés, con sus grandes brazos abrazando su gran mundo. El primero es lo que yo, como tercera persona, aparento ser, lo que yo parezco a los otros *ahí* a una distancia, lo que ellos y sus cámaras fotográficas me hacen ser. El segundo es lo que, como Primera Persona, YO SOY: lo que SOY YO para mí mismo justo *aquí* y justo ahora. Es el Uno del que vengo, mi Realidad.

Nuestro dibujo muestra la discrepancia crucial y multifacética entre estas dos versiones de mí mismo. Muestra cómo cada uno es a la inversa del otro. En particular, señala el contraste entre sus juicios de valor.

La mano derecha o diestra de ese *ahí* en el espejo, que contiene los valores positivos, corresponde a la mano izquierda o siniestra del de *aquí*, que contiene los valores negativos. En otras palabras, lo que es etiquetado de «bueno» por el primero es etiquetado de «malo» por el segundo, y viceversa. Por ejemplo, ése *ahí* valora el poder sobre los otros, el éxito a sus expensas, la acumulación de posesiones, el conocimiento que crucifica al misterio, y el pretendido amor que establece condiciones y hace reproches: mientras que éste *aquí* valora lo opuesto exacto de estas cosas. Nuestro dibujo ilustra perfectamente cómo ése *ahí* en el espejo vuelve su espalda al mundo y su aflicción («yo estoy lleno de mí mismo, gracias») mientras que éste *aquí* no puede volver su espalda sino que tiene que encarar y abrazar todo. El cambio físico desde ése periférico *ahí* a éste central *aquí* deviene un cambio moral.

¿Dónde y cómo, entonces, cuadra Dios en este dibujo? Entra en el Centro, obviamente. Ningún otro lugar cuadrará. Ningún otro lugar es suficientemente importante y (según la inspección presente) suficientemente vasto y suficientemente claro. Si queda la menor duda, los sabios y veedores del mundo confirman que, aunque Él es más cercano que lo más cercano y Su casa está en el núcleo de mi corazón, en último recurso no hay nada sino Él. Él *es* el dibujo.

Durante años y años trabajé en una cosa absurda terriblemente auto-decepcionante. Alucinando como un loco, tomé a ése de *ahí* en mi espejo, ése cuya cara le identifica como Douglas Harding y solo como un humano particular entre miríadas de humanos, y le di la vuelta y le traje *aquí* y le senté en el trono de Dios. Haciéndole así el centro del mundo, busqué desesperadamente deificar-le.

Pero no fue solo la necesidad y el orgullo lo que me llevó a este loco intento de ser Dios en mis propios términos, a modo de saldo. Yo tenía razón. A cierto nivel sabía que para ser salvado, yo tenía que ser Él. A un nivel más profundo sabía que para ser Él tenía que pagar un precio que me arruinaría completamente. Pues Él es Ése cuyo amor es tal que asume con su mundo todo su sufrimiento y culpa y oscuridad. Él es el altísimo que desciende para devenir lo más bajo, y mediante su auto-darse rescata al mundo de sí mismo y gana para él el gozo que no tiene ninguna sombra. El gozo que no puede ser ganado de ninguna otra manera.

Nuestro dibujo puede hacernos ver estos hechos llanos. Muestra una impresión bastante realista de lo que es la crucifixión en el fin del mundo, de cómo se ve el mundo para el crucificado. He aquí nuestro recordatorio soberano de lo que cuesta ser hecho a imagen de Dios. «Yo estoy crucificado con Cristo», dice San Pablo, «yo vivo. Pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí». Quien yo soy realmente, justo *aquí*, no es otro que el Uno que es el amor mismo. No hay que sorprenderse, entonces, de que no haya ninguna cura para mi angustia personal hasta que la asimile y asuma la angustia de Su mundo.

¿Cómo opera todo esto en mi vida cotidiana? ¿Exactamente, cómo me capacita para arreglármelas con gentes desagradables y hostiles? ¿Y con el mundo cuando aparece negro, si no odioso? ¿Y con mi trabajo cuando estoy confuso, no inspirado, aburrido, lleno de dudas? ¿Y con el dolor físico?

La respuesta a tales preguntas es una y la misma. Admito que no tengo ninguna manera de resolver este problema en su propio nivel, y mucho menos de elevarme por encima de él. Encuentro que la única solución real es profundizar más. Abajo y dentro y a través. Abajo, desde este tipo enteramente indigno de confianza y sin recursos *ahí* en mi espejo hasta la Línea de Fondo y Fin del Mundo, al Uno enteramente digno de confianza justo *aquí* donde no hay nada que pueda ir mal, sino sólo la Apertura Absoluta. Y a través de Él al Misterio Absoluto. Abajo desde ese mundo de cosas de 160 grados a la Nada de 200 grados que es su medicina y completud.

No que yo mismo *hable* de este descenso. Yo *veo* mi paso a dónde YO SOY. Me veo a Mí mismo *aquí*, y comienzo a amarme a Mí mismo *aquí*, y a ser Mí Mismo *aquí*, en el lugar que nunca dejé realmente. Y esto lo hago con el ver del Uno que ve, y el amar del Uno que ama, y el ser del Uno que es. En resumen, yo soy verdaderamente bendecido.

Dante tenía razón: «La beatitud viene de ver: no de amar, que viene más tarde». Esta beatitud a través de ver no es una jerga religiosa vaga o pretenciosa. Ella profundiza a las más terrenas de las regiones curvadas de mi vida. No solo son mejor amados todos los que amo, en la luz del amor Divino en mi centro, sino que todo lo que hago en esa luz es mejor hecho. Para hacer un buen trabajo, vea Quién lo está haciendo. La visión beatífica es esa práctica.

He oído a los físicos actuales hablar sobre el espacio curvo y ya no más sobre la fuerza de la gravedad. Cuanto más macizo es el cuerpo, más curva el espacio circundante. Así, el planeta Tierra, por ejemplo, no orbita alrededor del Sol debido a la atracción del Sol, sino debido a que habita en la región curva planetaria de ese cuerpo enormemente macizo. Su comportamiento está gobernado por el contexto del campo que ella encuentra dentro de sí misma, no por una soga llamada gravitación.

Es significativo que este modelo de espacio curvo encaja perfectamente en nuestro mapa de la Primera Persona del Singular. En el centro de ese mapa reside el YO SOY que es consciente de Sí Mismo como la Nada que, aboliendo la distancia, contiene y es ciertamente Todo. Como tal, es infinitamente macizo, y por consiguiente curva cada una de sus regiones –que van desde la región más cercana de las partículas a la región más lejana de las galaxias– a la curvatura apropiada. Resultado: nuestro nido de círculos concéntricos, nuestro modelo de cebolla o de mandala. ¡Cuán apropiado es que la ciencia, que está en proceso de reconocer el papel crucial de la consciencia en el universo, comience a tener en cuenta (por muy inadvertidamente que sea) la manera en que el universo se presenta de hecho al científico mismo como la Primera Persona que curva el espacio y nunca a la segunda o tercera personas que, no teniendo tal poder, están atrapadas en esa curvatura!

No hay ninguna consciencia aparte de la Primera Persona que es siempre Central y goza del ver del Ojo de Dios de su Universo, a saber, Su imagen. La cual es también mi imagen.

Y la de usted, por supuesto, como esa única Primera Persona cuyo nombre es YO SOY.

LAS ONCE FORMAS DE LIBERACIÓN

CUALQUIERA que sea nuestro entorno, todos nosotros hemos sido engeguedidos y encogidos por la sociedad en pequeñas cosas limitadas y perecederas llamadas seres humanos – separados, solitarios, llenos de miedo, encerrados en la prisión de nuestro condicionamiento–.

Varias rutas de escape parecen mostrarse ante nosotros, tales como el trabajo duro, la televisión, las compras, el sexo, las drogas, la espiritualidad. Nosotros imaginamos que no hay ninguna liberación simple y directa de nuestra prisión, pero de hecho ella ofrece no menos de once puertas vastamente abiertas a la libertad. Como estamos a punto de ver.

Lo que yo necesito es liberación de la culpa y de todo tipo de egoísmo y delincuencia.

La meta y pasión dominante de mi vida adulta ha sido la unión consciente con su Fuente. ¡Sin embargo, parezco empeorar continuamente en lugar de mejorar! (Lo que está ocurriendo probablemente es que estoy deviniendo más consciente de los ingeniosos trucos del juego del ego para sobrevivir y florecer secretamente.) En cualquier caso, estoy cada vez más espantado ante la mezquindad de Harding. ¡Él se pondrá de alguna manera a salvo! Ninguna oferta de rescate ordinario funcionará.

Lo que yo *tengo* son once sogas salvavidas, once liberaciones distintas, cualquiera de las cuales sería suficiente para remolcarme a puerto seguro.

Tal es la benevolencia, la generosidad desbordante, el sentido del humor, la perfección, la aguda osadía de mi Fuente y Centro. Es imposible exagerar la fuerza combinada de las Once, cuando encuentro, para mi completo asombro, que *ya*:

1. YO SOY SIN LÍMITES

Cuando apunto a Eso *desde* lo que estoy mirando, encuentro que es sin fin en todas direcciones –arriba y abajo, a derecha e izquierda, al frente y por detrás– con energía que no dis-

minuye. Es tan asombroso, que puedo ser este gran estallido sin notarlo, por no decir nada de valorarlo.

Mire ahora a lo que su dedo está apuntando REALMENTE cuando apunta a lo que está encima de sus hombros y usted verá exactamente lo que quiero decir.

Ser la Explosión superbenevolente y subnuclear que ella es siempre habría sido liberación suficiente y de sobra. Pero, por añadidura, hay diez más en la recámara, cada una esperando ansiosamente su turno para emerger.

2. YO SOY PURO

«Aunque tus pecados sean como escarlata, serán tan blancos como la nieve. Aunque sean rojos como carmesí, serán como la lana». Así canta el profeta Isaías en el Antiguo Testamento.

El perdón de los pecados, es, por supuesto, uno de los principales temas del Nuevo Testamento. ¿De qué va todo esto?, podría decir usted.

En su libro, *Intuitive Awareness*, Ajahn Sumedho, que dirige Theravada Buddhism en Inglaterra, escribe: «La consciencia es pura ya. Usted no tiene que purificarla, no tiene que hacer nada... Cuando nosotros comenzamos a darnos cuenta y a confiar y a apreciar plenamente esto, vemos que esto es real. No es teórico, abstracto o una idea —es realidad... Usted ha sido siempre puro—».

En cuanto a mí mismo, yo solo tengo que girar mi atención 180°, y ver *Desde* dónde estoy mirando, para ver que ello es absolutamente incontaminado e incontaminable.

3. YO SOY LIBRE

Espontáneo, impredecible, en libertad. Yo no sé —nadie sabe— lo que haré después. Aún más, hay signos claros de que las criaturas de todo tipo son tan libres como yo.

Observo el vuelo zigzagueante de la mariposa cuando revolotea de flor en flor, la conducta errática de la mosca cuando se choca con el cristal de la ventana o de la mesa, los gestos imprevisibles de esta mano cuando se mueve para darle la bienvenida o despedirle. Dios sabe qué sensatez o insensatez está a punto de divulgar esta pluma mía. Corrección: ¡Él *no* sabe! Si supiera, Él me habría esposado de pies y manos y habría convertido al espíritu libre que yo soy en un robot, un autómatas cibernético enormemente inferior a una mosca.

«Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres», dice Jesús de Nazaret. Y el *Tao Te Ching* –ese clásico ancestral chino– atribuye al sabio iluminado la espontaneidad de un bebé recién nacido.

Pero aparte de tales llamadas claras a la libertad, todas las grandes religiones enseñan que la verdadera piedad es la sumisión a la voluntad de Dios todopoderoso. Si los esclavos y los negreros tienen una religión, es ésta, es ésta. ¡No hay que sorprenderse de que nuestras iglesias estén vacías!

Para decir la cuestión llanamente, Dios ha cambiado Su mente. Y en lugar de rodear-Se de sirvientes, Él está buscando amigos –amigos queridos que hayan elegido libremente esta soberbia relación–.

4. YO SOY UNO

No fragmentado, todo de una pieza, entero.

«Di a la mente que solo hay Uno», dice la *Katha Upanishad*. «El que divide al Uno vaga errante de muerte en muerte». Y el mensaje de todas las grandes *Upanishads* –esas antiguas escrituras de la India– es que usted y yo no somos más que ese Único estrictamente indivisible, el Uno que nos sana y nos completa. ¿Cómo puedo yo estar seguro de esto?

Bien, tengo un maestro maravilloso que lo confirma absoluta e incesantemente.

Veinte, cincuenta, cien veces al día me escucho a mí mismo decir: «YO SOY». YO (SOY) ESTOY cansado, YO (SOY) ESTOY solo, YO (SOY) ESTOY muy bien, muchas gracias, YO (SOY) ESTOY muy ocupado, YO (SOY) ESTOY ansioso, YO (SOY) ESTOY bien hoy»

—y así sucesivamente sin fin—. Y como dice el Maestro Eckhart, solo Dios tiene el derecho de decir YO SOY. Lo que significa, que esencialmente y en la raíz, yo soy Él, *quod erat demonstrandum*.

La asombrosa verdad es que yo no puedo *ser* sin ser SER-LE, sin ser el Único Uno Que ES.

5. YO SOY AQUÍ

Cuando digo que algo está localizado *aquí*, ¿qué quiero decir? ¿Cuán cerca está, cuán asequible es, cuán íntimo? Cuando describo algo como este algo, ¿cuáles son sus límites? ¿Dónde comienza y acaba?

Todo depende. En el mismo momento puedo hablar de *este* pulmón, *este* país, *este* grupo de galaxias. De hecho, mí *éste* y mí *aquí* son ilimitados en su grandeza y su pequeñez. Yo soy infinitamente elástico.

Y yo tomo este hecho en serio. Me pregunto a mí mismo QUIÉN se expande y se contrae a voluntad tan fácil y llana y naturalmente. ¿Cuál es la verdadera identidad de este Mago?

Me doy cuenta de que hay solo uno que cuadra aquí, y ése es el Uno que es mi Fuente y Centro. Esta realización no es una idea para entretenerse ocasionalmente: es una experiencia cuya sensación es para tenerla durante toda mi vida.

6. YO SOY AHORA

Similarmente, cuando digo que un acontecimiento está ocurriendo ahora, ¿qué quiero decir? ¿Cuánto tiempo (si come alguno) come *el momento presente*?

De nuevo, todo depende. Yo me escucho a mí mismo hablar muy locuazmente de *este* atisbo instantáneo, de *esta* semana, de *esta* década, de *este* milenio. El hecho es que yo soy tan capaz de tiempo como necesito ser. Y la paradoja es que esta capacidad es mi dominio del tiempo, y puedo respaldar con entusiasmo las palabras de Ludwig Wittgenstein: «La muerte

no es un evento en la vida; nosotros no vivimos para experimentar la muerte... Nuestra vida no tiene fin de la misma manera que nuestro campo visual no tiene límites».

Resumamos toda la cuestión de esta manera: Yo soy la consciencia que observa que no tiene ningún comienzo, ninguna interrupción, ningún final, y yo nunca moriré.

7. YO SOY AUTO-ORIGINANTE

De las once liberaciones ésta es la grande, el punto crucial y el clímax. Todo el resto es anticlímax: anticlímax necesario, sin duda, y maravilloso, pero aguas abajo de la Fuente.

Esboceemos la historia terrenal del Único que «imposiblemente», sin ayuda y sin motivo, se da nacimiento a Sí mismo antes de que Él sea, antes incluso de que la Nada estalle.

(a) En diciembre de 1945, una vasija de barro que contenía trece libros gnósticos encuadernados en cuero, fue descubierta accidentalmente en el Alto Egipto. Estos libros comprendían cincuenta y dos textos «secretos» escritos en copto. Probablemente habían sido enterrados hace quince siglos por los monjes de un monasterio cercano que temían su descubrimiento por la Iglesia Católica.

Entre estos textos «heréticos» había uno atribuido a los gnósticos Barbelo. Todo honor y alabanza a su maestro anónimo que, no muchas décadas después de la crucifixión de Jesús, fue el primero en hablar de El Auto-originante.

Muchos de los textos gnósticos posteriores (un gnóstico es literalmente «uno que sabe») cuentan la misma historia. Por ejemplo, *El Evangelio de los Egipcios*: «Este gran nombre Tu-yo está en mí, oh Auto-engendrado que no estás fuera de mí». Aunque la mayoría de estos gnósticos eran cristianos, fueron virtualmente exterminados por los católicos mucho antes del año 500 después de Cristo.

(b) Alrededor del año 800 después de Cristo, en la corte del emperador Carlomagno, el filósofo irlandés John Scotus Erigena, enseñó que LO QUE Dios es no es lo crucial, sino QUE Él es.

(c) El famoso filósofo alemán Leibniz (1646-1716), con su doctrina de la Mónada, era de la misma opinión.

(d) En 1935, otro filósofo alemán, Martín Heidegger, escribió en su *Introducción a la Metafísica*: «¿Por qué hay algo en lugar de nada? Obviamente ésta es la primera de todas las cuestiones... Cada uno de nosotros es tomado al menos una vez, quizás más de una, por el poder oculto de esta pregunta, incluso si no es consciente de lo que está ocurriendo». Y continúa hablando del Terreno de Ser que hace surgir esta cuestión fundamental.

(e) Más o menos por el mismo tiempo, Ludwig Wittgenstein, el filósofo austriaco que ya he citado, escribió que no es LO QUE el universo es lo que es místico, sino QUE existe.

(f) A lo largo del último medio siglo he compartido con muchas personas el milagro de El Auto-originante. Su número asciende al menos a tres cifras. ¡Ninguna sorpresa! Es una pequeña parte de la realización que está brotando en los lugares más improbables y una razón para abundar de alegría en un mundo que está falto de alegría. Es también mi *fin* –lo que significa mi *propósito* y *cese*, mi *desaparición* deliberada en su favor (de usted)–.

8. YO SOY INCOGNOSCIBLE

¿Qué es adorable, el Dios como roca sólida que *tiene* que ser o el Dios Oceánico Auto-originante que *no* tiene que ser?

Muy lejos de frustrar-Le, su ignorancia abismal de cómo Él se produce a Sí mismo es felicidad celestial para compartir con Sus amigos. Descubrir el secreto de la Auto-origenación sería despojar a ese secreto de su poder y zambullirnos de cabeza en un infierno de aburrimiento sempiterno.

9. YO SOY TODOS LOS VEEDORES

¿Qué son el escorpión, el pulpo, el chimpancé, el niño pequeño, *desde* dónde ven, en su propia experiencia?

Ciertamente no *desde* una cara de escorpión, o *desde* una cara de pulpo, o *desde* una cara de chimpancé, o *desde* mi propia cara como niño pequeño o como adulto. Todas las criaturas que *ven*, están viendo *desde* el Único y el Mismo Espacio Vacío. No desde espacio vacío por vacío, sino desde espacio vacío para llenar, espacio que es acomodo vacante para *otras* caras. Esta Capacidad primordial y auto-abnegada es la brillante y encantadora Cara Original de que trata el budismo zen.

10. YO SOY TODOS LOS SERES SENCIENTES

¿Se me niega entonces la entrada en y la unión con el sordo y el mudo, el ciego, la criatura que de algún modo está impedida? Por supuesto que no. Ningún ser senciente puede *ser* sin ser yo, sin ser el SER MISMO. De hecho es imposible sobrestimar el poder *acumulativo* de esta undécupla y omniabarcante oferta de redención.

Considere el poder inmenso pero oculto de la cuestión: «¿Cómo acontece la ordenada estructura y el fluido funcionamiento del Universo?»

¿Cuál es exactamente el poder de mayor alcance y más anhelado y, no obstante, el poder más extendido de todos los poderes?

No es más que el poder de acoger, asumir y eliminar el sufrimiento de todos los seres sencientes.

11. YO SOY USTED

A lo que estoy mirando es mi problema, y DESDE LO QUE estoy mirando es su solución. Y –¡paradoja de paradojas!– la solución real es que *usted*, junto con todos los demás, y ciertamente no mí mismo, son mi Cura, el Antídoto para mi incrustada ego-centralización. ¡Justo Aquí, Yo Soy Usted!

UN HOMBRE CAYENDO EN UN POZO CON LOS OJOS ABIERTOS

Un monje preguntó al maestro zen Haryo, «¿Cuál es la vía?»

Haryo respondió, «Un hombre cayendo en un pozo con los ojos abiertos».

POR favor, ¿querría usted representarse este mundo de sufrimiento basado en el engaño (proveniente todo de la ficción «yo soy este humano separado») como un paisaje plano, enteramente uniforme? Con la excepción, claro está, de un simple punto de referencia destacable. Dominando el campo hay un Castillo que combina las características y funciones de un templo sagrado, de una fortaleza inexpugnable, y de un centro de curación. Ahí está para que todos lo vean –para todos los que quieran ver– este santuario cuyo lema, tallado en la entrada, es «YO SOY». Se extiende a todo el mundo la perspectiva de un refugio a salvo del peligro, de una terapia segura para todo mal, y todo el bienestar de lo más sagrado.

¿Y qué ocurre?

La pretensión casi universal es que este magnífico Castillo no existe en absoluto, o que es solo una aparición o un espejismo. La gran mayoría de la población vuelve hacia él un ojo ciego, y no le dedica un segundo pensamiento. Algunos, sin embargo, toman nota y se acercan y exploran la estructura de los muros y almenas y torreones desde afuera, tímidamente. De vez en cuando unos pocos reúnen el coraje de mirar dentro. Pero para casi todos eso es completamente suficiente, muchas gracias. Un poderoso instinto les mantiene a distancia. Sienten un peligro desconocido, tan terrorífico como el peor de los que les amenazan fuera. Y, como veremos ahora, no están completamente equivocados.

Llevado a la desesperación por su situación en el mundo, o fascinado por el misterio y el esplendor del Castillo, o más probablemente por ninguna razón consciente en absoluto, el extraño aventurero pone su pie dentro.

La desilusión es severa e inmediata. Dentro, la espléndida fortaleza de «YO SOY» no tiene techo y está completamente vacía, una mera cáscara, una llamativa fachada.

Lo peor está por venir, mucho peor. Al buscar nerviosamente el camino al sombrío interior, su pie no encuentra el suelo. Él es arrojado dentro de una sima que aparentemente no tiene fondo. Y no sólo su caída sigue y sigue, sino que le sumerge en profundidades donde progresivamente es despojado de todo vestigio de humanidad, de pensamiento y sentimiento y mente en general, de vida, de existencia, e incluso de consciencia. La fortaleza prometida y refugio de vida de «YO SOY» resulta ser un mero cebo para la trampa mortal de «YO NO SOY».

Basta en cuanto a nuestra parábola. Veamos ahora lo que algunos excepcionales caedores de ojos abiertos dentro del pozo tienen que decir sobre su experiencia, y descubramos cómo han buscado elevar a la consciencia esta profundidad de profundidades de la inconsciencia y en qué términos ensalzan su prioridad y su poder.

El autor del *Tao Te Ching* se agota en su búsqueda de nombres aptos para este abismo estrictamente sin nombre. Es el no ser, más oscuro que todo misterio, vacío, más bajo que lo más bajo, elusivo, mudo, incomprensible, umbroso, oscuro, apagado, no útil, tenue, insípido, incluso deprimente. Por otra parte, y justamente porque es todas y cada una de estas cosas, no depende de nada y es inagotable, el pozo que nunca se seca. Y así —¡maravilla de maravillas!— el Negativo último se revela como el Positivo último.

¿Cómo es en la práctica estar tan sumergido en la inconsciencia, tan despojado por la pobreza, tan incapaz de llegar a tocar a fondo en nuestra carencia y desventura, tan saqueado de toda base para nuestra vida? D.T. Suzuki tiene la respuesta, «Cuán rica», exclama, «es la vida interior del hombre del zen, porque está en comunicación directa con el gran inconsciente... Este desconocido, una vez reconocido, entra en nuestra consciencia ordinaria y ordena todas las complejidades que nos habían estado atormentando en mayor o menor grado... Tan pronto como se reconoce que nuestra consciencia sale de algo que, aunque no conocido a la manera relativa en que son conocidas las cosas, está íntimamente relacionado con nosotros, nos sentimos aliviados de toda forma de tensión y estamos perfectamente en reposo y en paz con nosotros mismos y con el mundo en general». Tales son las palabras alentadoras que brotan del que cae para siempre desde el YO SOY conocido al YO NO SOY incognoscible.

Aquí Suzuki parafrasea al antiguo maestro zen Hui-neng y su doctrina esencial de la mente, según la cual nuestra auto-naturaleza se realiza a sí misma como vacía e infinita. Esta consciencia aguda de las profundidades del gran inconsciente –este recaer en el no soporte– es el requisito fundamental en la vida del zen. Y Hurbet Benoit está parafraseando a la vez a Hui-neng y a Suzuki cuando declara: «Usted es infeliz debido a que está establecido en la consciencia en lugar de estarlo en el inconsciente».

Lo cual da lugar al enigma: ¿cómo puede lo inconsciente surgir para devenir consciente sin dejar de ser ello mismo, sin dejar detrás lo que lo distingue de la consciencia? Es como si la oscuridad, cansada de la oscuridad y anhelando atención, insistiera en llegar a ser luz.

El zen tiene su propia solución a este misterio, una solución que es tanto más convincente en la práctica debido a que desafía el intelecto analítico. En una imagen inspirada, Hui-hai (uno de los sucesores de Hui-neng) declara: «Prajna –esa perfección de sabiduría que es nuestra verdadera naturaleza– es inconsciente, pero ante las flores amarillas funciona». Mucho más tarde, el maestro japonés de zen soto, Dogen, tiene este famoso pasaje: «Buscar el budismo es buscar el sí mismo, buscar el sí mismo es perder el sí mismo, perder el sí mismo es estar iluminado por todos los seres». Por favor observe, no iluminarlos a ellos, sino lo contrario. ¿Y por qué otros medios, podemos preguntar, podría lo inconsciente ser iluminado sobre sí mismo, más que viendo lo que hace surgir? –lo que surge de esta oscuridad inescrutable, en la que no hay nada sobre lo que ser iluminado–. Más tarde todavía, Eugen Herrigel, ahondando en la misma tradición y en su propia experiencia, dice: «Todas las cosas, vistas desde su origen, son iguales, tienen un valor absoluto. Su origen y terreno puede ser percibido sólo a través de ellas. Uno ve, con absoluta certeza, que las cosas *son* en virtud de lo que *no son*. En la medida en que su origen sin forma es inaccesible e inconcebible, las cosas en su forma concreta devienen más accesibles. Bañadas en la luz de su origen, ellas mismas son iluminadas». Todo esto se resume en el gran dicho del zen: *Nirvana es Samsara. Sin Samsara no hay Nirvana*. Para adoptar y adaptar los términos de Hui-hai, en las flores amarillas en su boca, el pozo sin fondo se ve a sí mismo.

Permítaseme exponer todo el asunto de una manera bastante diferente. En este y otros capítulos de este libro ha sido necesario insistir en el contraste absoluto entre el nido de las apariencias de uno y el misterio central de donde surgen. Ha llegado el momento de trascender esta distinción fundamental. Al despojarme de las muchas capas de lo que yo parezco a

los otros, me concentro en el uno aquí que se despoja de ellas, sólo para encontrar un vacío. Si yo tengo o soy una realidad central en absoluto, ella es esas apariencias regionales –todas ellas en todos los órdenes, como se revelan a todos sus observadores–. Finalmente yo soy todo tegumento, piel sobre piel, con nada en su centro. ¿Me pregunto si alguna vez Oscar Wilde adivinó la profundidad de su broma «Realidad es mantener las apariencias»?

Puede que resulte ligeramente chocante a algunos de ustedes saber que un número de los grandes místicos cristianos, no contentos con anunciar la nada intrínseca de todos los seres creados, extiendan el mismo tratamiento a su Creador. El Dios que ellos describen es un ausente, un *absconditus*, en sí mismo la mayor Nada de todas las nadas. Al perder enteramente el rastro de sí mismo, él se encuentra en el otro, en su amado Hijo, y a través de él en todos sus muchos hijos. He aquí el amor indiscriminado que se desvanece sin dejar rastro en favor del amado. Tal es la naturaleza divina, a cuya imagen todos estamos contruidos. Así dice el Maestro Eckhart, «El final es el misterio de la oscuridad de la Divinidad eterna, y ella es desconocida y nunca será conocida. Dios mora en ella desconocido para sí mismo... Búscales de tal manera que nunca le encuentres... Él es un no-Dios, una no-mente, ni una persona ni una imagen. Sumérgete eternamente en él desde algo a nada». Y Tauler, discípulo de Eckhart, habla de «abismo insondable, sin fondo y flotando en sí mismo, que es mucho más morada de Dios que el cielo o el hombre». Y esa notable mujer, la beata Ángela de Foligno, tiene que decir esto: «Yo pongo toda mi esperanza en un buen secreto, que aprendí en una gran oscuridad. Todas las criaturas llenas de Dios, el poder y la voluntad divina –todo es inferior a este ocultísimo bien–. Las otras cosas traen deleite, pero esta visión de Dios en la oscuridad no trae sonrisa a los labios, ni devoción o fervor al alma... Sin embargo, todas las palabras incontables e indecibles y favores de Dios a mí son tan inferiores a esta visión de Dios en la oscuridad que no pongo en ellas ninguna confianza». Y con convicción y elocuencia incomparables, el beato Jan van Ruysbrock encuentra que la oscuridad y la luz se unen en lo insondable. Si pudiéramos conocer la luz incomprensible ella tendría modo y medida, y entonces nunca podría satisfacernos. Solo debido a que es inefable y abismal esta «oscuridad vacía de la Divinidad» es nuestro refugio seguro.

Y ahora, solo para mostrar que los maestros sufíes, también, están con nosotros, he aquí Rumi: «Un Algo que no ha de ser encontrado –ésa es mi meta–».

Finalmente, me gustaría añadir mi propio testimonio. Ciertamente no me encuentro al borde de un abismo sin fondo, tratando de decidir si me suelto y caigo a esa inmersión terrible. Ya he dejado el borde y caigo libremente, y nunca ha sido de otra manera. Para ver esto, todo lo que tengo que hacer es verme, y no encontrarme, y encontrar en lugar de ello el tesoro que no tiene nombre en el pozo del fin del mundo.

BIBLIOGRAFÍA (en ingles)

- The Hierarchy of Heaven and Earth, A New Diagram of Man in the Universe. Faber & Faber, 1952. (Preface by C.S. Lewis.)
- The Universe Revalued. The Saturday Evening Post, 1961. (Article.)
- On Having No Head, An Introduction to Zen in the West. London Buddhist Society, 1961.
- Religions of the World. Heinemann, 1966.
- The Face Game. Bulletin of the International Transactional Analysis Assoc. April, 1967. (Article.)
- The Toolkit for Testing the Incredible Hypothesis. Shollond Publications, 1972.
- The Science of the 1st Person. Shollond Publications, 1974.
- The Youniverse Explorer model and audio tape. Shollond Publications, 1976.
- On Having No Head. (Video.) Shollond Publications, 1980.
- The Little Book of Life and Death. Penguin, Arkana, 1988.
- Head Off Stress. Penguin, Arkana, 1990.
- The Trial of the Man who said he was God. Penguin, Arkana, 1992.
- The Spectre in the Lake. Head Exchange Press, 1996.
- Look For Yourself. Head Exchange Press, 1996.
- The Hierarchy of Heaven and Earth. The Shollond Trust, 1998. Reproduction of original full manuscript.
- Face to No-Face. Inner Directions, 2000. Edited by David Lang
- To Be and Not To Be. Watkins, 2002.
- Open To The Source. Inner Directions, 2005. Edited by Richard Lang

DVDs: (disponibles en librerías, en inglés)

- Melbourne Lecture
- On Having No Head
- Interview with Douglas Harding - His Life & Philosophy. (Interviewer: Richard Lang)
- Sweden Workshop - Douglas Harding 1992 Conferencia de Melbourne

En Internet

Web page: <http://www.headless.org>

Free Course on Seeing: <http://www.headless.org/reflections-subscribe.htm>

No-Facebook: <http://www.facebook.com/group.php?gid=50199992422&ref=mf>

Free Newsletter: <mailto:HeadlessWay-subscribe@yahoogroups.com>

Bulletin board: <http://forum.headless.org/>

Films : http://www.youtube.com/profile_videos?user=headexchange

Filmes (subtítulos en español): <http://www.youtube.com/user/FacelessFilmsSpanish>

English forum: <mailto:lookforyourself-subscribe@yahoogroups.com>

French forum: <mailto:VivreSansTete-subscribe@yahoogroups.com>

Russian forum: <http://groups.google.com/group/naidisebya>

Russian website: <http://www.headless.org/russian/russian-homepage.htm>